TRESCIENTAS NUEVE NOVELAS

VOLUMEN tercero

Franco Sacchetti

NOTICIAS CLXVII

Messer Tommaso di Neri envía a uno de sus trabajadores de lana al Maestro Tommaso porque le curas de algún defecto; y llevándole la orina al amo, le trae un urinario lleno y medio cántaro; y lo que siguió.

Otra hermosa experiencia me recuerda la historia anterior; quien asesoró al maestro Tommaso del Garbo.

Fue, no hace mucho tiempo, un factor en el arte de la lana, que era un gran bebedor, y vivía con Messer Tommaso di Neri di Lippo, y Messer Tommaso a menudo se complacía mucho en él, y lo tenía como su gran amigo. Sucedió por casualidad que este mayordomo se había quejado varias veces al dicho messer Tommaso, pues muchas veces le dolía mucho la cabeza, y que gustosamente le aconsejaría algún médico experto. Messer Tommaso dijo:

Ve el lunes por la mañana, que es fiesta, de mí al maestro Tommaso, y llévale tu agua, y dile tu culpa, y verás lo que te dice.

Esto era un sábado después de ninguna, y Messer Tommaso le habló del lunes, para que el domingo descansara, y luego el lunes llevaría la señal. Como ella le dijo, así pensó hacer. El domingo siguiente, donde debía guardar media vida, empezó por la mañana a ir de copas con sus brigadas, y hasta la tarde juró no quedarse. Cuando llegó la noche, y levantándose por la mañana a orinar, la mujer le pasó el urinario, y mientras orinaba, lo llenó, el cual rebosaba; le dijo a la mujer que pronto encontraría un frasco; y eso llenó bien la mitad.

Hecho el día, trajo, no la señal, sino un diluvio de orina al médico, y trajo el urinario y el cántaro; y llegando al taller de Pietro... en Garbo, que era boticario, debajo de las casas de dicho maestro Tommaso instaló el urinario, y sostuvo el jarro debajo... y allí se sentó, tanto tiempo que el maestro vino procurar agua para los enfermos, como es costumbre, o para los que quieren purgarse. Y viendo más y más, llegó a la de su amigo; quien inmediatamente fue a su lado, diciendo que era un fiel servidor de Messer Tommaso di Neri, quien se lo había enviado para que le diera ayuda y consejo en aquel defecto que sentía.

El maestro Tomás dijo:

- ¿Dónde está tu agua?

Y quitó el urinario que estaba cerca de él.

Cuando el maestro metió las manos en el arcón para sacar el urinario, metió los dedos en la orina, sin embargo, que estaba llena sin gorguera; lo sacó y, maravillado, le dijo:

- No parece que tengas dolor en el costado -; y viéndole hacer algún movimiento con el cántaro que traía debajo de su manto, dijo: "¿Qué te pasa ahí?"

Y ellos respondieron:

- Es el agua sobrante que hice.

Al ver esto, el maestro le dijo:

- ¿Que estabas haciendo ayer?

Y él respondió que había estado bebiendo con sus compañeros.

Entonces el maestro dijo:

- Ve, y haz tres de un lado a otro como hiciste ayer, y no te preocupes que si tienes algún defecto, te purgarás con orina.

Se llevó sus jarrones y volvió con ellos, salvo que estando en S. Martino los zambulló en una catarata de esos laneros, cuyo goteo corría más de veinte brazos; y volvió a casa poniendo en práctica lo que le había dicho el maestro Tommaso.

Y Messer Tommaso di Neri le preguntó el mismo día qué le había dicho el maestro Tommaso. Y ellos respondieron:

- Dice que hago algo muy fácil, y me curaré.

Messer Tommaso dijo:

- Oh bien.

Sucedió por casualidad que cuando messer Tommaso se reunió con el maestro el martes, el maestro dijo:

- Messer Tommaso, ¿tengo que hacer oricello?

Y ellos respondieron:

- ¿Venir?

Y contaron cómo uno de sus mayordomos había venido a él en su nombre, y le había traído una señal maravillosa y deformada de un urinario lleno y un cántaro.
Messer Tommaso casi se vuelve loco, y al escuchar las noticias sobre beber los domingos y el remedio del maestro Tommaso, dijo:

- Por desgracia, está muerto en el hielo; no me extraña que hoy no haya estado en la tienda, que seguirá los consejos que le diste en las tabernas; - y me fui entre risas.

Y Messer Tommaso contó todo esto a su mayordomo, y le reprochó en voz alta; pero no para que no siguiera lo que le había dicho el médico, declarando que le ayudaba mucho; y si antes era bebedor, se hizo tragona; y Messer Tommaso se encogió de hombros.

Y este fue el dolor de cabeza: porque hay muchos que beberán tanto que no les dolerá la cabeza, pero volverán a paralizarse, y con el dolor de la gota que más bien podría decirse que es la enfermedad de la cuatro; que este miserable defecto ha llegado a tal punto que todos los jóvenes se echan a perder por él, empleando cada vez más veces por la mañana en beber malvasía y otros vinos, y luego corren a la lujuria; y así los cuerpos están estropeados y desaparecidos.

NOVELA CLXVIII

El Maestro Gabbadeo con mucho cuidado deja salir a un labrador ciertas habas que le habían entrado por la oreja, golpeándolos en el corral.

De nuevo volveré a la medicina, y al Maestro Gabbadeo, de quien se ha narrado por detrás en una bella historia.

En el campo de Prato había un granjero de carácter fuerte, llamado l'Atticiato; que en el mes de julio, al batir frijoles, uno de ellos se le salpicó en la oreja, y tratando de sacárselo con sus gruesos dedos, cuanto más trataba de sacarlo, más se lo metía dentro; tanto es así que por fuerte fuerza accedió a que recurriera al maestro Gabadiano; quien al verlo dijo:

- Aquí quieres que sea una fiesta que, aunque te duela, no te defraude.

Él dijo:

- Haz lo que quieras, escan'ella.

Entonces el maestro que era corpulento y atento a la persona, haciendo alarde de mirarle ahora una oreja y ahora la otra, se tomó su tiempo, y soltó, y le dio un puñetazo muy grande del otro lado, donde no estaba el frijol. , por tal forma que cayó al suelo del lado donde estaba el frijol; y entre el puñetazo y el golpe en el suelo, salió el frijol de la espiga. El obrero, habiendo recibido este golpe, lamenta el golpe y la caída, y no piensa en la piedra.
Maestro Gabbadeo dice:

- Déjame ver la oreja -; y ellos, entristecidos, se la mostraron, y vio que la haba había salido.

Se quejó de un gran golpe que parecía haber recibido; y el maestro Gabbadeo dijo:

- Oh tonto, ¿no sabes que cuando algo entra en la vaina de la navaja que la giras, y golpeas tan fuerte que se sale? así me convenía haceros a vosotros, que me convenía herir del otro lado, para que aquella espiga que tenía la haba hiciese en tierra, y así salió. Otros médicos le habrían mantenido un

mes enyesarás, y todas tus cosechas desaparecerán. Ve y trata de hacerlo bien, y cuando te lo haya hecho, tráeme un par de capones.

Se consoló, porque temía que no quisieran pagar más duramente, además de haberles dado algunos golpes, y dijo:

- No tengo capones, pero si no los odias, te paso un par de patos.

- Y tráeme a éste, y vete bendito; y si en vuestra villa sucede que ninguno tiene mal alguno, decidme la buena experiencia que he tenido con vosotros, y enviadmela.

Él dijo que lo haría, y se fue sintiéndose muy triste, como los que habían sido duramente golpeados para quitarse el frijol, de modo que se quedó más tiempo del que podía golpear; y cuando estaba depravado, trajo los patos al maestro Gabbadeo; la cual de la bella cura adquirió gran fama para el país, que fue una experiencia nueva y nunca más usada.

Y el Sticky siempre fue su gran amigo. Y el proverbio lo dice bien: "golpea al villano y lo harás amigo".

NOVELLA CLXIX

Pintor bonachón pintando a San Herculano en la plaza de Perugia, el pintor pinta con la diadema de cucarachas en la cabeza, y lo que sigue.

Cómo el Maestro Gabbadeo, con una medicina que nunca se ha probado ni vuelto a escribir, engañó bien a Atticciato, y cuando éste no pensó en ello, de un gran golpe de justa le salió la piedra de las orejas; así que en este siguiente contaré una pequeña historia del pintor Buonamico, de quien se ha hecho mención atrás en otro. Y esta historia demostrará que, como el maestro Gabbadeo curó el Atticciato con gran burla; así este Buonamico adornó a un Santo de la
Perugini, en una forma que dejó a todos en la cabeza.

Fue en los tiempos de dicho Buonámico, cuando Perugia estaba en un estado próspero, que los perugianos decidieron que se pintara un santo de Herculano en la plaza de Perugia tan magníficamente como se pudiera pintar. Y buscaron qué pintor en el rango superlativo podrían tener, este Buonamico fue puesto delante de ellos, y así decidieron enviar por él. Y mandó tuvieron, y llegaron a Perugia, e hicieron el pacto, y le dieron el lugar y donde y como; el dicho Buonamico, como es costumbre de los pintores, quiso cerrarse completamente con tablas o esteras; y después de dar más de una orden a la argamasa y los colores, al fin subió a cubierta y se puso a pintar. Cuando estaba al cabo de ocho o diez días, los peruginos, que querían que se echara al sacerdocio a Santo Ercolano, empezaron, cuando andaban en brigadas por la plaza, a acercarse al puente donde pintaba, y uno dijo :

- Oh maestro, ¿esta obra se hará alguna vez?

Quedando una pieza, vino otra y dijo:

- Oh maestro, ¿qué tan lejos está este trabajo?

Y se quedó callado y adentro... como hacen todos los pintores. Se le acercó otra brigada y le dijeron:

- Oh maestro, ¿cuándo veremos a este maestro nuestro? se debe terminar seis veces; ah condenado, oremos.

Y así todos los Perugos con diferentes dichos, no una vez al día, sino varias veces, fueron a Buonamico para solicitarlo; tanto que Buonamico se dijo a sí mismo: "¿Qué diablos es esto? todos están locos, y pintaré de acuerdo con su locura". Pensaba hacer coronar a San Herculano, no con laurel, como los poetas, no con una diadema, como los santos, no con una corona de oro, como los reyes, sino con una corona, o guirnalda de cucarachas. Y viendo, cuando la figura estaba casi completa, que tenía hecho el pago, esperó, y habiendo pagado, dijo que aún le quedaban todos los adornos para volver a florecer por el espacio de dos días; y estaban felices. El renacimiento que trajo Buonamico fue que hizo una corona bien surtida de cucarachas para el dicho Santo Ercolano; y habiendo hecho esto, una mañana temprano se encontró con Giovanni [Piglialfascio] y salió de Perugia y regresó a Florencia. Los Perugini lo hicieron de la manera habitual, y algunos dijeron:

- Oh maestro, bien puedes empezar a descubrirlo; muéstranos un poco.

El maestro guardó silencio mientras caminaba hacia Florencia. Cuando todo el día se había pasado hablando, unos de una cosa y otros de otra; y al no oír respuesta, al día siguiente pensaron que no estaba allí, porque no lo habían visto; y cuando preguntaron a dónde volvía a la posada, les dijeron que estaba cerca dos días después de haber convenido con el anfitrión, y creyeron que se había ido con Dios.

Oyendo esto los Perugos, van unos por una escalera, y la apoyan contra el puente para ver qué era esta cosa; y subiendo allí, vio a este Santo engalanado con muchas cucarachas; luego baja y va a los ancianos, y les dice cómo les ha servido bien el pintor de Florencia, y que por diligencia, donde había de hacer una corona de santo en Santo Ercolano, había hecho una guirnalda llena de cucarachas, el más grande que jamás haya salido del lago. Como esta noticia estaba en el palacio, inmediatamente hicieron buscar a Buonamico por toda Perugia para que llegara, y afuera hicieron que ciertos jinetes buscaran sus yeguas para unirse a él. Eran ramas; porque Buonamico escapó sano y salvo. La fama de este hecho corrió por toda Perugia, y todos corrieron hacia este San Herculano recién pintado: y con furia le quitaron tanto las tablas como las esteras, y fue cosa increíble ver y oír lo que decían, y no sólo de Buonamico, sino de todos los florentinos, y especialmente hablaron contra los que estaban en Perugia. Al final, de inmediato se llevaron a un pintor que convertiría esas hojas en una diadema, ya Buonamico le prohibieron sus bienes y su persona. Que cuando Buonamico se enteró, dijo:

- Eglino con el destierro, y yo con las cucarachas; que por mi bien, si me hicieran emperador, no volvería a pintar en Perugia, porque son los maestros más nuevos que pude encontrar.

Así quedó el asunto, y Buonamico demostró mucho su ignorancia a los perugianos, que creen más en San Herculano que en Cristo; y esperan que sea ante el santo mayor en el Paraíso. Si estuviera allí con cucarachas en la cabeza tal vez dirían la verdad, que aquellos Apóstoles que eran pescadores, al ver las cucarachas en su cabeza, le harían un gran honor.

El pintor Bartolo Gioggi pintó una habitación para messer Pino Brunelleschi de Florencia, el nuevo lema y más que siguieron.

No era menos nuevo que Buonamico, Bartolo Gioggi pintor de habitaciones; quien, habiendo tenido que pintar una habitación para Messer Pino Brunelleschi, habiéndosele dicho que pintara muchos pájaros entre los árboles de arriba, al final, habiéndose ido dicho Messer Pino al campo por espacio de un mes, estando la pintura casi terminada, y micer Pino viendo la habitación con el dicho Bartolo, quien le pidió dinero; Messer Pino, habiendo considerado todo, dijo:

- Bartolo, no me has servido bien, ni como te dije; porque no has pintado tantos pájaros como yo quería.

A lo que Bartolo respondió de inmediato:

- Señor, pinté muchos más; pero esta familia tuya mantuvo las ventanas abiertas, así que la mayoría salió y salió volando.

Messer Pino, oyendo a este hombre y sabiendo que era un gran bebedor, dijo:

- Realmente creo que mi familia ha mantenido abierta la puerta de la bóveda, y te ha dado de beber de tal forma que me has servido mal, y no te pagarán como crees.

Bartolo quería dinero y messer Pino no quería dárselo. Con lo cual estando presente uno que tenía por nombre Pescione, y no vio la luz, criatura misma del dicho Messer Pino, dijo Bartolo Gioggi:

- ¿Quieres volver a ponerlo en el Big Fish?

Messer Pino dijo que sí. El Gran Pez se echa a reír y dice:

- ¿Cómo quieres volver a meterme que no veo la luz? que pude ver cuantos pajaros, o como?

Eran palabras, porque se lo devolvieron. Quien, siendo estudiado, y en especial por Bartolo Gioggi, quiso saber cuántos pájaros había pintado Bartolo; y con ciertos pintores independientes recomiendo, cenar una tarde de invierno con el

dijo Messer Pino, Pescione dijo que sobre la cuestión de Bartolo Gioggi tenía el consejo de muchos y muchos, y verdaderamente de esos pájaros que estaban pintados en la habitación podía pasar Messer Pino. Messer Pino no dice: "¿Qué se nos ha dado?"; inmediatamente se vuelve hacia el Pescione y dice:

- Gran pez, sal de la casa.

La noche era; el pez dice:

- ¿Porqué me estas diciendo esto?

Y esos dice:

- Te entiendo bien, sal de la casa -; y a uno de sus sirvientes que se llamaba Giannino que solo tenía un ojo, le dijo: - Quítale la luz, Gianni, dale un poco de luz.

El Gran Pez, ya en la escalera, dijo:

- Señor, no necesito luz.

Y esos dijeron:

- Te entiendo bien, ve con Dios; dale un poco de luz, Gianni.

- No necesito luz.

Y así el Pescione, sin luz, y Giannino tuerto y con una lámpara en la mano bajaron las escaleras, y el Pescione se fue a casa, soplando de un lado y riendo del otro; y luego de esta novela haciendo reír a muchos, con la que solía. Y se quedó varios meses antes de que le hablara micer Pino; y Bartolo Gioggi a la larga hizo un cupón de descuento, si quería que le pagaran.

Por mi bien, no sé qué fue más hermoso que estas dos noticias, o el argumento inmediato de Bartolo Gioggi, o la luz que Messer Pino hizo que Pescione hiciera un vocolo.

Pero creo que todo procedió, ya sea para no pagar, o para retrasar el pago.

NOTICIAS CLXXI (fragmento)

El obispo de Antella de Florencia hizo pintar el altar de Santo Bastiano en la iglesia principal... .

NOVELA 172 (fragmento)

- ...dinero de su familia; y si yo los hubiera tenido, me los hubiera dado, y hubiera pagado la hostia. Pero aquí me parece que hay mucha malicia: que el florentino perdió tiempo al principio de la misa y le dijo al fraile que tenía un defecto, y que le dijera ciertas oraciones; y luego se acercó al fraile, oyendo que le decía: "Ve y ven a la tercia, y yo haré lo que hay que hacer", Nuccio había creído que le decía que le diera el dinero, y debió decir alguna oraciones. Nuccio Smemora entonces lloró aún más y dijo que le había prometido Roma y Roma. Los frailes dijeron:

- Nuccio, sé mejor que lo hagas en otro momento para estar seguro de que habrá hecho la cena, y se quedará en el hotel a tu cargo, pero que todo debe ser exactamente como dijo Fra Avveduto.

Gritó y casi como en una sombra fue hacia el obispo; quién tuvo la solicitud del fraile; y considerada la cosa por todas las circunstancias, se vio que el caballero Gonnella había sido mala falda para el ventero, tal que le dio el mal invierno; y con cartas y con amigos, escribiendo en Florencia sobre este caballero y quienquiera que fuese, nunca pudo saber nada de él; desde que Gonnella volvió al marqués en Ferrara, de donde había salido, de donde habría sido difícil encontrarlo.

Y Nuccio (que en su honor se llama Nuccio Smemora) por no hacer sus cosas con cautela, creyendo que ganaría, perdió mucho, y aún permaneció mucho tiempo tan en la sombra, como Gonnella lo había encantado.

NOVELA 173

Gonnella bufón predicho en forma de médico, cierto gozzuti, y también el Podestà de Bolonia, llegando a Roncastaldo arca; y con la bolsa llena se va con Dios, y los deja con daño y burla.

Porque igual o mayor malicia sigue en esta novela que no ha sido pasada, como también lo fue de Gonnella, lo diré brevemente; porque no encuentro entre todos los bufones que alguna vez fueron tan diferentes astutos y tan extraños

formas de usar, no para ganar, sino para robar a los demás.

Como se dijo en la historia anterior, Gonnella pasó la mayor parte de su vida con el Marqués de Ferrara, y algunas veces venía a Florencia; y entre otros viniendo a

tomar un respiro, y habiendo pasado Bolonia, y llegando una mañana para cenar en Downloadalasino, había visto en el salón y en el suelo unos campesinos bocios; de lo cual tan pronto como vio el hecho, inmediatamente informó a uno de sus criados en su habitación, y le hizo buscar una ropa médica que tenía en la maleta, y se la puso; y llegando a la mesa, y puesto a comer, su criado se acercó a un obrero bocio que estaba en el aposento, y dijo:

Buen hombre, ese valiente doctor que está allí en la mesa es un gran maestro en curar estos bocios; y no hay ninguno tan grande que no haya sanado ya cuando quiso.

El trabajador dijo:

- Doh, mi hermano, hay mucho en esta montaña; Te ruego que sepas, cuando haya comido, si quieres curar a varios de ellos que, según los hombres de los Alpes, están muy bien.

Gnaffe! se lo dijo a un sordo, pues apenas hubo cenado el doctor Gonnella, el criado se le acercó por un lado, y lo llevó a su cuarto, y le contó el hecho; Entonces el médico mandó llamar al granjero y dijo:

- Este familiar mío dice sí y sí; si quieres ponerte bien, no me molestaría con uno solo, porque sería una gran pena para mí volver a Bolonia y traer muchas cosas. Pero haz esto: si te atreves a anotar ocho o diez, ve de una vez, e

tráelos aquí, y toma hombres que puedan gastar cuatro o cinco florines por uno.

El granjero inmediatamente dijo que lo hiciera; y saliendo, no anduvo muy lejos cuando mezcló ocho o más con él. Inmediatamente acudieron al maestro Gonnella, y después de una buena discusión allí con él, el médico dijo:

- Me entristece no estar en un lugar mejor para hacer las cosas que se necesitan; ya que esto es así, volveré a Bolonia, y uno de ustedes necesitará dos florines; y mientras regrese, ordenaré lo que tengas que hacer y dejaré a mi soldado allí. Si quieres, dímelo y lo pondré todo en orden.

Todos responden:

- Sí por Dios, el dinero es temprano.

El doctor dijo:

- ¿Tienes alguna casa adecuada donde todos puedan quedarse en una habitación, y cada uno pueda hacer un fuego por sí mismo?

- Sí, bueno, - responden.

Entonces el dijo:

- Hallad para cada uno una palangana, o caldero de cobre, u otra vasija de barro, y hallad las brasas de encina, y madera de castaño, y haced una gárgola grande de caña para cada uno y cada uno para que sople en las brasas y en el fuego este soplar con alguna unción que haré sobre tu cosecha, reducirá en gran manera la materia de tu defecto; y mi soldado de infantería no dejará este hotel hasta que yo regrese.

Como se dijo, así se hizo; que este doctor recibió dos florines cada uno, y antes de mudarse los metió en una casa, cada uno con un fuego y un trombón en la boca, y untó sus cosechas, y les dijo que no se fueran hasta que él volviera. Esos dijeron que hacer. El maestro Gonnella se fue y vino a Bolonia; y vio que había un joven Podestá, deseoso de honor, se acercó a él y le dijo:

- Messer lo Podestà, creo que para tener honor haría todos los gastos; y por lo tanto si me das cincuenta florines que soy un hombre pobre, tengo algo a la mano que te dará el mayor honor que jamás tendrás.

El rector de buena gana dijo que estaba contento, pero que le dijera de qué tema se trataba. Y él dijo:

- Te diré. En una casa soy brigada haciendo dinero falso, dad buena compañía a vuestro caballero, y le pondré en liza, sí, porque son hombres de buena familia no querría su enemistad. Cuando haya puesto a tu caballero en el acto, quiero seguir mi camino.

Esta cosa agradó al Podestá; y habiendo preparado al caballero con una buena familia, sabiendo que había que andar mucho, dio cincuenta florines a Gonnella, y en la noche los despidió, tanto que llegaron a la casa donde estaban vestidas las mieses. Y hallando a su lacayo que estaba en punto, dijeron:

- Aquí está la brigada; y sé con Dios que no quiero que parezca que he hecho esto.

El caballero dijo:

- Irse -; y entrando por la puerta, dice: - Avrite za.

Ellos respondieron:

- ¿Eres el profesor?

- Che maestro? avrita para.

- ¿Eres el maestro?

- ¿Qué maestro?

Derriba la puerta, y entraron adentro, donde encontraron a todo el grupo soplando sin mantacos en el fuego. Tómalo aquí, llévalo allá; todos fueron apresados, sin poder decir: "Domine ayúdame"; y si querían decir algo, no eran oídos: sus bocios se habían convertido en dos, como suele ocurrir con los semejantes, cuando tienen miedo con un arranque de ira.

Brevemente, fueron conducidos a Bolonia por la furia; allí cuando llegaron al Podestá, y el Podestá, viéndolos todos bocios, se maravilló y se dijo esto era una cosa muy extraña; y apartándolos uno del otro, antes de pegarlos, preguntó qué moneda estaban haciendo. Dijeron todo como estaba, y además de esto llegó el ventero y otros de Scaricalasino, y explicaron por orden como estaba la cosa; y todos estaban de acuerdo, y los que venían, que esto era que por allí había pasado un médico bocio, y

dijo que los curaras, y que los hicieras soplar en el fuego, como los encontraste; y luego dijo que viniera a Bolonia por las cosas que hacían falta, y que lo esperaran en aquella casa soplando así en el fuego.

El caballero, al oír esto, apartó al Podestà y dijo:

- Debe ser cierto, sin embargo, que cuando llegué a la puerta, donde estaban ellos, y llamando, diciendo que abrirían, dijeron: "¿Eres el amo?" y luego ves que todos están con bocio; la cosa raya mucho, porque, para hacer dinero falso, sería imposible que ocho tuvieran bocio todos.

¿Pero sabes lo que quiero decirte? este medego debe ser un flaco más de bolsas que de buches; y así ha enflaquecido la bolsa de estos pobres hombres, y la tuya también; lo hiciste con éxito; de las traiciones no se podía mirar a Cristo; devuélvelos a sus familias, y piensa que sabes quién es este hombre malvado que se ha burlado de ellos y de ti; y si alguna vez puedes, dale o haz que te dé lo que se merece.

Eran noticia; la brigada quedó atrás, y todos regresaron a Scaricalasino; y el Podestá pudo esforzarse en encontrar quién había sido; sin embargo, no quiero que nadie piense que vino a Florencia entonces, sino que se dirigió a otra tierra. Y cuando era caballero, y cuando era médico, y cuando era juez, y cuando era hombre de la corte, y cuando era trueque, cómo mejor podía ver para tirar el macizo de flores; para que no se pudiera tener ninguna duda de él, como el que siempre estaba aconsejado en estas cosas. La brigada gozzuta habiendo llegado a Scaricalasino esperó al médico, a pesar de esto, más de un día, creyendo que regresaría; y no volviendo, se miraban asombrados las cosechas, casi diciendo: "¿Ha disminuido cada uno?", o "¿Ha disminuido uno más que el otro?". Entonces hicieron las paces con él; pero nunca se dieron cuenta, como gente alpina y corpulenta, de cómo había ido la hazaña; y se dieron cuenta que algún malévolo había llevado allí a esa familia, para que no se quitaran los bocios; y pensando ahora una cosa y ahora otra, si al principio eran grandes, luego se hicieron muy grandes y asombrados. Y aún para mayor novedad parecía que sus bocios, nada más, aumentaban de ellos.

Porque quien nace olvidadizo y con bocio nunca se recupera de ello.

NOVELA CLXXIV

El mismo Gonnella pide dinero a dos comerciantes que no tiene, uno le da dinero, el otro le paga muchas batallas.

Vasi cabra coja, si el lobo no se lo impide. Viendo entonces con cuanta malicia y falso arte ha enfurecido o robado Gonnella en dos cuentos, con provecho propio y en perjuicio de los demás, de tal manera que quien oye dichos cuentos con alegría se ríe de ellos, no menos de aquellos contra quienes se hacen, muchas veces lo lloran, como el posadero de Norcia y el gozzuti de Roncastaldo. Pero como a menudo hay hombres que, como si les contaran tales noticias, se ríen, sin embargo, a veces parecería muy feliz que el zorro haya sido atrapado en la trampa, y para dar satisfacción a estos hombres, como que en esta tercera historia Gonnella robó cincuenta florines con nueva astucia, al final a pesar de que fue educado pero no como se merecía.

Habiendo venido este Gonnella de Ferrara a Florencia, y regresando a la casa de un bufón llamado Mocceca en la Piazza di Santa Croce, y percibiendo la calidad de los comerciantes de Florencia, pensó en una nueva forma de tener dinero, y tal vez nunca usó de nuevo. Se fue una mañana a un almacén de una buena compañía en Porta Rossa; que tal vez no estaban bien, como pensaban otros, pero que comenzaban a quedarse sin crédito; y acercándose al cajero, dijo:

- Mira mis razones, y dame esos doscientos florines que te debo.

Él y algún escriba que estaba allí dijeron:

- ¿Dónde están escritos?

Y ellos respondieron:

- ¡Bien bien! En mi; y no parece que me volvieras a ver; busca ese libro, me encontrarás bien.

Buscaron y buscaron, y nada hallaron; que le dicen:

- No encontramos nada; cuando estén nuestros mayores, y se lo diremos.

Empieza a gritar, diciendo:

- Gritaré mucho: "Accorr'uomo" que alejará de nosotros a toda Florencia; entonces pones el mio en duda?

Uno de un almacén que estaba al lado va tan lejos, y le dice a Gonnella:

- Buen hombre, vaya y vuelva después de comer, y piénselo bien, que creo que se ha equivocado en el almacén.

Gonnella le dice:

- No me lo perdí, no; Te vendré bien por los que me des, que es otra razón por la que tengo que ver contigo.

De lo cual se aparta, y dice:

- He hecho una hermosa compra; Quería eliminar la pregunta de otra persona, y Holla la trajo.
un yo

Regresa a su almacén y Gonnella grita en el primer almacén y dice que quiere que le paguen. Llega uno de los maestros de obras y se maravilla:

- ¿Qué quiere decir esto?

Y Gonnella grita:

- No me robarás.

Brevemente, fue tan lejos que lo arrastró hasta el almacén de la exposición en el interior, y llamó al cajero diciendo:

- Esto es de mi otro emprendimiento -; y él dijo: 'Dale cincuenta florines y no digas más.

A Gonnella le pareció haber tardado mil años, y se fue con Dios. La otra mañana, y le dijo a Mocceca:

- ¿Quieres venir? Quiero ir a tirar del macizo de flores por cincuenta florines, si puedo.

Esos dijeron:

- Maisí, vendré, tal vez consiga algo.

Y así habiendo movido a Gonnella con Mocceca, llegó al almacén de al lado, al cual le había dicho que también lo tenía de él, y dijo:

- Truova la mia ragione, e pagami.

El tendero, que había considerado la condición de este hombre, y cómo había tomado prestados cincuenta florines del almacén de al lado, dijo:

- Buen hombre, ¿qué tienes?

Y él dijo:

- Doscientos florines que le deposité a la hora con los del lado.

Respondió:

- El cajero lo está recogiendo esta mañana; regresa después de comer, y tendrás lo que debes tener.

Gonnella dijo:

- Vaya con Díos; volveré hoy.

Fue a cenar con Mocceca y dijo:

- Creo que tengo un buen pago hoy de ese almacén, pero él no quiere que grite.

moccaca dice:

- Este mundo está hecho de huellas; Nunca tendré nada.

El tendero, tan sabio como astuto, dice:

- Por supuesto que no voy a tirar cincuenta florines, como mi vecino aquí; le pagaré otra moneda -; va al Mercato Vecchio a dos de sus amigos de trueque, y les dice: - Quiero un gran servicio de ustedes, que cuando cenen, vengan a la bodega, y le den a uno tantos puñetazos y patadas como puedan; y la razón es que esta cosa es permitida a Dios y al mundo; y les dijo cómo estaba el hecho paso a paso.

Ellos respondieron que estaban muy dispuestos, y que les parecía que hacía mil años que estaban cerca; y así se detuvieron, que después de comer estaban en el almacén temprano, y el almacén todavía con ellos; quien los trajo a la exposición, y dijo:

- Quédate aquí; cuando viene por el dinero, y lo hago entrar, y digo: "Dale ese dinero a este hombre"; y te escapas.

Dicho esto y arreglado este hecho, llegó Gonnella, y dejó fuera a Mocceca, y dijo al tendero:

- Vengo por ese dinero.

El Fundador dice:

- De buena gana; vamos de ahí al cajero -; y partí de allí, donde estaban; y la Gonnella detrás.

Quien, al llegar adentro, les dice el tendero:

- Dale ese dinero a él.

Mientras dice esto, y abren los brazos, y comienzan a pagarle la moneda que merecía; y le dan tanto que todo lo rompen; y si quería gritar, y decían:

- Y te paga por eso.

De lo cual habiéndole dado, no por una comida, sino tal vez por tres ajuares, el dicho Con las manos y el manto sobre el rostro, una pollera sale por en medio del almacén para cubrirse, diciendo:

- ¿O los comerciantes pagan de esta manera quién debería? y salió a donde lo esperaba Mocceca.

Al verlo salir del almacén con tanta rabia y acercarse a él, dice:

- ¿Estás pagado?

Y Gonnella responde:

- Mainò: pero soy muy duro, de tal manera que ya no tengo que preguntarles.

Moccaca dijo:

- ¿Quieres que te diga la verdad, Gonnella? el'è te atrapó, de muchas cosas que has hecho, buena fortuna; pero sin embargo has hecho tanto que hubieras merecido perder tu vida, no tener una gran paliza como la que tienes hoy; esto puede ser un ejemplo para ti en el tiempo que está por venir. Sabéis que nuestro arte es adquirir con placer, y no robar ni tomar, sino lo que el hombre quiere; no con falsedad, no con malicia, excepto como, en todos los sentidos que

tú puedes, déjanos ser dados a ti; déjate de estas falsedades que son peligrosas tanto para ti como para los demás, y vuelve a tu marqués de Ferrara, y tómatelo con calma, y vive de archivar, y no de robar.

Gonnella al escucharlo dijo:

- Mocceca, no eres mocceca y dame buenos consejos, y me hubieras dado una mejor manera si hubieras participado en el pago que hice esta mañana; y bueno siempre he oído decir: "Pasa el loco con su locura, y pasa un tiempo, pero todavía no".

Y así se despidió de Mocceca, no habiendo vuelto a Florencia durante muchos años, y partió para Ferrara.

Ahora bien, lo mismo sucedió con todos los demás que piden falsamente lo que no deben tener; que el mundo ha llegado a tal punto que todo el mundo empieza a preguntarse lo que no debe; y viendo que hoy no hay dolor en el mundo, dicen: “Yo sólo puedo adquirir; si no lo ve, lo tomo, y si lo ve, lo tomo”. Y el otro dice: "Mueve la pelea, no la dejes caer". Y así va hoy la mayor parte del regimiento que está sobre la tierra. Ojalá al menos todo el mundo lo comprara como Gonnella lo compró aquí.

NOVELA 175

Antonio Pucci de Florencia se encuentra colocado en uno de sus jardines en ciertas noches bestias, y de una manera nueva hiere a los que lo hicieron.

Por ahora no quiero contar más sobre las obras de Gonnella, porque es mejor para mí dar espacio a las demás; y otra vez, porque Antonio Pucci, un simpático florentino, hablante de muchas cosas en rima, me ha pedido que lo escriba aquí en uno de sus cuentos; lo cual, porque entre risas lo trajo en paz sin dejar de pensar quién se lo hizo, todavía es para darle un poco de diversión.

Antonio Pucci tenía una casa en los hornos de vía Ghibellina, y allí tenía un pequeño jardín que no era más que un bushel, y en esa pequeña cantidad de tierra había puesto casi toda clase de frutas, especialmente higos, y tenía una gran cantidad de jazmín; y había un rincón lleno de encinas y lo llamaban el bosque. Y este jardín así hecho, con sus propiedades, había puesto en rima al dicho Antonio, en capítulo, como Dante, y en que trataba de todos los frutos y condiciones de aquel jardín, ni más ni menos como si fuera fértil, como la piazza di Mercato Vecchio de Florencia, de la que ya había rimado todas sus condiciones, magnificándola sobre todas las piazzas de Italia. En estos tiempos había en Florencia ciertos hombres agradables, uno de los cuales era un Girolamo que aún vive, un Gherardo di ... y Giovanni di Landozzo degli Albizi, y uno que se llamaba Tacchello tintore, y otros, que eran más nuevos. que el otro. Eran una brigada tan nueva como lo fue en nuestra ciudad en su tiempo.

Oyendo esta gente decir a Antonio tanto en prosa como en verso acerca de este jardín, se acordaron de poner allí una noche ciertas bestias, que lo pastan, y Antonio los hizo olvidadizos; y brevemente, tarde una noche en el prado de Renaio vieron una mula y dos burros viejos y flacos que pastaban. Encontraron la manera de que uno de ellos los pusiera en un lugar detrás de este jardín, donde había una puertecita cerrada con madera y todavía con paredes de yeso por fuera, y por dentro con un cerrojo y un ojo de cerradura que no se había abierto durante mucho tiempo. largo tiempo. Y en el primer sueño, yendo dos adelante para derribar el muro exterior, y otros arriba a lo largo de los muros que entraron adentro, abrieron, o con ganzúa o con alguna otra artimaña, la dicha puerta, de modo que la puerta fue derribada y permaneció abierto. Hecho esto, los dos fusibles y 'l

trajeron carretillas elevadoras y las pusieron adentro. Esa mula había sido adornada en casa de Tacchello, antes de que la trajeran allá, con un gorjal de cuero y otras cosas muy maravillosas. Y después que lo introdujeron en el jardín, de aquel gensomino le hicieron un descanso y una brida con gran adorno y allí lo ataron al pie de una losa redonda donde Antonio cenaba a la tarde; y sobre aquella losa pusieron muchas coles, que habían recogido en dicho huerto, para que tuviera buena protección. Y hecho esto, en seguida cierran la puerta con ingenio de modo que parece como si nunca se hubiera abierto; y secuencialmente se amurallaron, como era antes, y se fueron con Dios.

A la mañana siguiente Antonio, que tenía un cuartito en dicho jardín, al otro lado de donde estaba la casa, y allí dormía, levantándose primero la mujer y luego él, y andando cojeando por el jardín, vio estas tres fieras , y además de lo que no habían dejado tras de sí ningún hilo de buen trabajo, teniendo todo carcomido y estropeado, casi se volvió loco, diciendo:

- ¿Qué quiere decir esto? y yendo a la puerta por donde habían entrado, hallándola cerrada como antes, se asombraron; y más aún que salió y la vio tapiada como antes.

En pocas palabras, la melancolía del jardín estropeado fue grande; pero mayor era el pensamiento por donde habían entrado. Y entre otras cosas, viendo la mula así adornada con las coles delante de ellos, se maravillaron aún más, diciendo:

- ¿Qué guirnalda es esta?

Diciendo Antonio Pucci:

-Creo que nací de legítimo matrimonio-; y volviéndose a su mujer, dijo: - Y así creo que eres tú también; ¡Esto es algo nuevo y no sé lo que creo al respecto! Podría golpearme la cabeza contra la pared y no tendría nada más; sin embargo, haré todo lo posible para averiguar quién me hizo esto y me lo hará saber.
paso.

Dicho esto, lograron sacar el ganado del jardín; quien accedió a pasar por un cuartito donde dormían Antonio y su mujer; y tuvieron que desempacar las literas, para poder pasar: y poniéndolas en el camino, volvieron a pastar al Renaio; y así quedó.

Ese mismo día pensó el dicho Antonio en una manera sutil de averiguar quién había hecho el asunto; y quien encontraba a su criado, saludándose con él, decía:

- Bien te lo.

Quien era saludado por él y no había ido a hacer ese negocio, iba con Dios, sin decir nada más. Ese día conoció a Tacchello, el tintorero, quien le dijo:

- Adiós, Antonio.

Y Antonio respondió:

- Adiós Tacchello, te doy la bienvenida.

Y Tacchello responde:

- Alle guagnele, Antonio, que yo no era yo.

Entonces Antonio se acerca a Tacchello y le dice:

- ¿O quién era sino tú?

Y ellos respondieron:

- Era tal y tal.

Y así supo de algunos que habían estado allí; y uno por uno, enlutados, les costó a cada uno una cena y se hizo la paz: Antonio Pucci escribió entonces un soneto de todo este hecho que no fue menos agradable que la historia.

Otro habría ladrado durante tres meses y en cada canto habría dicho: "Se me ha hecho tal y tal cosa: por el cuerpo y por la sangre, que debe ser Roma y Roma". Este hombre, como sabio, sin decir ni mostrar nada, con uno supe tranquilamente quién le había puesto los animales en el jardín, y del otro tenía mejores pastos que las coles que le daban a la mula; y luego contando la noticia a muchos, cuanto más se ríen de ella.

NOVELA CLXXVI

Scolaio Franchi de Florencia, bebiendo con algunos y teniendo una copa de Trebbiano en la mano y habiendo elogiado su bondad, Capo del Corso se lo lleva suavemente.

Otra burla, tal vez nunca más usada, me lleva a decir lo que le sucedió a un simpático florentino, que tenía setenta y cinco años o más, y se llamaba Scolaio Franchi. El siendo buen bebedor y victoriando
ir de buena gana a las tabernas donde se venden buenos vinos, vendiendo un buen Trebbiano una mañana en una taberna de Florencia, un lugar llamado al Fico; y este Scholaio yendo allá a beber, él y un tal Guido Colombi y Bianco di Bonsi, habiéndose servido una terceruola y teniendo cada uno los vasos en la mano, y reflejando sus ojos en el vaso y en el Trebbiano que era bueno y claro, de un color dorado; y Scolaio, mirándose en el espejo, comienza a decir:

- ¡Oh trabajadores! Bienaventurados los que labráis estas viñas; y maldito sea el que alguna vez os puso en estima; porque tus manos quisieran ser embalsamadas.
Y si no lo fueras, ¿qué vino podríamos beber? por el cuerpo de Dios, si alguna vez encuentro Priores, encontraré una manera de aliviar sus estimaciones e impuestos. ¿Y no vemos que los que gobiernan estas viñas soportan todo el año trabajo por nosotros? no beben por ellos, y todo lo que hacen, lo hacen por nosotros. Si no me crees, conoce quiénes trabajaron estos viñedos, los encontrarás bebiendo vinagre aguado. Ahora bien, ¿no es un gran mal llamarlos campesinos, trabajando en todo para darnos? Más bien pueden llamarse corteses, y ser verdaderamente hijos de Dios, que hace todo por nosotros, y ellos también.

Y así con el vaso en la mano, siguiendo el razonamiento, surgió un discurso divino. , diciendo a sus compañeros:

- Quiero que sepas que en el principio del mundo se decidió que Scolaio debía beber esta copa de Trebbiano.

Detrás de él iba un amigo del dicho Scolaio, llamado Capo del
Curso; quien, habiendo escuchado el sermón de Scolaio sobre el vidrio, e

finalmente, escuchándolos decir que se había decidido para siempre que él debería beber ese vaso de Trebbiano, inmediatamente se acerca y toma ese vaso de la mano de Scolaio, diciendo:

- Efectivamente se decidió que lo bebiera yo mismo -; y habiendo dicho esto y bebido, todo fue uno.

Scolaio se vuelve, y viendo que su vaso ha sido quitado y bebido por Capo del Corso, de quien era amigo, dice:

- Vaya con Dios, jefe, nunca más diré estas palabras, a menos que me encante al principio.

Jefe dijo:

- Y harás muy bien, si no quieres errar, ya que todo se juzga en su fin; y, sin embargo, ese vaso debería haber sido mío y no tuyo.

Scolaio dijo:

- Y, sin embargo, nunca lo volveré a decir si no lo sé primero.

Eran dos lemas muy agradables; el primero fue el de Scolaio que planteó la cuestión de los destinados; y Capo del Corso la fortificó y la absolvió; y este fue el segundo.

¡Oh dulzura del fruto que plantó Noé! Cuantas hermosas noticias podrían contarse de tantos que han seguido el jugo de vidas sin medida; y de nuevo uno podría contar los vituperosos que siguieron a aquellos que usaron desmesuradamente el uso del vino; mas que ningún fruto hizo nuestro Señor Dios que da tanta dulzura y consuelo y mantenimiento a la naturaleza humana, como esta fue, usándola moderadamente; y así, a la inversa, nadie destruye tanto el cuerpo humano como éste, usándolo con moderación.

Quiera Dios que los hombres del mundo, y especialmente los jóvenes, se den cuenta de esto, que hoy darían jaque mate tanto a Scolaio Franchi como a Capo del Corso, haciéndose no bebedores sino gorgioni, bebiendo varias veces por la mañana, antes de que llegue la hora de cena, maldad. Y con esta virtud así hecha quieren estar por encima de los que podrían ser sus padres, diciendo que son más dignos de los regimientos de las tierras de Baco que los que con virtud y templanza viven discretamente.

NOTICIAS CLXXVII

El chico de la lluvia de Antella en Florencia se entera de que Messer Vieri de 'Bardi está convocando mazos de Corniglia; encuentra la manera, cuando vengan, hazlos cambiar y tómalos para él, y lo que sigue.

Tan grande es el estudio divino que desde hace mucho tiempo la mayoría de los italianos han usado todos los métodos para obtener vinos perfectamente perfectos que no se han molestado en enviar, no solo para el vino, sino para mazos por todas partes; para que siempre puedan ser vistos y usados en su posesión; y por ser clérigos, no tenían pico torcido.

Era, no hace muchos años, un rico y sabio caballero de la ciudad de Florencia, cuyo nombre era Messer Vieri de' Bardi, que estaba cerca del Piovano en Antella, donde muchas veces se hospedaba en uno de sus lugares. Y viéndose en gran estado, por honra de sí mismo y por el gusto de añadir a su vino algún noble vino extranjero, pensó en buscar la manera de hacer traer mazos de Vernaccia di Corniglia de Portovenere. Y para algún amigo hizo escribir a un messer Niccoloso Manieri de Portovenere que mandara esos martillos. Y con buena respuesta, encontrándose alguna vez con Messer Lo Pioggiano en aquella villa de su vecino, dijo cómo había encontrado la manera de conseguir mazos de Vernaccia di Corniglia, y que los esperaba de hora en hora. El chico de la lluvia, al oír a Messer Vieri, y habiendo tenido el deseo durante mucho tiempo, dijo:

- Bien hecho; pero cuánto quisiera yo para mí viñas que hagan mucho vino; esta es una vid para endeudarse.

Messer Vieri respondió:

- No lo pongo como un anticipo, sino como una cortesía.

Y así siguió el asunto algunos días, hasta que un día llegaron los mazos por la tarde que era domingo y la lluvia por casualidad estaba con el dicho Messer Vieri. Y Messer Vieri, habiendo leído la carta, dijo:

- Aquí está la cosa.

Y el hombre de la lluvia respondió:

- Asegúrate de no preguntarles si la luna no da la vuelta.

Messer Vieri dice que no conocía los movimientos de la luna.

- ¿Cuándo será bueno preguntarles?

Y ellos respondieron:

- A partir de mañana; entiérralos esta noche en algún lugar aquí, y luego los pondrás.

Messer Vieri hizo esto; y el chico de la lluvia volvió a su iglesia parroquial, donde inmediatamente tuvo dos peones, que como si fuera tarde, fueron a traer algunas de sus arboledas de uvas angiole y verdosas y sancolombane y otras vides, y enseguida se las llevaron; que así lo hicieron; y cuando lo tuvieron, el chico de la lluvia dijo:

- Tienes que ir con estos mazos al lugar de Messer Vieri de' Bardi, donde encontrarás ciertos mazos enterrados en ese lado; tráemelos y en ese lugar entiérralos.

Estos obedientes, inmediatamente fueron; y hecho el asunto, los llevaron al rainboy; el cual, habiéndoles dicho que nunca decían nada de ello, por la mañana temprano hizo poner los dichos mazos en uno de sus terrenos desarraigados, e igualmente micer Vieri hizo poner los que le habían cambiado. Y así quedaron los dos postizos dos años antes de mostrar las uvas, como ocurre con los postizos. Cuando las uvas comenzaron a aparecer, y Messer Vieri revisando su falsificación, que creía que era Vernaccia de Corniglia, vio nuevas variedades de uvas a su entender, y donde blancas con motivos verdosos y donde insectos y donde ángeles, y también como vides diferentes, como se encuentra en la mayoría de los viñedos colocados en la mezcla.

Y con todo esto, de racimo en racimo, probó muchas bayas, tanto que al probar casi todos los racimos, se le había hecho un cuerpo tan grande que casi no pudo volver a casa por el dolor y por comer las uvas. Y verdaderamente su dolor fue muy grande, porque después de un largo esfuerzo, esperando el fruto, se encontró fuera de él.

De lo cual, estando en esta aflicción, inmediatamente escribió a messer Niccoloso da Portovenere le había servido muy bien con los mazos, que les había enviado hacía quizás dos años; sin embargo, donde creía haber enviado mazos de Corniglia, les había dado enredaderas dolorosas y tristes, que cada vez

ellos pudieron ver Messer Niccoloso, al oír la carta, como quien siente haber servido bien a su amigo, se entristeció inmediatamente, como quien realmente había estado con el ojo puesto en hacer podar la mejor vernaccia de Portovenere; y volvió a escribir a Messer Vieri que le había enviado mazos rectos de Vernaccia para él; y si hallare lo contrario, que su defecto no era, sino que miró bien, que ni en el camino ni en su casa se habían cambiado.

Messer Vieri teniendo la carta, nunca pensó en otra cosa sino en cómo podría encontrar el hecho; y anduvo tanto, sabiendo quienes en aquellos tiempos habían puesto viñas por toda la tierra, que se supo que el mozo de agua de Antella le había cambiado los dichos mazos, como más adelante se ha dicho. Sabiendo esto, había pensado en hacer cosas increíbles contra la lluvia; y lo hubieran logrado, si no fuera que él tenía mayor fortuna, que le hizo olvidar todas estas cosas; sin embargo, que en este tiempo fueron expulsados los Bardos, de los cuales el campesino quedó con los mazos y usufructos todo el tiempo de su vida, y aún los usan sus sucesores. Esta historia me fue contada en Portovenere, donde yo, el escritor, llegué en 1383 camino de Génova: y todavía otra historia me fue contada enteramente, que sucedió ese mismo día para ser esta.

Iba un campesino de Portovenere un día de marzo cuando me encontré allí, a podar la misma viña de donde habían venido estos martillos; y embarcarse en una góndola, como es costumbre, por mar, y desembarcar y descender al pie de las viñas, y llevar un poco de comida para comer, y amarrar la góndola cuando bajara a tierra; y siendo costumbre, por la cantidad de muchos lobos que hay en aquel lugar, algunas veces vienen algunos de ellos a la orilla y se tiran en la barquita y se alimentan tanto del pan como de la carne que hallan; así que en esto un lobo hambriento se arrojó en aquella barquita, la cual no estando bien amarrada, siendo inmediatamente pateada por el lobo, se alejó de la orilla, y en poco tiempo estuvo el lobo más de treinta millas de tierra por mar. brazo. Y el labrador, que tenía cuidado de podar la viña, volviendo hacia el mar, como suelen hacer, vio su barquita salir de la orilla y hacerse a la mar; y no viendo bien quién lo hacía, se puso a gritar:

- Oh tú que diriges mi barca, vuelve a la orilla para que te nazca la vermocaña, que por la sanghe de De te haré colgar en la horca baja.

Y así, gritando y estrangulándose, y no viendo volver la barca, sino saliendo de la orilla, corrió playa abajo hacia el mar, y

llamando y mirando de cerca, vio al lobo en la barca. Y viéndolo y haciéndole la señal de la cruz, y gritando: "Socorro, socorro", era todo uno.
Tanto, que el ruido llegaba a Portovenere de voz en voz, donde toda la gente empezó a correr, unos con ballestas, otros con lanzas y otros con pinchos; y entrando en ciertas naves y navegando hacia el ruido, llegaron a la playa donde gritaba el labrador; y preguntándole por la causa del ruido, respondió:

- Vi con gran sorpresa que el lobo Cozzí se va con mi barca.

Se volvieron hacia ella, pusieron los remos en el agua, y habiendo dado la vuelta a la barca donde estaba el lobo, comenzaron a gran voz, tirando de la ballesta:

- Por Dios, messer lo luvo, voy a hacer un mal viaje.

Las acciones que hizo el lobo, viéndose preso en el mar, fueron maravillosas; y lo rodearon con sus palos y ballestas cargadas, y comenzaron a dispararle, tanto que el lobo murió.
Cuando murió el lobo, subieron al campesino a su bote y lo hicieron sentar sobre el lobo, y con gran celebración en el menorono en Portovenere, cada uno maravillado por este evento, disfrutando de toda la compañía juntos, se comieron este lobo. Y al Maestro Ubertino di Fetto Ubertini en teología, un fraile ermitaño, en ese tiempo, volviendo de Génova, encontré en Portovenere, quien, como yo, estaba presente en todas estas cosas.

Y realmente considerando este caso, ¿quién es el que sabe dónde y cómo morir, pensando dónde se cazan a menudo los lobos? ¿Y qué caso de muerte más novedoso que el de un lobo atrapado y asesinado por haber metido la cola en la boca de un barril, rascándose la costra o la ira, como se mencionó anteriormente en la historia? Y que caso más nuevo que un lobo siendo ese animal que es, más salvaje y más terrenal y más aterrador y sobre todo porque es esa bestia que tiene más audacia de matar la naturaleza humana, de haberse llevado a sí mismo en una pequeña barca al mar. haber muerto por esta forma? Por mi parte, creo que cuando estas cosas suceden, se nos muestran como una figura del Dios eterno, si las conociéramos. ¿Y no se comparan los lobos con los tiranos? ¿Y qué tirano es que puede vivir seguro y protegerse a sí mismo, aunque sabe que la mayoría de las veces es atrapado con nuevas trampas y en lugares donde el hombre nunca pensaría en ello? Pero todavía hay una cosa más nueva: que esas ovejitas, que más devoran, son las que las matan, como le pasó a este lobo.

Si los tiranos lobunos pensaran en las noticias presentes, preferirían llevar el vestigio y la naturaleza de una oveja que de un lobo; pero la soberbia y la avaricia quieren que cada ciudad sea oprimida por justos pastores por sus pecados y sujeta a lobos rapaces, enemigos de la justicia y amigos de la fuerza.

NOVELA 178

Giovanni Angiolieri, yendo a ver mujeres en Verona, se golpea el pie con una piedra, y con espíritu impío se vuelve hacia ella con el cuchillo, como si fuera un hombre que quisiera matarla.

Los de Portovenere no estaban tan orgullosos de matar al lobo que navegaba, como lo estaba nuestro florentino Giovanni Angiolieri de querer matar una piedra. El cual, encontrándose en Verona, y siendo un hermoso anciano, con Piero Pantaleoni, bien parecido de edad similar, con gorgueras alrededor de la garganta, como era entonces la costumbre de los florentinos, y teniendo todavía al dicho Giovanni el cuchillo a su lado, le dijo a Piero si quería ir a soñar con él. Piero, qué hombre tan agradable que era, se apresuró de inmediato y dijo:

- Vamos.

Y cuando se conmovieron, llegaron a un choque de mujeres, y Giovanni, que estaba muy lujurioso, yendo y mirando a las mujeres, golpeó una piedra de tal manera que todo lo que cayó al suelo fue, y cuando se recuperó, todo el tiempo mirando lo que hacía hacia las mujeres, se volvió contra la piedra, con actitud orgullosa, tomando con la mano el filo del cuchillo, diciendo:

- Por el cuerpo de Cristo que si fueras hombre, como eres una piedra, te clavaría este cuchillo hasta las cornisas; y aun así, no sé por qué me importa que no lo haga.

Piero, que vio esto, con gran risa, dice:

- Doh, John, date paz; son cosas que le pasan todo el día al mundo.

Giovanni se vuelve hacia Piero y responde de inmediato.

- Ah, sea con el nombre del diablo, si nos dejamos cagar en la cabeza.

Esto le parecía una nueva noticia a Piero, y le era muy difícil atemperar a Giovanni que no quería matar esa piedra. Y un camino más nuevo les pareció a aquellos veroneses y veronesas que vieron esto; que sin este caso aquellos florentinos que se veían por todo el mundo con gorgueras eran pájaros; y

se vio a un vernáculo que dijo: - “Oh Lapo, toma ese dinero”.- No lo tomes, aunque fuera un centavo. Brevemente, Piero volvió a casa con dicho Giovanni tan pronto como pude, y con la mente descansada en la noche tuvo a Giovanni, y dijo:

- Giovanni, hoy viste a cuánto te enojaste por ese caso que te pasó con esa piedra; y no es un gran hecho, como muchos piensan, sin embargo, que para Giovanni da Sasso los florentinos llegaron en poco tiempo, como saben, a una gran guerra con los pisanos, y fue por las hazañas de Pietrabuona. para que veáis y podáis saber que, como en las piedras hay gran virtud, tantas veces es lo contrario; porque muchas veces una piedra pequeña mata a un hombre, y el mal de la piedra es un mal muy grande. Pero lo que me parece una gran cosa es que quien tiene ojos se queda ciego. Tenemos nuestra propia costumbre de estas gorgueras, o gárgolas de baño, nos referimos; en el cual mantenemos tan enfurecidas nuestras gargantas que no podemos mantener nuestras mentes a nuestros pies, y con esto somos burlados, como puedes ver: ¿tenemos problemas, si no con nosotros mismos? ¿Qué vamos a hacer con este esfuerzo? Y de los obreros no os cuento, que es una cosa muy nueva, al menos para los extranjeros, cuando los ven, que bien se dan cuenta de que tenemos la garganta en la ducha y los brazos en el azulejo. Dejamos esta forma a quien la quiera, y vamos de tal manera que podamos poner nuestra mente a nuestros pies.

Giovanni, habiendo escuchado a Piero, inmediatamente dice:

- Y que así sea.

E inmediatamente quitándose la ropa, se desabrocha la gorguera, y se la da a Piero, y dice:

- En el primer cargo que hagas, envíalo a Florencia a vender.

Y así de la misma manera Piero se tragó la garganta; y en aquellos días se les enfriaba tanto la garganta que no hacían más que toser, tanto que tenían que hacer cuellos forrados durante varios meses si querían poder resistir el frío que les daba la gorguera levantada. Y cuando empezaron a salir y pasar por Verona, a los que los habían visto con las gorgueras les pareció cosa nueva, y dijeron:

- Mira los toscanos que se han quitado la capucha -; y muchas otras cosas

Y así quedó. ¿Y no era esta del gorjal maravillosa, por encima de todas las demás costumbres del mundo? De todos los otros que hubo alguna vez en el mundo, este fue el más extraño y aburrido. Y el escritor me recuerda que escuché decir a Salvestro Brunelleschi que habiendo estado casi siempre en Frioli, volvió a

Florencia cuando sus consortes tuvieron grandes problemas con una familia cercana a ellos, llamada Agli; y en aquel tiempo volvió de Alemania uno de los Aglis llamado Guernizo, ya sea por su nombre o por ser hombre orgulloso, se armaron todos los Brunelleschis para que se le pusiera la gorguera a Salvestro; y aquella mañana, yendo a cenar, y teniendo delante un plato de garbanzos, y tomándolos con una cuchara para llevárselos a la boca, se lo puso en el cuello.
Estaba caliente; su cuello y garganta lo sintieron en forma que dijo:

- Me había puesto una gorguera por miedo a la Guenize, y me quemó toda la garganta -; y levantándose de la mesa, lo sacó y lo arrojó por el barrido, diciendo:
- Antes de que quiera que me maten mis enemigos, quiero matarme.

¡Oh, cuántas costumbres han cambiado en mis tiempos por la falta de firmeza de los vivos, y especialmente en mi ciudad! ¡Qué era ya ver a las mujeres con la cabecera tan abierta que mostraban más hacia abajo que sus dedos! y luego dieron un salto, y se hicieron el collar hasta las orejas; y todas son costumbres fuera del camino. Yo, escritor, no podría contar con tanta escritura, como todo este volumen contiene, las costumbres cambiaron en mis días; pero como muchas veces cambiaron en nuestra tierra, no fue que en la mayor parte de las demás ciudades del mundo no se quedaron quietas; porque los genoveses nunca habían cambiado de forma, los venecianos nunca, ni los catelani cambiaron la suya, y lo mismo sus mujeres; hoy me parece que todo el mundo está unido en tener poca firmeza; mas que florentinos, genoveses, venecianos, catalanes y todos los hombres y mujeres de la cristiandad van por un camino, sin saberse unos de otros. Y ojalá se detuvieran; pero es todo lo contrario, pues si aparece un arzagogo con una nueva forma, el mundo entero lo toma. Para que en todo el mundo, y especialmente en Italia, sea cambiante y actual adoptar las nuevas formas.

Que es ver a las jovencitas, que con tanta honradez iban, habiéndose quitado tanto la forma de la capota, que la convertían en un gorro, y con un sombrero, como van las mujeres mundanas, se llevan una correa alrededor de la cuellos, con diferentes formas de bestias colgadas en sus pechos. Sus mangas, o más bien podrían llamarse cilicios, ¿qué forma más triste y dañina e inútil hubo jamás? no puede tòrre ni vaso ni bocado de la mesa que no ensucia y la manga y el mantel con los vasos que se le cae? Así lo hacen los jóvenes, y peor que estos manitas grandes se les hace a los bebés que están mamando. Las mujeres van con capuchas y capas. La mayoría de los jóvenes sin capa van a la fregona. Solo tienen qu

calzones, y se lo quitaron todo; son tan pequeños que fácilmente se les haría, ya que han metido el culo en un futbolín; ya la muñeca le dan un brazo de tela; ponen más tela en un guante que en una capucha.

Me consuela una cosa que cada uno tiene que encadenarse los pies, siguiendo así al otro. Quizá sea tarde para que cada uno de nosotros haga penitencia por tantas cosas vanas; que un día te quedas en este mundo, y en ese mil formas cambian y cada uno busca la libertad, y él mismo se la quita. Nuestro Señor liberó el pie; y muchos con un dedo del pie muy largo no pueden ir. Tiene las piernas torcidas, y muchas con cordones las tienen tan apretadas que apenas pueden sentarse; el busto está todo en grapas, los brazos con la cola del paño, el cuello atrincherado por los capuchinos; la cabeza arreglada con auriculares arriba de la fregona por la noche que todo el día luego la cabeza parece aserrada. Y así nunca se terminaría de hablar de mujeres, mirando la estopa inconmensurable de los pies, y subiendo a la cabeza; donde todo dice en los techos, unos lo ondulan, y otros lo alisan, y otros lo blanquean, tanto que muchas veces mueren de catarro.

Oh vanagloria de la pandilla humana, para ti se pierde la verdadera gloria. Y no quiero hablar más de esto; porque me envolvería en sus asuntos, y no podría hablar de otras cosas.

NOVELA 179

Dos mujeres, esposa de dos condes Guidi, se muerden con dos dichos maliciosos, movidos en los lados güelfos y gibelinos.

Debido a que hablé de la vanidad femenina en parte más arriba, me viene a la mente contar una historia de dos mujeres que, con agudísimo ingenio y hechizo de palabras, se abalanzaron una hacia la otra, y como la otra respondía con astucia.

Fue, no hace mucho, que los Condes Guidi se casaron con dos mujeres; una era hija del conde Ugolino della Gherardesca, a quien los pisanos mataron de hambre con sus hijos; la otra era la hija de Buonconte da Montefeltro, un hombre casi jefe del partido gibelino, y que, él o ella, había sido derrotado con los aretinos por los florentinos en Certomondo. Ocurrió pues por casualidad que en el mes de marzo estas dos mujeres, yendo a divertirse hacia el castillo de Poppi y llegando a aquel lugar de Certomondo, donde los florentinos habían infligido la referida derrota, la hija del conde Ugolino se volvió hacia su compañera y dicho:

- Oh madonna entonces, mira qué hermoso es este trigo, y este maíz, donde los gibelinos fueron derrotados por los florentinos; Seguro que el suelo aún se siente de esa gordura.

Buonconte respondió inmediatamente:

- Ben es guapo; pero podremos morir de hambre antes de que haya algo para comer.

La buena mujer que comenzó a perforar, sintiéndose así mordida, fingió no darse cuenta de las palabras venenosas, y siguieron su viaje. Ahora bien, ¿qué diremos del ingenio de la malicia femenina? Cuanto más agudo tienen el intelecto, y más pronto tanto para hacer como para decir el mal, [y más] tanto que los hombres se hacen parciales; que con buen tiempo hubieran vuelto a tomar a sus maridos, hoy las animan a pelear al margen.

Y por esto mucho mal ha descendido de ellos al mundo, y descenderá de él, si Dios por su providencia no dispone las almas a lo mejor que se ve.

NOVELA 180

Messer Giovanni de' Medici lanza una palabra artificial a Attaviano degli Ubaldini, quien se la devuelve con esa flecha.

No menos venenosa fue la respuesta que Attaviano dio en la plaza de nuestros señores de Messer Aginardo degli Ubaldini a Messer Giovanni di Conte de'
doctores Que Attaviano, estando en Florencia desde que su padre fue capturado y entregado Monte Colereto y todos sus bienes a la Comuna de Florencia, casi había tomado la forma, como los demás ciudadanos, de ir a priori en la mañana en que entraron, y también al gonfaloni. Y entre otras veces una mañana de 8 de enero, dándose el Gonfaloni, fue a casa del Gonfaloniero con una brigada, como hacían los demás ciudadanos, y luego con toda la brigada siguió al Gonfaloniero hasta la plaza; y dejándolo en la barandilla, se fue a Vaccherecciа con aquellos caballeros que allí estaban, y especialmente con Messer Giovanni di Conte pudo allí sentarse. Y es verdad que poco tiempo antes del MCCCLX había habido un tratado en Florencia por muchos ciudadanos, y dos fueron decapitados; qué tratado tuvo el efecto de expulsar a algunas familias; y en esto estaba Bartolommeo di Messer Alamanno de' Medici; y de nuevo nunca hubo paz ni buena voluntad entre los Medici y los Ubaldini.
Ahora bien, llegando al punto, Messer Giovanni sentándose así con el dicho Ottaviano, comenzó a decir:

- Ah, Ottaviano, ¿quién iba a creer que los Ubaldini habían venido esa mañana a acompañar a los gonfalones en esta ciudad nuestra?

Y Octavio respondió de inmediato:

- Entonces uno habría creído esto, uno habría creído que los Medici habían querido subvertir al pueblo de Florencia.

Messer Giovanni fue silenciado por una forma que ya no decía una palabra.

Y, sin embargo, uno no puede ser demasiado cauteloso al pensar lo que el hombre comienza a decir; pero que las palabras conducen muchas veces a los hombres a bosques ilícitos en forma que quien se ha movido recibe palabras peor que espontáneas. Hablar ya es perjudicial para muchos; El silencio nunca le hace daño a nadie.

NOVELA 181

Messer Giovanni Augut da una respuesta inmediata y agradable a dos frailes menores, que dicen que Dios les dé la paz.

Lo que hizo Messer Giovanni Augut a dos frailes menores fue una respuesta muy agradable; los cuales frailes, yendo a él por alguna necesidad de ellos a uno de sus castillos, donde estaba, llamado Montecchio, casi una milla de este lado de Cortona, y llegando ante su presencia, como es su costumbre, dijeron:

- Monseñor, Dios le dé paz.

Y él inmediatamente responde:

- Dios te quite la limosna.

Los frailes, casi asustados, dijeron:

- Señor, ¿por qué nos dice eso?

Messer Giovanni dijo:

- Efectivamente, ¿por qué me dices eso?

Los frailes dijeron:

- Pensamos que teníamos razón.

Y messer Giovanni respondió:

- ¿Cómo crees que puedes decir correctamente que vienes a mí, y dices que Dios me hará morir de hambre? ¿No sabes que vivo de la guerra, y la paz me desharía? y como yo vivo de la guerra, así vivís vosotros de la limosna; para que la respuesta que te di fuera parecida a tu saludo.

Los frailes se encogieron de hombros y dijeron:

- Señor, tiene razón; perdónanos, somos gente grande.

Y habiendo hecho algunos otros negocios que tenían que ver con él, partieron y volvieron al convento de Castiglione Aretino, y torcieron este en una hermosa y nueva historia, especialmente para Messer Giovanni Augut, pero no para cualquiera que hubiera

quería estar en paz. Y fue ciertamente aquel hombre que duró más en las armas en Italia que cualquier otro, porque duró sesenta años, y casi todas las tierras le fueron tributarias; y supo hacerlo bien, de modo que hubo poca paz en Italia en su tiempo. Y ¡ay de aquellos hombres y pueblos que creen demasiado en sus semejantes, porque los pueblos y comunas y todas las ciudades viven y crecen de la paz, y viven y crecen de la guerra, que es la destrucción de las ciudades, y se derriten y ven menos. En ellos no hay ni amor ni fe. A menudo hacen peor a quien les da su dinero que a los soldados del otro lado; sin embargo que, aunque demuestran que quieren pelear y pelear entre ellos, se aman más que no quieren a quienes los llevaron a su dinero; y parecen decir: roba de aquí, robaré bien de aquí. Las ovejas no se dan cuenta que todos los días con la malicia de estos hombres son inducidas a hacer la guerra, que es lo que no puede echar sino mala razón entre los pueblos. ¿Y por qué tantas ciudades de Italia están sujetas a señores, que eran libres? ¿Por qué está Apulia en el estado que está y Sicilia? ¿Y la guerra de Padua y Verona adonde las condujo, y muchas otras ciudades, que hoy son villas tristes?

¡Oh miserables, pues, esos pocos, que son pocos, que viven libres: que no crean en los engaños del pueblo de armas; que permanezcan en paz, y antes de que sean intimidados dos o tres veces antes de ir a la guerra; porque uno lo empieza fácil, y en parte brota que nadie lo cree, y el mal de uno no se puede corregir de prisa.

NOVELA 182

Messer Ridolfo da Camerino, siendo invitado a pelear cuerpo a cuerpo, le hace conocer con una agradable respuesta.

Todavía no quiero dejar una respuesta de Messer Ridolfo da Camerino. Y ya han sido muchos los que teniendo envidia, odio o enemistad, o guerra, con un señor de muchos, han pensado y sutilezas y astucias cómo, con poco costo, podrían injuriar a aquel señor particular. Hubo pues un señor en la Marca o Matelica o Macerata, me equivoco, que no pudiendo resistir los embates de micer Ridolfo, tuvo la idea de mandarlo a pedir cuerpo a cuerpo, imaginando: mister Ridolfo no querrá peleará y será injuriado. Y habiendo tomado uno de sus embajadores, le encomendó la embajada. Y recibido salvoconducto, pasó a presencia de micer Ridolfo; quien se le acercó y le dijo:

- Tal caballero en todo lo que puede, te desafía y quiere pelear contigo; elige el campo y el día, y es temprano.

Messer Ridolfo lo mira, y sonriendo, llama a uno de sus criados y le dice:

- Anda, tráele de beber una buena noticia, que parece que este señor, nuestro enemigo, se ha hecho médico.

Y más adelante no dijo, tanto que el embajador había bebido: habiendo bebido, dijo micer Ridolfo:

- De nada; tus palabras son entendidas; vuélvete a tu señor y dile: “Dice Redulfo que lo retas, que no cree que te hicieron médico; como ve que eres médico, cada vez que tenga fiebre u otro defecto en la persona, te mandará orina”.

El embajador casi se rió de esta respuesta, y dijo:

- Señor, ¿quiere que le diga algo más?

Y dijo messer Ridolfo:

- Dije mucho, si puedes entenderlo.

El embajador partió y volvió a su señor con esta respuesta. Según lo oyó aquel señor, si al principio lo odió, luego lo odió mucho más; y de nuevo se dijo a sí mismo: “Me sienta muy bien; Mando en desafío, y si hubiera querido pelear, no sé si lo hubiera hecho; y me dio la respuesta que merecía”. Y de ahora en adelante siempre trató de ser su amigo.

Ha habido muchos que sin hacer ninguna comparación, requerirán que pelees cuerpo a cuerpo, y Dios sabe cómo resultarán.
Pero esta batalla es lícita para todo hombre sabio aborrecerla.

NOVELA 183

Gallina Attaviani le da una buena comida a un extranjero, creyendo que es un gran maestro de un arte, y después de comer, encuentra lo contrario; cuyo gasto se ha perdido y queda humillado.

Ahora dejaré las respuestas inmediatas y vendré a contarles de un nuevo aviso hecho para una de nuestras florentinas, que se llamaba Gallina Attaviani. Era orfebre en Porta Santa Maria, y continuamente, como hacen ellos, esculpía sus tallas en el interior de la puerta.

Por casualidad en aquella época había llegado a Florencia un tal Rinaldo da Monpolieri, de camino a Roma, que, saliendo por la mañana del Albergo de' Macci, adonde volvía, se dirigía al Orto San Michele a oír misa o a ver a la Virgen. ; y luego fue al Mercato Nuovo, extendiéndose por Porta Santa Maria, donde había tomado la costumbre de encaramarse y apoyarse en la ventana de Gallina, y allí, sin decir nada, miró y consideró la talla de Gallina. Y continuando esto varias veces en diferentes días, se le ocurrió a Gallina que debía ser un gran maestro tallador. Y advirtiéndose como si fuera Pulicreto, una mañana, sin saber nada más, le dijo:

- Caballero, le ruego que cene conmigo mañana por la mañana.

Rinaldo dijo varias veces:

- Gran Misericordia -; No era necesario; y que siempre estuvo con él, etc.

Entonces Gallina se inflamó más y le dijo tanto que aceptó la invitación. La fortuna fue favorable a Gallina, para que pudiera hacer gastos más pródigos; estaba en Cuaresma, y en el puente tenía esturiones y lampreas. Fue e invitó a algunos de sus vecinos que eran caballeros y de' Bardi y de' Rossi, y comió cuatro platos muy bonitos. Llegó la otra mañana, y Rinaldo fue a la tienda de Gallina, y fueron a cenar; donde, como es costumbre, todos reverenciaron al extraño y le preguntaron a la Gallina quién era. Y Gallina dijo que no lo sabía, pero que parecía entender que era un gran maestro de la talla en madera, y antes de levantarse de la mesa le preguntaría cuál era su profesión. Y así comiendo, habiendo comido, y llegando el agua a las manos, la Gallina dice:

- Debes ser un gran maestro en Monpolieri; Dime, si Dios te mira, ¿qué arte o qué oficio es el tuyo?

Rinaldo responde:

- Mi hermano, soy un concagador de tazas.

Gallina dice:

- ¿Que te crees que eres?

Rinaldo dice:

- Soy concagador de tazas; llamamos concagare a lo que veis pintado en él, y cántaros a lo que llamáis cántaros.

Cuando Gallina entendió todo, se dijo a sí mismo: “He hecho una buena compra; si hago las otras así, pronto podré labrar vasijas de barro, como ésta, y dejar en paz las de plata”. Los demás que estaban en la cena reventaban de ganas de reír; y levantándose de la mesa, Guerrieri de' Rossi, que estaba cenando, tomó aparte a Gallina de la mano y le dijo:

- Esta mañana la fortuna más grande que he visto venir a un hombre en el mundo, para que esté contento con las compras que has hecho, como si fuera un congador de tazas. Tu nombre es Gallina, y él se llama Rinaldo; ¿Cuándo fue que el zorro pudo acercarse a la gallina que ella no comió? la suerte te ayudó a que le pusieras con mucha anticipación alguna otra comida de la que sobreviviste; aléjate de él tan pronto como puedas, y deja que golpee sus tazas.

Gallina dice:

- Guerreros, siempre bromeáis; Tengo uno propio.

Y Guerreros respondió:

- Y tengo otra, esa lamprea era lo mejor que tenía.

Y así, en la Piazza a Ponte, la gente se rió durante más tiempo de esta historia; y Rinaldo y 'l Gallina se fueron hacia la tienda, y luego, unos días después, Rinaldo regresó a Monpolieri para llenar las jarras.

NOVELA 184

Un Piovano, jugando al ajedrez, derrotando a su compañero, juega con el martillo, para mostrar quién saca, cómo ha dado jaque mate; y cuando su casa se quema, nadie se la quita.

En San Giovanni in Soana de Valdipesa ya había un hombre de Pío muy simpático y gran jugador de ajedrez, y muchas veces jugaba para divertirse en su parroquia con un señor de los Giandonati, y diciendo muchas cosas del tablero, como jugadores haz siempre de ajedrez, y habiendo venido al concurso: - Te daré jaque mate. - No lo harás. - Sí, lo haré -; el chico de la lluvia, o quién sabe más, o lo que sea, de seis veces cinco, lo puso en jaque mate. Y la de los Giandonati, no es que confesara haberla autorizado, pero muchas veces decía que se la daba.

Sucedió por casualidad que un día entre los demás, mientras jugaban y terminaban el juego, el cura fue a darles jaque mate. Él dijo no. Y la lluvia dice:

- Te llamaré en medio del tablero de ajedrez.

- ¿Qué vas a dar? no lo harás; Te lo daré.

Aquí eres automáticamente jaque mate por el chico de la lluvia en medio del tablero de ajedrez, y él no quería permitirlo. El chico de la lluvia, al ver esto, corre hacia las campanas y golpea el martillo. Mientras la gente escucha tocar, todos dibujan. Una vez que llegan a la iglesia parroquial, le preguntan al chico de la lluvia:

- ¿Cual es? ¿cual es?

El chico de la lluvia dice:

- Quiero que lo vean y sean testigos de que le di jaque mate en medio del tablero.

Los campesinos comienzan a reír; y ellos dicen:

- Messer llueva, haznos ir a la huelga, - y ve con Dios.

Y así es por espacio de un mes que este caso vuelve a intervenir; y la lluvia está golpeando. La gente dibuja, pero no tantos como la primera vez.

Y la lluvia les muestra cómo les dio jaque mate en medio del tablero. Los campesinos comienzan a humillarse y a llorar, diciendo:

- Podrás jugar bien que vamos otra vez.

Y de ahí algunos quieren decir que salió el lema que dice: "Lo sabrás jugar bien". El chico de la lluvia dijo que debían tener paciencia, pero que merecían venir y rescatar a un hombre de su error. Los campesinos dijeron:

- No sabemos qué error, sabemos muy bien que entre la primera vez y ésta, hicimos huelga ópera a ópera.

Y la lluvia dijo:

- Vosotros sabéis que en la muerte de Cristo Caifás dijo: "Conviene que un hombre muera por el pueblo, antes que toda la multitud perezca"; y yo os digo que es necesario que todos vosotros tengáis un poco de esfuerzo, para que él pueda salir de su error; ahora ya no son palabras; si quieres venir, ven, y si no, si estado -. Y casi refunfuñando se fueron.

Sucedió por casualidad, como suele ocurrir, y es la voluntad de Dios, que dos meses después, una mujer de esta lluvia queriendo lavar su ropa, se enteró del incendio en su casa en la cocina; y fue en completas; de los cuales el chico de la lluvia toca inmediatamente la campana del martillo. Los campesinos estaban en los campos, unos con palas y otros con marras, pues ya era hora de dejar el trabajo; unos se echan al cuello la pala y otros el azadón y se van a sus casas diciendo:

- El sacerdote podrá jugarlo bien; si juega al ajedrez, y juega; sería mejor que esperara a decir las horas y los demás beneficios.

Y así, sin importarle el sonido del martillo, la casa se quemó en gran parte.

A la mañana siguiente, mientras el rumor corre entre la gente, se dice que la casa del agricultor de la lluvia ha sido quemada; que llora, y que dice:

- Le queda bien.

Llegó una gran multitud hacia la iglesia, donde el campesino estaba triste y afligido, y les dijo:

- Pude jugarlo de lado; Juega bien Dios te ayude, tengo una mala pascua, bondad de tu parte que no me ayudaste.

Entonces los que estaban allí dijeron todos a una voz:

- Pensamos que jugabas al ajedrez.

El chico de la lluvia respondió:

Bueno, ahora estaba jugando al ajedrez con fuego; pero me dio jaque mate y me abandonó.

Algunos de los campesinos responden:

Y citaste el otro de Caifás que dijo que era necesario que pereciera uno por el pueblo, antes que pereciera toda la generación humana; razón por la cual seguimos esta profecía, no que tú murieras por el pueblo, sino que impusieras una disciplina o un castigo, más bien que tu pueblo pereciera, porque todos los días nos hacías correr aquí como olvidadizos.

El chico de la lluvia dice:

- Creo que dices la verdad y te apegas muy bien; y la risa del ajedrez me ha convertido en llanto. Hoy sabré qué hacer, y cerraré el establo, ya que he perdido los bueyes.

NOVELA 185

Pero Foraboschi encuentra la cabeza de un gato en un ganso cocido, y eso porque se le hizo, y lo que le pasa.

Han pasado algunos años desde que en Florencia hubo un señor llamado Pero Foraboschi, que teniendo años y teniendo algo nuevo, volviendo del Valdarno hacia Florencia y llegando a Cascia, fue invitado en el mes de octubre, casi al final, beber allí con un campesino; el cual, aceptando la invitación, le trajeron castañas secas, de tal manera que, sin embargo, tomó varias en su mano y empezó a querer comer una, ya que tenía pocos dientes malos y la castaña era dura como una piedra, y no había manera de que no se lo quitara de la boca y lo volviera a poner en su mano, y tomara otro que nunca fue macerado en forma semejante; y probando ahora uno u otro, los probó a todos y los tomó en su mano, sin poder domarlos. Y así, teniéndolos en la mano, se despidió; y en su camino a Florencia, nunca los olvidó, siempre llevándose uno u otro a la boca en el camino, y cuanto más los murmuraba y gruñía, más difíciles se volvían. Así llegó este Pero a Florencia, donde, llegando, un boticario Bartolozzo que estaba en aquella esquina del Figliuo'petri, persona muy agradable y hombre nuevo, sale a su encuentro, y saludándolo, le toma la mano, y descendiendo de su caballo, lo invitó a beber. Pero él dijo:

- Déjame volver a meter el jamelgo en la casa, y vengo -; y le muestro las castañas y dice: - Y yo también tengo el cebo de mi parte.

Bartolozo dijo:

- Me voy adelante, ven a tus anchas.

Devolviendo el jamelgo al establo, Pero se fue a beber con Bartolozzo; donde habiendo otros vecinos, y Pero ofreció la mano de las castañas a la fiesta. Y tomando a cada uno de ellos, o que las castañas estaban blandas, o que uno de ellos tenía mejor dentadura que Pero, dijo:

- O ella su victoria.

Y Pero respondió:

- Bien pueden ser vincide, que los traje en la boca desde Cascia hasta aquí.

La brigada voltea y escupen las muchas que tenían en la boca; y Bartolozzo dice:

- ¿Cómo diablos te los metiste en la boca?

Pero groseramente confirmó el asunto; y los demás se miraron juntos y fingieron beber y se fueron con Dios. Bartolozzo, volviendo a la tienda, se quejó consigo mismo diciendo: "Yo honro a Pero, y él me deshonra con el mejor vino que tengo, y él me dio de su lava: que nunca sea hombre, si no le hago uno más inmundo".

Sucedió por casualidad que, a los pocos días, la fortuna fue favorable a su deseo, sin embargo, cuando llegó la vilia de Todos los Santos, y Pero, o se la habían regalado, o había comprado un ganso calvo muy gordo. , le dijo a un granjero que estaba con él:

- Ve y llévalo a la botica Bartolozzo, y dime que me lo guarde.

Y el granjero así lo hizo. Al ver esto Bartolozzo, le dijo a un chico en la tienda:

- Bueno, riponla.

Y pensando cómo podría hacer uno en Pero, yendo a cenar, vio un gato muerto en su puerta y en secreto hizo que un niño la arrastrara dentro de la casa; y habiendo hecho esto, cortó la cabeza del gato e hizo tirar la bolsa a escondidas.

Cuando hubo terminado, llevó la cabeza del gato debajo de su capa a la tienda, y viendo lo secreto que podía ser el asunto, sacó el ganso de Pero, que aún no se había movido de la tienda; y cuando lo disparó y extrajo lo que había dentro, colocó allí la cabeza de dicha gatta, y chamuscándola por dentro, la tomó de donde la había cortado.

Bartolozzo no lo hizo por el fin al que vino después, sin embargo que se dio cuenta de que mandando a Pero por la oca, y haciéndola abrir para ponerle ajos o membrillos, encontraría a cambio de cosas dentro de la oca, la cabeza de gato; y de esto vio la novedad que siguió. Pero la fortuna quiso que fuera más allá y de otra forma. Sin embargo, por enviar a Pero por el dicho ganso, y por aventura

ese día una criada llamada Cecca vino a quedarse con él, quien, como nunca había estado con otros, dijo que sabía cocinar bien, ya que nunca había salido de Bagirl, de donde era, hasta entonces cuando llegó a Florencia, y en la primera casa que llegó fue en la casa Pero Foraboschi; Pero creyendo que se trataba de la hija de Pellino, le dijo que vistiera ese ganso y lo llevara al horno. Ella, al verla tironeada y cosida, notó que estaba apta para todo lo que se necesitaba; y tomando una cacerola y poniéndola dentro, la llevó al horno.
Cuando llegó el día de Todos los Santos, y Cecca fue por el ganso, y estando a la mesa Pero y su familia, habiendo venido el dicho ganso, viéndolo así levantado en su cuerpo, dijo:

- Ciertamente este ganso gordo salió bien, como yo creía; mira lo llena que está -; y él lo trajo adelante, y con el cuchillo en su mano comenzó a despojarlo y comerlo.

Cuando las partes superiores estaban casi comidas, y Pero comienza a meterse en la grupa; donde, abriéndose por detrás, parecía que se abría un cementerio; y de repente, el hedor llegando a su nariz y ojos, la cabeza del gato retorcida y rechinando como una calavera, pero casi olvidadiza, santiguándose y levantándose de la mesa, dice:

- ¿Qué mala suerte es esta?

Su dama desconcertada consuela a Pero, y piensa que es un encanto, diciéndole que debe decidir colocar una imagen en Nunziata si ella le hace el favor de que se mantenga libre de tal accidente. Pero dice:

- Y así por favor y así lo prometo.

Y habiendo levantado la cosa delante de él y la tiró, como se debe creer, apenas durmió por la noche, quejándose de lo que había comido. Y pensando en esto toda la noche, a la mañana siguiente se puso a investigar quién era el que le había vendido aquel ganso, si a él o al notario de La Grascia donde era funcionario, que en verdad se cree que se lo había dado, como todavía hoy se hace. De donde procedía, sin embargo, estuvo casi toda la mañana de Muertos y por miedo al maleficio, y por cualquier otra razón, andando investigando quién la había vendido, y también a Bartolozzo que la había guardado, si encontraba quién la había puesto. la cabeza del gato dentro del ganso. Y no pudiendo encontrar nada para escapar del peligro que dudaba, volvió a su casa, y el 3 de noviembr

en Orto San Michele, habiéndose hecho él mismo en cera; y después de algunos días la imagen estuvo completa, la hizo llevar a la iglesia de los Servi, y allí la presentó a la Nunziata.

Luego se colocó en los balcones de madera de arriba; y hasta el día de hoy se ve que se parece a Pero Foraboschi.

Ahora así le pasó a Pero, decir que había traído castañas en la boca de Cascia para acá, que eran dos estupideces: una traer varias castañas de Cascia, y la otra decir que las había macerado en la boca; de los cuales se puso a macerar la cabeza del gato en el culo de la oca; y se hizo de ella cera, presentándose a los Siervos. Y para traer seis castañas de Casia por dinero, cada una se compraba por más de veinte sueldos. Y así, el avaro muy a menudo gasta más que su dinero, como en el mundo todo sucede todos los días.

NOVELA 186

Messer Filippo Cavalcanti Calonaco de Florencia, creyendo que tiene uno de sus gansos cocinados en Halloween, se lo quita de una manera nueva.

Una historia de otro ganso que recuerdo contar, el cual, llenándose con gran diligencia, no de cabeza de gato sino de alondras y otras aves gordas, vino a manos de ciertas personas que, si las tenían, cómo lo cocinaban; y él, de quién era, se sentó a la musa en Halloween. No hace muchos años en Florencia en la Porta del Duomo había ciertos jóvenes que pensaban entre ellos hacer un día de Todos los Santos, sin esfuerzo y sin costo, a costa de los demás. Y en la noche de Todos los Santos fueron a ciertos hornos y tomaron algunos gansos de los infantes y las mujeres que los llevaron a casa. Y llegando muy tarde al horno en la Piazza de' Bonizi, estando bien escondidos afuera, los criados se acercaron al horno y dijeron:

- Dame el ganso del cuento de Ricci.

Cuando oyeron decir a De'Ricci, dijeron:

- Este no es nuestro ganso -; si dijeran de' Medici, o los Adimari, dirían lo mismo.

Sucede que llega un soldado de infantería de Bérgamo y dice:

- Dame el ganso de Messer Filippo Cavalcanti - (que era un calonaco de Santa Reparata).

La brigada se dice entre sí:

- O este es nuestro ganso.

Y cuando el infante tuvo dicho ganso en la cacerola, como es costumbre, partió para ir con él a casa de micer Filippo, que estaba hospedado en aquella calle al pie del campanario; donde siempre había una taberna, y un lugar muy oscuro. Cuando los jóvenes ven a su amigo conmovido, envían tras él; y cuando el soldado de infantería llegó a la puerta que estaba cerrada, comenzó a tocar, y se acercaron dos; uno le da el anzuelo al ganso, y el otro lo sujeta por detrás, y dejándolo, y todos huyendo como cucarachas, era todo uno. El soldado de infantería comienza a llamar a messer Filippo con una gran boca, que aún no había abierto:

- O messer Filippo, l'oca sen va, o messer Filippo, l'oca sen va.

Messer Filippo al oír esto, se mueve diciendo:

- ¿Cómo va el ganso si está muerto en el hielo? ¿No está muerta y cocida?

Y el soldado de infantería habló:

- Te digo que viene en camino, ven rápido.

- ¿Cómo se va, que se corta en pedazos? esta viva? - y con esto llega a la puerta, y la abre.

Y el gato dice:

- Ay, señor, unos glotones me robaron el ganso.

Messer Filippo dice:

- ¿O no podrías decir: me quitan el ganso? que sea ahorcado, como lo serán ellino.

Y dicho esto, dio cien pasos completos gritando:

- Atrapa a los ladrones.

Expulsan a los vecinos.

- ¿Qué es, qué es?

Y él responde:

- Como diablo: “¿qué es?”; me quitaron el ganso que salía del horno.

El gato dice:

- Me dices groserías, porque dije que el ganso se iba; y decís que salió del horno; ¿O cómo vino, si estaba muerta y no viva?

Messer Filippo lo mira y dice:

- O esto es mucho peor que el infante me quiera soltar, cuando ha dejado atrás al ganso: anda, vamos a cenar ajo, que Dios te dé enfermedades y malas pascuas.

Unos vecinos reventando en la oscuridad, dijeron:

- Oh messer Filippo, paciencia.

Y ellos respondieron:

- ¿Qué tan paciente? que es cosa de negar la fe!

El otro dice:

- Volete cenar meco?

Estaba tan inflamado que no oía ni entendía; tenía el espíritu de aquellos pajaritos que estaban en el ganso que lo ayudaba a volar; y luego entró en la casa, y toda la noche gritó con el soldado de infantería, y dijo de nuevo:

- Si puedo averiguar quién me lo quitó, nunca verá un ganso que no le pertenezca.
ven a apestar.

Eran palabras: se acordó que prescindiera del ganso y comiera otra cosa; y duró mucho tiempo antes de que se diera la paz.

Y porque dice: "Uno piensa el glotón, y el otro el posadero". Y paciencia dicen que seguimos, y para ellos quieren poco o nada.-

NOVELA 187

Messer Dolcibene se da a comer un gato por burla: después de cierto tiempo da lugar a comer a quien le dio el gato.

Estos chistes hacen reír mucho a los oyentes, pero los deleitan mucho más, cuando el burlador recibe los chistes del bromista, como se demostrará en éste.
Todos pueden haber entendido de ciertas historias pasadas quién era Messer Dolcibene. Una vez fue invitado a comer por Pioggiano della Tosa, quien mantuvo a Santo Stefano en Pane, diciendo que tenía un conejo en costra. Y en esta comida estaba el Baccello della Tosa, y alguien más que conocía el hecho. Y este era un gato, que había caído en manos del campesino, y Messer Dolcibene estaba disgustado por eso. Así, como Pioveno, Messer Dolcibene y otros, entre otros alimentos, trajeron la corteza del gato-conejo, fue tan buena que Messer Dolcibene comió más que nada. Apenas se comió la corteza, y la lluvia con las demás empezó a llamarse: “muscia”; y que maullaba, como lo hace el gato.

Messer Dolcibene, al ver esto, se blanqueó, como hacen la mayoría de los bufones, y se templó, diciendo:

- Era muy buena -; para no hacerlos felices, y para hacerlos, como si viera la belleza, cara a cara.

Este hecho nunca se le pasó por la cabeza, hasta que llegó el parto de estorninos, que abundaba mucho en una de sus fincas de Valdimarina, y en ese momento consiguió pescar varios sorgi, de modo que los tuvo temprano y ordenó con uno de sus soldados de infantería que una jaula de jóvenes estorninos, mezclados con alguna pippione, trajo después de la cena cuando lo vio con el chico de la lluvia en Frascato, y al parecer los llevó al mercado para venderlos, diciendo con él: "¿Por cuánto quieres que te pague?" ¿darle?"

Messer Dolcibene conocía el carácter de Piovano y Podcello, que tan pronto como los vieron, dijeron así: "Ustedes nunca nos dan comida de sus aves", y que ellos le pedirían de cenar.

Y así sucedió; cuando llegó el soldado de infantería, el chico de la lluvia tomó la jaula y dijo que no se la devolviera si no les daba la cena. A lo que micer Dolcibene consintió, y quitó la jaula, y fue a poner en orden la cena. Y cuando llegó a su casa, sacó dos piñones y ocho resortes, que dispuso para hacer una costra, quitándoles la cabeza, las patas, los pies y la cola, torciéndolos por la mitad, de modo que en la costra parecían cantos de estornino. ; y mezcló dos pippioni en cuartos entre ellos, y un poco de carne para ensalada, y tenía la corteza lista; y el soldado de infantería mandó a vender el excedente.

Cuando llegó la hora de la cena, la brigada se presentó en casa de Messer Dolcibene. Al verlos, dijo:

- Esta noche no comerás excepto por la jaula que quitaste, así que no esperes nada más.

Y así, lema por lema, se fueron a la mesa. Y como llega la tarta, el chico de la lluvia dice:

- ¿Has puesto pollos en él?

Y messer Dolcibene dijo:

- Mi palomar no hace ninguno; Hice una costra de pippioni y estorninos.

El chico de la lluvia dice:

- ¿O de qué son los estorninos? son buenos de tus cenas.

Messer Dolcibene dice:

- Los como todo el año, y son muy buenos.

vaina dice:

- Sí, los ratones lo manejarían, no les cuesten.

Y así vinieron a sacar la comida de la corteza; y el primero que probó de esos ratoncitos fue el chico de la lluvia, y dijo:

- Son mejores de lo que no creía.

Messer Dolcibene había hecho cola para que no vieran lo que comía, ya menudo tocaba la tabla de picar, pero se metía muy poco en la boca, si no un poco de carne salada, haciendo grandes bocados de pan. Cuando la corteza estaba

comido, sin hacer un escándalo por los ratones, cuando el agua llegó a mis manos, dijo messer dolcebeno:

- Queridísimos hermanos, esta noche os he dado de cenar, y se acordó que me despidieran, y no sin mucho esfuerzo, puesto que puse en ello todo mi ingenio y arte por espacio de un día y una noche, para que vosotros estaban bien Bien quisiera que el juego hubiera sido de bestias mayores, como lo sois vosotros; pero agradó a la fortuna, que muchas veces tira donde le conviene, que fueran ratones; que ella puso en mis manos, parecía que tenía que decir "¿No te acuerdas del gato que te dieron de comer tus amigos? ve y dales lo que se merecen"; y brevemente, siguiendo su consejo, mandé hacer la corteza, donde todos los que comiste para cancioncillas eran ratones. Si te parecen bien, me alegro; si no eran buenos, consideradlo a la fortuna, porque fueron alimentados con buen grano, tanto que volaron varios bushels.

Tan pronto como el campesino y los demás oyeron esto, se pusieron como si estuvieran enterrados, diciendo casi con la boca asombrada:

- ¿Qué dices Dolcibene?

- Yo digo que eran ratones, y el tuyo era un gato: por eso en el mundo la gente suele hacer trueques.

Poco pudieron responderle a Messer Dolcibene con justificación, lo que no los confundió; pero que él había comenzado. Y todo el que vive en este mundo debe ir a esa ley verdadera que quien la sigue nunca errará, es decir: no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti. Y aunque no eran admiradores de esta ley, ni de la primera falta que de ellos venía, estaban muy enojados; y tal dijo:

- Dolcibene, quisieran apuñalarte en la cara.

Y eso' responde:

- Tu decides; que como del gato al ratón, así pasará de la puñalada al lanzamiento: sal de la casa; y a la hora que queráis de mi alimento, os lo daré como os lo merecéis.

Y se fueron humillados, y con la barriga llena. Y lo que nunca pudieron conciliar fue que durante mucho tiempo Messer Dolcibene, contando esta historia sobre el mundo, los indignó fuertemente; tanto que la lluvia y los demás le suplicaron que no dijera más; e hicieron las paces para no volver a ser ultrajados.

Ahora bien, así les pasa a los que nunca razonan con su pareja. Y si algún hombre de la corte fue vengativo y recordado, fue Messer Dolcibene; y un hombre de la corte llamado Messer Bonfi lo sabía bien; el cual, teniendo palabras de envidia con Messer Dolcibene, porque sólo iba a ser azotado, un día antes muchos le echaban bocanada; Messer Dolcibene nunca se hizo degollar, tanto que una vez pillado, con la barriga llena, llegó al Mercato Nuovo, y en presencia de todos los mercaderes, le dio un golpe en la cara por una forma que le llevó a lavar durante una semana o más.

La ofendió con orina y se vengó con estiércol.

Y por tanto nunca se puede errar en ponerse en el lugar del compañero y hacer suyo su razonamiento; y al hacerlo, raramente, viviendo, encuentra el hombre nada más que bien.

NOVELA 188

Ambrogino da Casale di Melano compra una trucha y Messer Bernabò no puede comer pescado; manda llamar a Ambrogino, y quiere saber en qué gasta tanto; y él con un argumento gracioso finge ser de él.

Ambrogino da Casale, hidalgo de Melano, no se deleitaba con platos semejantes, como los de la historia pasada; que en la época que reinaba messer Bernabò, siendo rico con tal vez cinco mil florines, y habiendo considerado la cantidad de impuestos y cargas del señor, y cuánto tiempo tardaría en ser del señor todo su dinero, pensó en utilizar levantarse los suyos y darse el placer más hermoso del mundo (y el que venga detrás de él que cierre la puerta) y en montar y en vestirse, y sobre todo en comer con sus compañeros la mejor comida que pudiera tener.

Sucedió por casualidad que, habiendo recibido una rica embajada del Rey de Francia al dicho Messer Bernabò, y queriendo honrarlos, se acordó que un viernes se decidiera a darles comida; y envió a su derrochador a la pescadería a comprar pescado; el cual, yendo y sin encontrar nada, preguntó a los pescadores cuál era la causa. Ellos respondieron que creían que era por el viento que entonces había, porque aquella mañana no había más que una trucha de veinticinco libras, que había comprado Ambrogino da Casale. Y con esto el derrochador volvió al señor, sin haber comprado nada; y contando como allí sólo había estado una trucha, y que Ambrogino la había comprado, mandó a un criado que fuera por él. Ito por él, Ambrogino comenzó a temblar, no teniendo frío, e inmediatamente va ante el señor quien, al verlo, le dice:

- Ahora dime, ¿por qué te pasa que gastas tanto dinero, que compras una trucha de veinticinco libras, y yo, que soy el señor, no puedo tener un pescadito para dar de comer a los demás?

Todo temeroso Ambrogino quiso decir, y no se atrevió, y el señor viendo esto, dijo:

- Seguramente di lo que quieras, y no me tengas miedo.

Ambrogino, estando seguro por el que temía, dijo:

- Mi señor, ya que me mandas que te diga la verdad, te la diré, rogándote clemencia, que de esto no me siga ninguna noticia de esto.

El señor se rió:

- Di definitivamente y no tengas miedo.

Entonces Ambrogino dijo:

- Magnífico señor, qué bueno que me di cuenta que todo lo mío tenía que venir a usted; por lo cual, considerando esto, me he esforzado por usar el mío tanto como pude, antes de que tú lo gastes; y esta mañana compré esa trucha para aprender a comer la mía primero, que te la comes tú. Y esta es la causa y nada más me mueve.

El caballero, al oírlo, se echó a reír, y dijo:

- Ambrogino, en la fe de Dios, creo que eres el hombre más sabio de Melano; ve y disfruta y gasta con generosidad, para que confirme tu buena voluntad, y quiero que disfrutes de la tuya, antes que yo la quiero para mí; y por el tiempo que ha de venir lo veréis -; y despedirlo.

Habiéndose marchado Ambrogino con la debida reverencia, volvió a su casa, y le pareció que había tenido una buena mañana, pensó en presentar la trucha al señor, y habiendo encontrado un mayordomo familiar, la puso sobre una gran tabla de cortar blanca, que ya había comenzado a broncear para cocinar; y cubriéndola con una servilleta blanca, dijo a la sirvienta:

- Diríjase al señor Messer Bernabò y dígale: “Su criado Ambrogino le presenta esta trucha, porque le conviene mucho más a su señoría que mi débil condición”; y por lo que le dije esta mañana, lo que me quita me vale mucho más que lo que me queda.

El familiar de la embajada trajo el presente al señor. A lo que el señor respondió:

- Dile a Ambrogino que esta mañana había entendido mucho de su estado, ahora he entendido más de sus virtudes; ve y dile de mi parte que ha hecho bien.

El mensajero informó de esto a Ambrogino.

Cuando llega el día después de comer, como sucede muchas veces, los señores a los que quieren hacer mal lo hacen sin medida, ya los que quieren hacer el bien lo hacen sin ningún medio; Habiendo salido a comer los embajadores franceses, y sabiendo Messer Bernabò el estado de Ambrogino, inmediatamente lo eligieron por su patrón con un salario más alto que los otros, o como los otros, y mandó llamarlo. Las gracias de Ambrogino para con el señor, oyendo la merced que se le hacía, no se pudieron escribir; y muchas veces lo enviaba por rector, unas veces a un pueblo y otras veces a otro; tanto que, como si viviera por poco tiempo, no pensó en gastar lo que venía de su casa, sino en devolver lo que sobraba de lo que el señor le había dado. Y así el que vivió, bondad de la trucha que cayó en sus manos, vivió rico y en buenas condiciones, y en eso murió.

De esta historia se puede comprender verdaderamente que en el estado que se ve tanto de los señores como de las comunas (y especialmente hoy, que no buscan otra cosa que cargas de sus súbditos para consumir) que Ambrogino sabiamente dispuso querer primero conseguir deshacerse de la suya, que otros se la comieron. Y yo, escritor, soy de los que ya han dicho que el gasto de la gula era el más triste de todos; y así solía ser. Pero habiendo llegado el mundo a tal punto que todas las demás cosas deben ir a la ruina, ahora considero que comer y beber es lo que menos pueden tener los príncipes del mundo.

Sin embargo, si considero el efectivo, son lo primero que golpean; si considero las posesiones, siempre tienen un ojo para atraerlas hacia ellas; si por los menajes siempre son lo primero que traen las familias y las cosechas, si por las cosas hermosas que traen los hombres o las mujeres, o se comprometen o se venden para pagar: sólo comida es lo que nunca podrán tener. Y por lo tanto actuó sabiamente Ambrogino, que ya ha habido muchos que con gran avaricia han amasado riquezas, y nunca habrán gozado una hora que les ha acontecido un evento de guerra, que mejor será que se pague la mayor parte de las suyas. al pueblo villano de las armas, que gozará de grandes recompensas de los suyos, y no tuvo corazón para saciar sus almas con un poquito.

Y, sin embargo, dice: "El que recoge para sí, esparce para los demás".

Y aun peor sucede, que lo que el avaro muchas veces habrá pensado gastar, que razonablemente debería haber sido gastado, para el bien de otro.

será derrochado y desechado, con gran tristeza y dolor. Sin embargo, no estoy diciendo que en todo el camino medio sea el más recomendable.

NOVELA 189

Lorenzo Mancini de Florencia, queriendo casarse y no pudiendo acercarse al valor de la dote, concluye con un nuevo método.

Me corresponde pasar a la historia de uno de nuestros ciudadanos, que disponiendo de querer casar a dos de sus amigos, uno queriendo una gran dote y el otro incapaz de darla, al fin con una grata astucia suya hizo de modo que, como las partes estaban lejos una de la otra, las hizo tan juntas que la relación llegó a su fin. Era éste un hombre agradable y práctico, llamado Lorenzo Mancini, el cual, siendo muy grande y amigo y compañero de Biagio di Fecino Ridolfi, y habiendo entendido casarse con dicho Biagio, consideró que Arrigo da Ricasoli, muy cordial amigo suyo, teniendo una hermosa hija casadera, tuvo que poner esfuerzo e ingenio en ella para que fuera su esposa. Un día fue a Biagio y le dijo todo lo que debía decir sobre un material así, alabando su mercancía tanto como debía para que la cosa saliera adelante. Biagio accedió al placer del pariente; pero para la dote se podían pedir mil florines, y nada menos. Cuando Lorenzo escuchó el sonido de mil florines, sus pensamientos se desvanecieron un poco; pero aun para el primer golpe no dejó ni escudo ni lanza, sino que partiendo, dijo:

- Bien entonces -; y fue a Ricasoli, y de la misma manera le dijo que había pensado que debía dar su hija a Biagio di Fecino, y si querrían tratar con él.

Él respondió que sí. Lorenzo siguió:

- ¿Qué quieres darle?

El amigo dijo:

- Piensa, mi Lorenzo, que vivo de rentas, como ves; y me será muy difícil poder sumar quinientos florines.

Entonces Lorenzo respondió:

- Cuando el hombre encuentra algo que le gusta, es mejor que se esfuerce.

Respondió:

- Lo que no se puede hacer es más duro que la piedra.

Lorenzo dijo:

- Harás lo que los amigos quieran -; y me fui

Y después de un tiempo, se encontró con Biagio y le dijo que pensaba que estaba haciendo que las cosas sucedieran en la medida en que condescendía con la dote, que le parecía demasiado alta. Biagio se quedó quieto en mil, y nunca bajó. Lorenzo fue al de Ricasoli a probar cuantas razones podía tener para que subiera; nunca hubo un camino; porque en fin Lorenzo aguantó un trabajo muy grande como un mes, y nunca pudo bajar los mil ni subir los quinientos. Finalmente pensó en una nueva forma, casi desesperado, diciendo: “¿Qué diablos es esto? Creo que uno de estos es de pórfido y el otro de diamante; bueno tomaré un poco de seguridad, que me esforzaré por sacar adelante esta filiación. Lo peor que nos puede pasar, luego lo rompen: y lo rompen”.

Fue a Biagio y dijo:

- El hecho está hecho -; y luego fue a lo de Ricasoli y le dijo lo mismo: '¿Dónde quieres estar hoy?'

Se inventaron que estaban arriba de la puerta de Santa María y pocos a cada lado, y Lorenzo era el que decía las palabras. Y así lo hicieron; lo cual Lorenzo dijo muy alegremente y al principio y en el medio y al final, mientras paseaba, nunca narrando dote ni cantidad alguna, diciendo:

- Dios lo bendiga.

La gente comienza a irse y Biagio le dice a Lorenzo:

- O no dijiste sobre la dote.

Lorenzo dice:

- Usted cree que soy notario: ahora son parientes, estará de acuerdo.

A Biagio no le gustaban mucho las palabras, y salió mal, porque Lorenzo estudió un poco lo que tenía que hacer ese día; Biagio no cenó ni durmió por la noche, qué bien le pareció, como le parecía mil años atrás que había estado con Lorenzo la otra mañana. Y así vino ella, y Biagio se encontró con Lorenzo y dijo que el día anterior no había aclarado bien la dote. Lorenzo respondió:

- Mi Biagio, nunca he tenido mayor esfuerzo que hacer esta relación; porque tú te conformaste con mil florines y nunca bajaste, y el otro se conformó con quinientos florines y nunca subiste; Yo también quería ser pariente y así lo hice: si no hay nada que hacer con la dote, estás pariente, lo harás mejor que los demás.

Biagio dice:

- Motteggi aquí?

Lorenzo dice:

- Yo estoy diciendo la verdad.

Biagio dice:

- Si dices la verdad, y te la guardas, porque, como yo, no la voy a guardar.

Lorenzo responde:

- Si no lo derribas, el mundo no se derrumbará, y la vergüenza es tuya y no mía; Haz lo que te gusta: Yo hice la relación.

La noticia llegó a oídos de la otra parte, que no discutió esto; Me acerque a Lorenzo y le dije:

- ¿Un che siàn noi?

Lorenzo dijo:

- Me parece complacer a los civiles; has lo que quieras.

Al final acordaron avergonzarse menos de sí mismos y no traer a Lorenzo contra sus enemigos; y esta dote le costó a da Ricasoli un total de quinientos florines, para traerla en florines como lo hizo Lorenzo.

Jamás corredor alguno habría concertado este matrimonio: sólo una nueva astucia de Lorenzo le hizo hacer lo que, siendo la cosa hecha con gran orden, nunca se hubiera hecho. Y por eso es bueno a veces ganarse la confianza de los amigos y dejar límites de tiempo; sin embargo, que a menudo un descuido arregla una cosa, que toda la continuación del orden que alguna vez hubo no la arreglaría.

NUEVO CXC

Gian Sega de Ravena con nueva astucia tiene que enfrentarse a una joven judía, y todos los judíos que están con ella se meten en una necesaria.

Fue mucho menos problemático para Gian Sega de Ravenna sufrir el efecto de su desordenado apetito de lujuria hacia un joven judío. Y para ir un poco más atrás de esta historia, este Gian Sega, en la época de messer Bernardino da Polenta, viviendo en Rávena, y siguiendo la manera de un hombre de la corte, y siendo también de una condición diferente, habiendo ya matado hombres en De diferentes maneras, sucedió que, como el ánimo de los señores cambia a menudo y la risa repentina se convierte en lágrimas, así este señor inmediatamente hizo apresar a Gian Sega, y estando en manos del Podestà, siendo martirizado, confesó que había matado hombres y otras cosas mucho; de la cual le fue dado el mandamiento del alma, de ser cortado su cabeza. Y en la mañana en que esto se iba a hacer, la familia fue a la cárcel en medio de un tercio para atarlo, él con la fuerza de sus brazos y a mordiscos y patadas se enfrentó a la familia por el espacio de una hora antes de que lo amarraran. ; al final, siendo arrastrado con mucha dificultad, nadie se acercó a él, quien, con los dientes y tirándose al suelo, no dio mucho que hacer a todos los que estaban más cerca de él; tanto, que siendo en la hora novena, no habiendo podido llevarlo a la mitad, mandaron un burro y lo amarraron en cruz, no sin mucho esfuerzo... quién iba a hacer el... porque después de amarrado.. se retorcía tanto... de un lado, que...

quejándose de esto Gian Sega dice:

Mi señor, nunca ha hecho cosa tan digna como para levantar del suelo a ese hombre malo que envió a decapitar; sin embargo, que entre otras cosas me dio varios golpes afuera de la puerta.

El señor dijo:

- Sozzo rubaldo, para que me alabes, haciéndote tuyo para hacerme tomar tu venganza.

E inmediatamente llama a uno de sus secretarios, y le dice:

Súbete a tu corcel, corre al lugar de la justicia y dile al caballero que, si Giovan Sega no ha muerto, me lo devuelva inmediatamente.

El sirviente, obedeciendo al señor, corrió y encontró a Gian Sega con el cuello en el bloque y con soldados de infantería sobre él, que lo sujetaron a la fuerza, y al verdugo con el cuchillo y con la cubierta: diciendo:

- Devolver este hombre al señor sano y salvo -; y así se hizo de inmediato.

Y Gian Sega, casi medio muerto y de pelearse entre ellos, y del final de la muerte donde estaba, y de la alegría desmedida de su boca, que dijo traerlo sano y salvo , mezclado con dolor, vino al señor como un hombre ensombrecido. A lo que el señor dijo:

- Gian Sega, recordé que en ese momento, cuando salí de esta tierra y tú estabas conmigo, siendo atacado por hombres armados, entraste entre ellos y yo y los mantuviste a raya, peleando con ellos. , y tu eras
tomado.

Messer Bernardino, después de lo dicho por el hombre que alababa la justicia que hacía, se acordó de esta obra que Gian Sega había hecho para su salvación, y basándose en esto, le pareció una virtud salvarlo para esto, y lo contrario para el dicho de ese hombre.

Gian Sega, comenzando a recobrar el ánimo, que estaba muy perdido, dijo:

- Hidalgo...

y habiendo pedido permiso a Messer Benardino, fue a Rímini a Messer Galeotto Malatesti, quedándose con él algunos meses, como se acercaba el año jubilar de 1350, pensó en ir a Porto Cesenatico y tener allí una posada: y así fue.
Donde, comenzando de esta manera, aconteció que se contrajo matrimonio entre ciertos judíos que vivían en Rávena y ciertos otros judíos que vivían en Arimino, que uno de los que vivían en Rávena tomó por esposa a una hermosa joven judía de los que vivían en Rímini. Y habiendo ido unos seis de Rávena a Rímini con el novio para conciliar el matrimonio, como es costumbre, y luego llevado a la novia con la doncella a Rávena, llegaron una tarde a Porto Cesenatico al hotel de Gian Sega. Quien, habiendo recibido a los judíos y viendo la hermosa juventud judía, no

recordando la pasada fortuna pero volviendo a sus malas obras, pensó en qué forma podría tener que ver con esta judea. Y con nueva malicia fue a la orilla, donde mandó con ciertos marineros que por la tarde de la noche llegasen a las puertas de la venta, dando golpes y tumultos y con armas y palos, como querían robar y saquear. y matar a cualquiera que haya dentro. y esto lo hicieron tres veces, poniendo de una en otra un poco, y el asalto iba aumentando, haciendo más miedo a los de dentro.

Como ordenó Gian Sega con los marineros, así se hizo. Y como llega la noche, estando todas cerradas las puertas de la venta, llegan los marineros, como soldados o desterrados, golpeando las puertas, diciendo:

- Abrir aquí.

Cuando los judíos oyeron esto, se asustaron mucho y le rogaron al posadero que se les escapara. Y el posadero dice:

- Quédate quieto, para que pueda ir a ver quién es desde la ventana.

Y así fue el posadero y volvió, y dijo:

- Estos son bandidos, de los cuales tengo más miedo en la noche que ahora; sin embargo, siéntense quietos y veamos si sigue algo más.

Los judíos eran estrechos y silenciosos como el aceite. De pie por algún espacio, los marineros llegan la segunda vez y con mayor furia que la primera. Los judíos le dicen al posadero:

- ¡Oh mi! anfitrión, salva tu vida.

El posadero dice:

- Ven conmigo -; y los llevo a otro cuarto muy oscuro y estable y les dijo: - Quédense aquí.

Los judíos se estaban quedando, como dijo el posadero. Y el mesonero se acerca a una ventana y dice, para que los judíos oigan:

- Vaya con Dios, no tengo extraños esta noche.

Y ellos responden:

- Esperará un poco, porque querremos saber más; - y se fueron.

Y poco después volvieron cum fustibus et cum lanternis queriendo, haciendo semblanza de incendiar el hotel. Los judíos, al oír el ruido y oír hablar del fuego, y viendo la llama a través de las rendijas de las puertas, dijeron al posadero:

- Estamos muertos, si no nos pones en algún lugar muy escondido.

En un rincón, donde estaban, había uno necesario casi lleno, cubierto con dos tablas, adonde los llevó el ventero, diciendo:

- Entra aquí, no creo que te encuentren a toda prisa.

Ellos, dispuestos a escapar de la muerte, se apretaron por dentro. Y en esto llegó la doncella, que todo lo había oído, recomendándola tanto a ella como a la novia de Judea. A lo que el posadero dijo:

- Entra tú también aquí: no tengas miedo de la joven; Diré que es mi hija, o la pondré debajo de la cama.

Inmediatamente entró la camarera donde estaban los demás; y allí unos se encontraron en la argamasa hasta la garganta y otros hasta la barbilla, y cubiertos de tablas se quedaron allí casi toda la noche; sin embargo, que Gian Sega solía armar un escándalo, como si estuvieran en la puerta queriendo entrar. Y habiendo echado el cerrojo a la puerta de la habitación donde estos fueron, él fue donde estaba Judea; a lo cual ella se arrojó sobre su cuello, muerta de miedo; y Gian Sega la condujo hacia la cama y le dijo que no debía tener miedo, sino que ella era su hija, y que debía dormir con él en esa cama. El joven, temblando de miedo, así lo hizo; y Gian Sega inmediatamente se acostó, sirviéndose de la niña y abrazando la ley judía tanto como quiso; y a las pocas horas se levantaba, yendo hacia la puerta, haciendo ruido como si los ladrones estuvieran allí, de modo que los judíos estaban encerrados apretadamente en el desierto. Y así siguió toda la noche, ya en la cama con la Judea, ya en la puerta con el falso ruido; tanto que, cuando apareció el día, arregló la cama con la judea junta, sin parecer que se había acostado allí; e indícale que entre detrás de la cama, diciéndole que había estado allí toda la noche por un gran temor; y así lo hizo, y yo me encerré en el

cámara.

Gian Sega habiendo ordenado así su negocio y el de su esposa, se dirigió hacia la tumba fecunda para sacar al pueblo judaico de la reserva, diciendo:

- Salid, Dios nos ha hecho un gran favor, ya que es de día y ahora.
estamos seguros.

La primera en salir fue la criada, que parecía salir de un guiso.
Como los judíos vieron el camino de la doncella, inmediatamente uno tras otro los seis, tan bañados como hay que creer, con gran dificultad salieron; y el marido de la novia inmediatamente pregunta por ella; a lo que Gian Sega dijo:

- Ojalá hubiera sido así para ti, pero como ella estaba muy asustada, de niña se encerró en su cuarto y se quedó allí toda la noche, y te quedaste tan mal que lo siento mucho; pero yo no creía que este pozo estuviera tan lleno: pero todo es para mejor, porque fue hecho para mejor.

Los judíos respondieron que estaban seguros de esto, pero que el mesonero debía venir al remedio, cómo lavarlos. El posadero dijo:

- Déjamelo a mí, yo conseguiré suficiente agua para calentar, que uno tras otro te lavarás en esta casa de atrás, y luego te meterás en la cama, y yo iré a la marina a lavarte ropa; y cuando estén secos, podrás seguir tu viaje.

A los judíos les pareció un buen puerto, y así lo tomaron ellos mismos, esperando varios días, hasta que la ropa se lavó y secó. Y esto no perjudicó en nada a Gian Sega, sin embargo, ya que tuvieron que pagar muchas multas, y quizás en otra ocasión jugó con la judea.

Y después de algunos días, con ropa no muy bien lavada, regresaron a Rávena.

¿Qué diremos, pues, de los sucesos de la fortuna? porque en poco tiempo Gian Sega se encontró en las etapas finales de la muerte y escapó de ella, solo para ser combatido por su familia; porque, si hubiera ido sin contención, habría estado muerto varias horas antes. Y sin embargo dice: "Pasa una hora y pasan mil". Posteriormente, habiéndose convertido en hotelero, su alma quedó satisfecha con Judea, quizás más que con su marido, a quien él, con la otra compañía judía, colocó en un apestoso coto de cristianos; porque habrían tenido mucho menos daño que ahogarse en la histeria judía. Lo mismo les sucedió a todos los demás que aún se oponen obstinadamente a la fe de Cristo, quienes, como no quieren apartarse de su incredulidad, se ven obligados a convertirse en ese fastidio vituperante en el que Gian Sega los hizo sumergir con reproche y vergüenza. de ellos.

NOVELA 121

Buonamico, el pintor, siendo llamado desde el sueño para vigilar por su maestro Tafo, ordena que se pongan cucarachas con lámparas en ellas, y Tafo cree que son demonios.

Cuando un hombre vive en este mundo, haciendo cosas nuevas y agradables y varias en su vida, no se puede contar en una historia lo que ha hecho en toda su vida; y por eso volveré a uno, del que a continuación se cuentan algunos cuentos, que tenía por nombre Buonamico, un pintor, que intentaba dormir cuando llegaba la noche, donde Gian Sega en el pasado cuento intentó todo lo contrario.
Siendo este hombre en su juventud discípulo de uno que tenía por nombre Tafo, pintor, y pernoctando con él en la misma casa, y en un cuarto de paredes de ladrillo junto al suyo, y como es costumbre de los maestros pintores a llamar a los discípulos, especialmente en invierno, cuando son noches largas, pintar por la mañana; y habiendo durado esta costumbre durante medio invierno, cuando Tapho había llamado continuamente a Buonamico para que velase, Buonamico comenzó a lamentar este asunto, como un hombre que hubiera preferido dormir antes que pintar; y pensó en encontrar un camino y una manera que esto no siguiera; y considerando que Tafo era anciano, aconsejó con una sutil burla que lo apartaran de este llamado de la noche, y lo dejaran dormir. Entonces un día entró en una bóveda poco barrida, donde atrapó una treintena de cucarachas; y encontró la manera de tener unas ágoras delgadas y pequeñas y aún unas velas de cera, en su cuarto en una cajita las trajo; y esperando, entre otras cosas, una noche a que Tafo empezara a despertarse para llamarlo, cuando lo escuchó ir y sentarse en la cama, y encontró las cucarachas una a una, clavándoles alfileres en el lomo y en los que arreglaban la cama. velas encendidas, las sacó por la rendija de su puerta, enviándolas a través de la habitación de Tafo.

Como Tafo comenzó a ver al primero, y siguiendo a los demás con las luces por toda la habitación, comenzó a temblar como una vara, y cubriendo su rostro con una manta, porque apenas veía, excepto un ojo, se encomendó a Dios. diciendo los salmos irreprensibles y penitenciales; y así hasta el día en que tuvo miedo creyendo

verdaderamente que estos eran demonios del infierno. Entonces levantándose medio en la sombra, llamó a Buonamico, diciendo:

- ¿Viste esta noche lo que yo?

Buonamico respondió:

- No he visto lo que es, sino que dormí y mantuve los ojos cerrados; Me maravillo de que no me hayas llamado a velar como de costumbre.

Tafo dice:

- ¿Cómo mirar? porque he visto cien demonios en esta habitación, teniendo el mayor temor que jamás he tenido; y esta noche, no es que haya pensado en pintar, pero no he sabido dónde estoy; y por eso, Buena amiga, por Dios te lo ruego, encuentra la manera de que alquilemos otra casa: salgamos, porque no pienso quedarme más en esta, porque estoy viejo, y habiendo gastado tres noches como la que he tenido en el pasado, no llegaría a la cuarta.

Buonamico al escuchar a su maestro decir eso, dice:

- Me parece un gran hecho que de este hecho, durmiendo a tu lado, como lo hago, no haya visto ni oído nada: ocurre muchas veces que en la noche parece ver en los demás lo que no es, y de nuevo muchas veces uno sueña lo que parece cierto y no es más que un sueño: para que no se apresure a mudarse de casa tan pronto, intente otra noche; Estoy cerca de ti y seré aconsejado, si nada sucede, para proporcionar lo que se necesita.

Buonamico dijo tanto que Tafo consintió con el mayor dolor; y cuando volvió a casa por la noche, no hizo más que mirar alrededor del espacio que parecía estar en sombra; y acostándose, estuvo toda la noche al acecho, sin dormir, levantando la cabeza y bajándola, sin pensar en llamar a Buonamico para que velara y pintara; sino más bien llamarlo en busca de ayuda, si lo había visto la noche anterior.

Buonamico, que lo entendía todo, temeroso de que no lo llamara a velar en maitines, mandó tres cucarachas por la rendija con la luminaria usada. Como los vio Tafo, luego se encerró en la cubierta, encomendándose a Dios, exclamando y diciendo muchas oraciones; y no se atrevió a llamar a Buonamico; El

quien, habiendo jugado el juego, se volvió a dormir, esperando lo que Tafo tenía que decir por la mañana.

Cuando llegó la mañana, y saliendo Tafo del refugio, sintiendo que era de día, se levantó todo tonto, llamando a Buonamico con boca temerosa. Buonamico, fingiendo despertarse, dice:

- ¿Qué hora es?

Tafo dice:

- Los he escuchado todas las horas de esta noche, pero nunca he pegado ojo.

Buonamico dice:

- ¿Venir?

Tafo dice:

- Por esos diablos; aunque no eran tantos como anoche. Ya no me llevarás allí; vete y salgamos afuera, porque yo nunca volveré a esta casa.

Buonamico pudo decirle muchas cosas que lo llevaría de regreso la próxima noche, excepto con esto: que le dio a entender, si un sacerdote en el cementerio se acostaba con él, que los demonios no tendrían el poder de quedarse en esa casa. Entonces Tafo se dirigió a su feligrés y le rogó que durmiera y cenase con él por la noche; y detallando la causa y discutiéndola, se encontraron con Buonamico y llegaron los tres a la casa. Y viendo al cura Tafo casi fuera de sí de miedo, di

- No temas, porque sé tantas oraciones que si esta casa está llena de ellas, las ahuyentaré.

Buonamico dice:

- Siempre he oído decir que los mayores enemigos de Dios son los demonios; y si es así, deben ser grandes enemigos de los pintores que le pintan a él y a los demás santos, y por esto la pintura les aumenta la fe cristiana, que faltaría si no fuesen los cuadros, que nos atraen a la devoción; por lo cual, siendo así, cuando en la noche, como los demonios tienen mayor poder, nos oyen levantarnos para quedarnos despiertos para ir a pintar el que traen gran ira y dolor, llegan con gran ímpetu a perturbar este tan hecho

amorío. No pretendo esto; pero me parece una razon muy clara que puede ser.

El sacerdote dice:

- Dios me conceda que este motivo me sea muy cercano; pero las cosas ensayadas son más certificadas -; y dirigiéndose a Tafo, le dice: - No tienes tanta necesidad de ganarte eso, si fuera lo que dice Buonamico, no puedes evitar no pintar de noche: prueba varias noches, y yo me acuesto contigo, no desvelarme y no pintar, ya ver cómo va la cosa.

Esto se cumplió: que más noches durmió allí el cura que cucarachas
ellos mostraron

De lo cual tienen por firme que el razonamiento de Buonamico es claro y verdadero; y Tafo hizo bien quince noches, sin llamar a Buonamico para que se quedara despierto. Tafo, tranquilizado y obligado por su propio beneficio, comenzó una noche a llamar a Buonamico, porque necesitaba pintar un panel para el abad de Bonsollazzo. Tan pronto como Buonamico vio que el juego comenzaba de nuevo, volvió a tomar algunas cucarachas y la noche siguiente las colocó en la habitación a la hora habitual.
Al ver a este Tafo, se precipitó escaleras abajo, lamentándose, diciendo:

- Ahora anda, mira, Tafo, ya no está el cura; Virgen María, átame -; y muchas otras cosas, muriendo de miedo, hasta que llegó el día.

Y él y Buonamico se levantaron, contando a Tafo cómo se habían aparecido los demonios; Y Buonamico respondió:

- Esto es claro que es lo que dije, cuando el sacerdote estaba allí.

Tafo dijo:

- Vayamos hasta el sacerdote.

Acercándose a él, le contaron lo que había seguido. Con lo cual el cura afirmó que la causa de Buonamico era verdadera, y como la más veraz la notificó al pueblo, de tal manera que no sólo Tafo, sino los demás pintores no se atrevieron a levantarse mucho tiempo a mirar. Y así se supo la cosa que nada más se dijo; Sosteniendo Buonamico que, como hombre de vida santa, había visto, ya sea por inspiración divina o por revelación, la causa de que esos demonios aparecieran en esa casa; y de ahora en adelante se mantuvo mucho más tiempo, y como un discípulo con ella

la fama se convirtió en amo; dejando Taphos, no después de muchos días instaló una tienda bajo su cabeza, asegurándose de que estaba libre y podía dormir a su discreción; y Tafo se quedó por los años que vivió, encontrándose otra casa, donde todos los días de su vida hizo voto de no hacerse pintar de noche, para no caer en manos de cucarachas.

Así sucede muchas veces que, queriendo el maestro mirar también a su propio provecho, sin importarle la incomodidad del discípulo, el discípulo se esfuerza con todo ingenio por mantenerse en los conductos que la naturaleza necesita; y cuando no puede hacer otra cosa, se las ingenia con un nuevo arte para engañar a su amo, como hizo este Buonamico, que luego durmió todo el tiempo que quiso; hasta que en otra ocasión alguien que estaba dando vueltas en una rueca desbarató varias veces su sueño, como se contará en la siguiente historia.

NOTICIAS CXCII

Buonamico dijo con una nueva habilidad que el que gira en una rueca, sin dejarlo dormir, no gira más; y duerme todo lo que quiere.

Siendo Buonamico, de quien se habla más arriba, dueño de su cabeza y aficionado a dormir y desvelarse según el tiempo; sin embargo, que le correspondía ejercitar el arte de manera diferente cuando estaba por encima de sí mismo que cuando estaba bajo otros como discípulo; teniendo casa propia, y teniendo cerca de un muro de ladrillos en medio un lanero algo rico, que tenía por nombre o se decía Capodoca muy nuevo squasimodeo; y era él quien ya le había regalado juguetes nuevos en el taller de Andrea di Veri; Tenía una mujer suya, que se levantaba todas las noches de invierno por la mañana para velar y hacer girar el estambre en una rueca cerca de la cama de Buonamico, no habiendo nada entre medio sino la pared de ladrillo sobre ladrillo, como se ha dicho. Y Buonamico se quedó despierto desde después de la cena hasta los maitines, de modo que a los maitines se dormía, y su cepillo descansaba cuando empezaba a girar la rueca. Como el fogón donde cocinaba estaba junto a dicho muro, Buonamico ideó una nueva artimaña; sin embargo, habiendo considerado que esta buena mujer, al cocinar, colocó la olla cerca de esa pared, hizo un agujero con un chupete en esa pared, cerca de esa olla, y luego lo tapó con un pedazo de ladrillo en la forma que el mujer no se dio cuenta. Y cuando creyó o vio que la mujer estaba prendiendo el fuego, tenía un fuelle de caña muy delgado, y echando sal en él, cuando sintió que no estaba, metiéndola por el agujero que estaba en el borde de la olla, sopló en él para darle forma a esa olla puso tanta sal como q

Y habiendo salado la olla de tal manera que era casi imposible comer, Capodoca volviendo a cenar, la primera vez gritó mucho con la señora, y finalmente concluyó, si volvía a caer en tal locura, Roma y Tomás servirían. a él. De lo cual Buonamico que escuchó todo, para cumplir su propósito, añadió ensalada la segunda vez mucho más que la primera. Y el marido volviendo a cenar y habiéndose sentado a la mesa, cuando llegó el plato, el primer bocado era tan ensalada que tuvo que escupirlo, y cuando lo escupió y comenzó a dárselo a la mujer era todo uno , dicho:

- O estás loco o estás ebrio, porque tiras la sal y echas a perder los cocidos para que yo, al volver cansada de la tienda, no pueda comer como los demás.

La mujer responde al revés; y él con los golpes se desnudó tanto que el alboroto recorrió el campo, y Buonamico lo atrajo como el vecino más cercano, y entrando en la casa, dijo:

- ¿Qué noticias son estas?

Capodoca dice:

- ¿Cómo diablos, qué historias son? Esta ria femina me ha quitado el consumo; y parece que aquí están las salinas de Volterra, que dos mañanas no pude probar los cocidos que hizo, de tanta sal les echaba; y tengo mucho vino sobrante! porque tengo poco, y mi apellido me costó ocho florines y más.

Buonamico dice:

- Quizás la despiertes tanto que cuando se concentra, como una persona dormida, no sabe lo que hace.

Después del alboroto, después de muchas palabras, Capodoca dice:

- Seguro voy a ver si eres el diablo; Te lo digo en presencia de Buonamico: no te dejes poner una pizca de sal por la mañana.

La mujer dijo que lo hiciera. Buonamico dejó esa olla en su tontería.
El marido ha vuelto a cenar, y saboreando el plato tonto, se pone a murmurar diciendo:

- Así va mi negocio; este plato es peor que el otro; ve, tráeme un poco de sal para que te nazca vermo, zorra inmunda, fastidiosa que eres, maldita sea la hora en que te metiste en ello; que no se que me importa que no te tiro lo que hay en la cara.

La mujer dijo:

- Hago lo que me dices; No sé cómo mantenerme contigo; me dijiste que no le pusiera sal y así lo hice.

esposo dice:

- No se entiende que no pusiste un poco ahí.

La mujer dijo:

- Y si te hubiera puesto ahí, y me hubieras zombata como ayer, para que por mí mismo no te pueda entender; dame hoy por escrito lo que quieres que haga, y te daré consejos sobre lo que debo hacer.

esposo dice:

- ¡Verla! todavía no avergonzado; No sé lo que quiero para no darte una gran bofetada.

La mujer hinchada, para no recurrir al pasado dí, guardó silencio por lo mejor.
Y Capodoca, cuando ha comido lo mejor que ha podido, le dice:

- No te diré hoy, ni ensalada ni ensalada; debes conocerme; cuando me doy cuenta de que las cosas no van como yo quiero, sé lo que tengo que hacer.

La mujer se encoge de hombros y el marido se va a la tienda. Buonamico, que lo había oído todo, se preparó con la sal y con el diente de león para la mañana siguiente, que llegó el jueves; que son pocos los que no compran un poco de carne esa mañana, quedándose en el trabajo toda la semana, como hacía él.
Buonamico habiendo dormido muy mal la noche del miercoles y con el sonido de la rueca, como al amanecer la rueca tuvo tiempo de poner la carne de la dama en manantiales y encontrar la olla, y de encender el fuego, partir unos pedazos de madera con el cuchillo, así Buonamico con la sal y con el diente de león se puso en guat; y tomando tiempo, si la segunda vez tuvo mucha más sal que la primera, la tercera saló bien tres cotants; y esto hizo terceto por dos cosas: la primera, porque hasta el terceto esta señora no hizo más que probar la olla, echando la sal en la forma debida, diciendo: "Pues voy a ver si el enemigo de Dios estará en esta olla todos los días". mañana"; la segunda, porque cada mañana la mujer, tocando al Señor en una iglesia cercana, iba a ver al Señor, y cerraba la puerta; de modo que en aquella hora se hicieron las pruebas, y pudo muy bien sobresalir.

Todas estas cosas hechas, y como llegaba la hora y Capodoca volvía a comer, como se sentaba a la mesa y llegaba la comida, como había comenzado a comerla, así era tal el ruido, los gritos y los golpes a su mujer que todo el distrito de Córcega; cada uno diciendo lo suyo.

Estaba tan enojado con la mujer que casi no lo sintió; excepto eso
Llegó Buonamico, y acercándose a él, lo templó diciendo:

'Os he dicho varias veces que esta vigilancia, que hacéis hacer a esta señora vuestra, es la causa de todo este mal. Y algo parecido le volvió a pasar a un amigo mío, y si no hubiera levantado la vigilia, nunca hubiera comido nada que le pareciera bueno: ¡Santa María! ¿Tienes una necesidad tan grande que no puedes prescindir de mantenerla despierta?

Fue muy difícil atemperar la furia de Capodoca que no quería matar a su mujer. Finalmente le ordenó delante de todos los vecinos que si alguna vez se levantaba para despertarse de nuevo, la haría feliz que dormiría para siempre. Por miedo, la mujer no se levantó para permanecer despierta durante más de un año, y Buonamico pudo dormir a su manera; excepto que unos buenos catorce meses más tarde, habiendo casi olvidado el asunto, empezó de nuevo; y Buonamico, no habiendo quemado el diente de león, siguió su truco; tanto, que Capodoca también empezó a hacer sonar las castañuelas; y Buonamico con dulces palabras hizo mucho más cierto para el caso que llevaba tanto tiempo dando vueltas que, como la mujer no había estado despierta, la olla siempre había sido servida con razón; y a Capodoca le pareció muy real el motivo, tanto que con amenazas y halagos logró que la señora no volviera a desvelarse, y ella hizo las paces con su marido, aliviándola de la gran dificultad de levantarse cada noche, como ella lo hizo; y Buonamico pudo dormir sin ser despertado por una molestia tan grande como su rueca. Y así un hombre no es tan travieso o tan nuevo que no se pueda encontrar uno que sea más nuevo qu
Esta Capodoca era tan nueva como cualquiera de sus pares; y era tan nuevo que en los talleres donde trabajaba en el arte de la lana, y especialmente en el de los Rondinelli, hacía cosas nuevas y extrañas, como ya se ha dicho de Agnolo di ser Gherardo, aún más nuevo que él. Y este Buonamico era aún más nuevo, y la prueba de la presente novela lo manifiesta.

Y así sucede a menudo con todas las cosas y especialmente con tales hombres que a menudo encuentran esos alimentos que dan a otros. Y estos hombres están tan hechos, tan ciegos consigo mismos que no creen que el placer sea otra cosa que la que cada uno usa en sí mismo y en los demás. Si digo la verdad, mire el ejemplo: cómo a uno de estos hombres, o a los bufones, o a los hombres de la corte, que son casi parecidos, aparece uno que con algo que hace, o con un dicho lo muerde, o me muestra de ellos, perdonar inmediatamente que parecen muertos. no es otro

decir, salvo que confían tanto en sus dichos y en sus travesuras y diversiones sólo porque creen que nadie sabe hacer ni decir, como ellos. Y así muchas veces son engañados por ella, como vemos todos los días; y muchas veces tienen tal comida, que quedan con escarnio y daño, como este Capodoca y muchos otros que ya han estado allí, como se encuentra todo el día en las cosas modernas, y en escritos de tiempos pasados.

NOVELA CXCIII

Messer Valore de' Buondelmonti de Florencia, yendo a un ajuar de Piero di Filippo, lo muerde con nuevas palabras, y Piero se defiende muy bien de ello.

Volveré de nuevo a un hombre nuevo relatado más adelante en ciertos cuentos, quien, como si fuera un tonto muy nuevo y loco tenido por la mayoría de los ignorantes, por los conocedores no nuevos, sino viejos, sabios y culpables, fue reputado, y sobre todo en este cuento, que tenía fuertes y sabios y culpables.

Este era Messer Valore, Chevalier de' Buondelmonti, un florentino; quien, habiendo oído que Piero di Filippo degli Albizi de Florencia, un ciudadano sabio y notable y tan grande como su ciudad siempre fue, había invitado a muchos ciudadanos y extranjeros a un gran banquete; el cual, oyendo a micer Valore sin ser invitado, por la mañana a comer, como los otros, fue al dicho ajuar, y traía en la mano una llave inglesa grande y puntiaguda; el cual, interponiéndose entre la compañía y Piero, viéndolo, fue hacia él, tomándolo de la mano, diciendo:

- ¡Ah, qué bien hiciste en venir a honrarme en esta cena mía!

Messer Valore, que iba en pollera, que iba siempre sin manto en una capucha moldeada, teniendo en la mano el pez aguja, que todo el círculo de invitados vio, dijo:

- Piero, vengo a comer contigo y con estos nobles hombres ya recordarte algunas palabras, que a medida que te aparezcan, te diré, creyendo que te serán de gran utilidad; y colocó la aguja sobre una chimenea, para que todos pudieran verla. Habréis leído en las crónicas de los romanos que cuando algún cónsul volvía con gran victoria en el carro triunfal, para que no se dejara atacar por la soberbia, se le colocaba entre dos ladrones, que las llamaban groserías, a veces escupiéndolas. en la cara y haciendo otras cosas muy vituperas. Ten razón, mi Piero, que yo soy uno de esos ladrones y tú estás en el carro del gran triunfo; ya que, si bien lo considero, sois el ciudadano más grande que ha habido en esta ciudad, y por dentro y por fuera sois los más sabios que ha tenido esta tierra en tiempo alguno; ha estado en Puglia y en muchos lugares del mundo: en todas partes ha tenido fama de ser muy sabio más que todos los demás. Para que no vea que no eres tan alto que

no puedes subir; Veo demasiado bien que estás en la parte superior de la rueda y no puedes moverte, que no bajas y vuelves hacia arriba. Por eso os he traído la puntiaguda que veis en aquella chimenea, para que llevéis la rueda; y si no hacéis esto, volviéndoos como ella, mejor os será empezar a descender, y tal vez pasar por debajo.

Piero, que entendía bien el alemán, respondió:

- Messer Valore, creí que venías a comer con estos valientes a comer la comida que les di, y viniste y me diste tu comida, para que yo pueda decir que ceno contigo esta mañana; pero al menos me lo diste por los frutos, que hubieran sido mejores que los de fray Alberigo. Pero, como si no hubiera llegado a la mitad, donde me colocas, me parece que si se pudiera meter la rota, la libra de hierro volvería a ser moneda de oro, que hay muchos que quisieran. para conducir, que todo el hierro estaría involucrado en esa rueda. Y además de esto, aunque se pudiera meter, estaría haciendo la mayor injusticia a los que están abajo y en el medio y al lado, que quieren que se gire, para mejorar su condición.

Entonces dijo Messer Valor:

- Y por decir que te has encontrado con mis tonterías, los que aquí comen contigo te pueden quedar mucho más tiempo del que no he dicho; y por lo tanto me complace más haber venido allí por la prueba evidente que en tu discurso has demostrado a todos ellos.

Y así se dijeron muchas cosas en la corte, y se sentaron a la mesa. Cuando hubieron comido, despidiéndose micer Valore, Piero le dijo:

- Quítate el afilado, porque no pude clavarlo donde dices; porque Cesare y Alessandro y muchos otros no pudieron conducirlo, no es que yo sea un hombrecito: y pudiendo hacerlo no quiero, para que el mundo no perezca.

Messer Valore se quitó la aguja y dijo:

- Y tú eres Pedro, y la sabiduría se construye sobre esta roca; hecho con dios

Y así terminó el banquete y las discusiones.

O qué hay más cierto que esta rueda, cuya velocidad en girar nunca tuvo tregua, y cuántos reyes, y cuántos señores, y cuántas sectas de pueblos y comunas

ya lo probaron! Cuanto más ves, menos crees. El que está en un estado elevado nunca piensa en decaer; y cuanto más alto va, mayor es el peligro de la caída. No me tomaré el tiempo de encerrar las fortunas de los antiguos señores; fíjate en una cancioncita que el que la hizo le puso gran parte, que empieza: “Se la fortuna e 'l mondo, Mi vor pur constare, etc.”. Y no diré cómo estaba Troya en la cumbre de la rota, y cómo era Príamo, y cuán grande era Tebas, y cuán alta era Cartago, y su Aníbal, y las siete Barchina, y la otra; y dejaré sola a Roma, que gobernó todo el universo, y ahora lo que tiene; y lo que fueron sus ciudadanos, y lo que son hoy: todo está revuelto y hundido en lodo.

¿Qué estoy buscando cosas antiguas que uno podría decir: tal vez no fue así? digamos de los que ayer vimos como la volubilidad de la rota mandó a la loma al rey Carlos III, y siendo rey de Apulia y de Hungría, y en cuanto lo mandó arriba, tanto enseguida o más lo rechazó. Cómo Messer Bernabò, señor de Melano, llevó a éste al estado superior, para llevarlo a la parte inferior, donde se deshizo sin freno. ¿Cómo llegaron allí los señores de la Scala? Los Gambacorti, señores de Pisa en la época del emperador Carlos, fueron derrotados, y luego los que gobernaron después de ellos fueron derrotados; luego Messer Pietro Gambacorti y su familia volvieron al señorío; y finalmente estar muerto y cazado. ¿No es esto un balancín? ¿No es una certeza que esta rueda siempre gira? ¡Cuántos son los que lo han probado y de todos los estados y todas las condiciones! no entendería en este volumen contarles; y algunos no piensan, mientras tienen riqueza, estado o dominio. Y no tiene por cosa cierta que la riqueza llegue a su fin, que es la pobreza; el estado muchas veces tiene como fin la muerte o sujeción, que le es arrebatada por otro que la conduce a la miseria; el señorío finalmente entra en servidumbre. Así que el que quiera ver bien, pobres mortales, sea bienaventurado que no esté sujeto a las riquezas, que nunca sufra la pena de haberlas perdido; porque, como dice Dante, no hay mayor dolor en el mundo. Bienaventurado el que no tiene miedo de perder un gran estado, y también el que no tiene señorío, el que no se levanta con sospecha y miedo a perderlo, como respondió un filósofo a quien le preguntó quién era el hombre más aventurero de la historia. una tierra; y ellos respond

- El que crees que está en la mayor miseria.

Quien se dé cuenta de este dicho, y lo considere bien en su mente, sería mucho mejor nacer y vivir y morir pobre que nacer rico y vivir rico.

y en gran estado, con gran solicitud y sospecha, y luego tal vez al final viviendo en la miseria. Cansado pues el que quiera estado, o riqueza, que al final el mundo le pague a cada uno su esfuerzo.

NOTICIAS CXCIV

Massaleo degli Albizzi de Florencia, con tres buenas razones, muerde la avaricia de su vecino Antonio Tanaglia.

Matteo di Landozzo, llamado Massaleo degli Albizzi, no tardó mucho en vengarse de Piero di Filippo, su consorte, mordiendo con avaricia a uno de sus vecinos; y este Matteo es contado después en un cuento sobre un buen tocador de vivuola a un juez de la Grascia en la prisión del Municipio de Florencia. Este Mateo era de una condición agradable; y teniendo por vecino a un florentino muy rico y muy tacaño, llamado Antonio Tanaglia, y habiendo considerado todas sus condiciones que eran prueba de querer conservar lo suyo, y no compartirlo ni con él ni con nadie, pensó una noche, había encontrado una forma agradable de morderlo a la mañana siguiente; y viéndose sentado con él en presencia de algunos, dijo:

- Mi Antonio, he visto que tengo y puedo tener mejores modos de tu riqueza que tú mismo tienes.

Lo asustó todo, tal vez creyendo que Matteo le había robado o se había llevado gran parte de lo suyo, y no dejaba de mirarlo para ver a qué se refería. Massaleo, que vio las acciones de este hombre, dice:

- Mira: si valiera la pena decir: “¿cuánto quieres que te cueste, y te lo aclaro?”, lo haría, pero sería como predicar en el desierto; pero sin costo alguno (y si me lo quieres dar, me niego), quiero que te quede claro, quieras o no, para hacerte vivir más melancólica de lo que no vives. Son tres cosas: la primera es que tú no tienes bien de tu riqueza, ni yo tengo bien tampoco, y aquí somos iguales; la segunda es que cuides tu riqueza con gran esfuerzo para no disminuirla, o no perderla, y yo no tengo este esfuerzo, por lo que en esta segunda parte tengo una ventaja de ti; la tercera es que si la perdiera o se desmayara, moriría de dolor o se ahorcaría por la garganta; y yo tendría mucha alegría y bailaría y cantaría; y en esta tercera parte yo estaría mucho mejor que tú, ya que sería como si yo estuviera en el Cielo Imprial y tú estuvieras en las profundidades del abismo. Sí, ya ves cuánto de tu riqueza tengo mejor que tú.

Antonio se dio la vuelta, como fuera de sí, y se volvió hacia los que estaban alrededor, quienes dijeron:

- Antonio, si no das pasos, Massaleo está diciendo la verdad con muy buenas razones; que respondes

Y esos dice:

- Yo quiero el mío para mí, si es que lo tengo.

masaleo dice:

- Bien dicho tú, si lo tienes; y te digo que ni tu ni yo lo tenemos.

Se levanta todo bizarro y se aparta de la brigada, gruñendo a Matteo, y entra en la casa; donde, reflexionando sobre el dicho de Mateo y sobre las tres cosas dichas por él, contendió dentro de sí mismo y dijo: “Lo que dice parece verdad, y nada es verdad, porque yo guardo mi riqueza, y ella guarda su pobreza; sino por el cuerpo de Dios que me ha avergonzado y hecho tacaño, donde me parece ser pobre, quiero decir pródigo.
Una cosa le haré: que una vez le di de beber un buen raspeo que yo había hecho; si viviera mil años, nunca más se lo daré, ni a los demás de esta región que se mofaban de la envidia que tienen de mi riqueza, pero por amor a ellos me esforzaré de ahora en adelante en gastar lo menos posible. como pueda y aumentar mi pesar de ellos: y Mateo bien puede morir de ello con todos ellos".

Y así se juntaron un día peleando, y al fin cohibiéndose y padeciendo de avaricia, se dieron la paz; y las razones dadas por Mateo se extendieron por toda la tierra en una forma que, si Platón las hubiera dicho, no habría sido más famosa.

Así es la condición del avaro: que cuando es picado por alguien de manera similar, advierte que alguien lo dice porque quisiera que tirara lo suyo, ya sea por envidia, o para llenar su cuerpo con él; de lo cual por avaricia, y no para hacerlo feliz, se afina continuamente en ella, y nunca deja de tener hambre.

NOTICIAS CXCV

Un campesino de Francia que ha tomado un halcón del rey Felipe de Valos, y un maestro ujier del rey, queriendo parte del regalo que le ha dado, recibe veinticinco palizas.

Un campesino de Francia se me presenta y quiere que lo describa con sus propias palabras.

sutil truco, que usó contra un maestro ujier del rey Felipe de Valos, porque con apetito de avaricia quiso quitarle lo que el rey le había mandado dar.

Aconteció que estando dicho rey reinando y haciendo su morada en París, tenía un gavilán suyo, que superaba a todos los que hubo en su corte en su corte, teniendo las campanas ya sea de oro o de plata esmaltadas. lirios del escudo de armas real. Y cuando le vino la voluntad, como muchas veces se encuentra, de ir a divertirse y con este y con otros pájaros y perros, para verlos volar, llegando a un lugar donde había un ejemplar de Pernisi, el gavilán del rey que lo tenía en su mano, tiró esto le dispararon a un pernise, y el tiro se la llevó. Yendo más allá, echaba a otro, y no tomándolo, sea por la causa, o descortesía que recibiera el gavilán u otra cosa, donde solía ser tan fuerte que siempre, no tomándolo, volvía de aire en mano, hizo todo lo contrario, que voló alto y tan lejos que lo perdieron de vista. Entonces el rey, al ver esto, envió como ocho de sus escuderos, sargentos y el gavilán para seguir al gavilán, para que lo encontraran. Y así fueron a diferentes partes, consumiendo ocho días que nunca pudieron encontrar nada, y volvieron a París informando esto al rey.

De lo cual el rey se dio melancolía, como si fuera un rey valeroso, y este fuera un halcón noble... todo cumple.

Y permaneciendo algún tiempo, y no estando representado el gavilán por ninguno de los que lo habían tomado, hizo pregonar que quien tomara dicho gavilán y lo representara, recibiría de él doscientos francos, y quien no lo representara, iría a la chaqueta. Y así fue, y los gritos y la fama, y siguiendo por espacio de un mes, terminó este gavilán en el campo de... allí donde, estando en un árbol, y el campesino arriba descrito, trabajando en la

campos al pie de la misma, oyó los cascabeles, y acercándose casi a bajar, y mostrando su mano encallecida y áspera, con un encanto muy inusitado, el gavilán vino a su mano. Al granjero, además de agarrarle las garras, le parecía estar avergonzado; pero habiendo visto las campanas con el signo real, y teniendo dos muchachas por maridos, por haber oído la fama de la proscripción, como hombre de poca experiencia en esta materia, pareció medio avergonzado; pero sin embargo, tomando los jetes y dejando el azadón, partió hacia su casa, y cortó una cuerda de la montura de un asno, la ató a los jetes y la ató a un palo. Y considerando quién era y cómo estaba en condiciones de traerlo a París ante la presencia del rey, todo se vino abajo. Y estando en este punto, un maestro ujier del rey, en algún asunto que pasaba por su casa, al oír las campanas, dijo:

- Tomaste el birrete del rey.

Esos respondieron:

- Creo que sí.

Entonces le pregunta diciendo:

- Lo estropearías, si lo trajiste, dámelo.

El granjero respondió:

- Es muy cierto lo que dices, pero te plació no quitarme lo que la fortuna me ha dado; Lo llevaré lo mejor que pueda.

Trató denodadamente y con palabras y amenazas de sacárselo del granjero, y nunca hubo forma; de lo cual le dijo:

- Bueno, si no quieres hacer esto, hazme un servicio; Estoy muy por delante del rey, seré bueno contigo en lo que pueda; y me prometes darme la mitad de lo que el rey te dé.

El granjero dijo:

- Estoy feliz -; y así lo prometió.

Vete a París; y el labrador, habiendo encontrado un guante de tela todo roto y lo envió a uno de un pueblo cercano, su amigo, que quedó encantado... le prestó un sombrero, y habiendo dado de comer al gavilán y con sombrero, se abrió camino entre sus piernas, tanto que con gran dificultad, para llevar algo nunca usado, y porque había tomado una clase grosera, llegó a París antes que el rey. quien, al verlo, se alegró de la

Gavilán encontró y se rió mucho, viendo lo bien que estaba en manos del granjero. De lo cual dijo el rey:

- Pregunta lo que quieras.

El granjero respondió:

- Monseñor le Roi, este gavilán vino a mi mano como quiso Dios; Lo di lo mejor que pude, el regalo que quiero de ti es que me des cincuenta o una paliza o un pedo.

El rey se maravilló y preguntó la razón de lo que estaba pidiendo. Lo dijo: cómo uno de sus maestros ujieres quiso que yo le prometiera darle los medios de lo que me daría vuestra santa corona; hacer a él y veinticinco a mí.
Y como soy pobre y necesito más que vuestra señoría para dos de mis hijas casaderas, me iré mucho más feliz, teniendo lo que os pido, de ver que le deis lo que merece, aunque lo tengo como él. , que si me diste tu oro y tu plata.

El rey, como sabio, entendió lo que significaba el material campesino, y pensó con justicia enviarlo feliz, diciendo a sus seguidores:

- Llámame fulano de tal mi maestro ujier.

Inmediatamente fue llamado; y habiendo llegado donde estaba la presencia del rey, el rey le pregunta:

- ¿Te encontraste allí, de dónde sacó este halcón?

Esos respondieron:

- Oí, Monseñor le Roi.

Dijo el rey:

- ¿Por qué no lo trajiste?

Y ellos respondieron:

- Este villano nunca quiso.

El rey dijo:

- Más bien fue tu avaricia, por quitarle la mitad del don que tenía.

Y el campesino, al oír dijo:

Y así fue, señor.

"Y yo", dijo el rey, "le doy a este campesino cincuenta latigazos de carne desnuda, de los cuales, como regateaste con él, tienes que tener veinticinco".

Y manda a uno de sus verdugos que inmediatamente lo haga desnudar y ejecutarlos, y así se hizo. Y el rey lo llevó ante él y al villano y dijo:

- Te di la mitad del regalo y lo debes haber sacado que se lo prometiste a este rubald; No quiero seguir adelante y darte el excedente.

Pero le dice a uno de sus camareros:

- Ve, hazle dar doscientos francos, para que pueda casar a sus hijas; y de ahora en adelante venid a mí cuando me necesitéis, que yo siempre supliré vuestra necesidad.

Y así el granjero se fue con una buena fortuna; y el maestro acomodador se tiró un pedo, para ir más directamente a su propio bien que al de los monjas

Grande fue la justicia y discreción de este rey; pero no era menos cosa dejar el pecho de un campesino, incluso de un alma gentil, se podría decir, tan digna pregunta, para pagar la codicia de aquel que nunca estuvo a favor del rey Felipe, como lo fue él. antes.

NOVELLA CXCVI

Messer Rubaconte Podestà de Florencia da cuatro hermosos y nuevos judicii a favor de Begnai.

Porque me parece que entré en ciertos juicios justos, y recordándome cuán acertado fue el juicio de Salamone con aquellas dos mujeres que preguntaban por el niño; y otra vez habiendo oído ya la historia de aquel que había soñado que tenía dos bueyes de su vecino, los cuales le había quitado, y el justo juez, viendo que había arreglado su demanda conforme al sueño, trajo dos bueyes desde el mediodía , cuando el sol estaba más brillante, y los envió por un puente, llevando consigo al interrogador, mostrando las sombras de los bueyes en el agua, juzgó que esos eran sus bueyes, y que debería tomarlos; así relataré brevemente cuatro juicios dados por un podestà de Florencia, llamado messer Rubacone, viniendo los cuatro a favor de un hombre sencillo y nuevo, llamado Begnai.

Antes de que este Podestà llevara dos meses en el cargo, estando este Begnai sobre un puente, que en ese momento era de madera, como venía una gran corriente de gente a caballo del otro lado, Begnai se vio obligado a subir por la orilla, que Era de madera, no muy ancha. Entonces, la gente que pasaba a su lado, lo empujaron y cayó al Arno sobre uno que se estaba lavando las piernas, el cual murió. Los parientes del difunto hacen prender furiosamente a Begnai, y ante este Podestà piden que muera, pues ha matado a fulano de tal. El Podestà, considerando el caso como si la ley dijera: "El que mata debe estar muerto"; importaba a los acusadores.
Y entre otras cosas, diciendo: "Queremos nuestro honor", dijo el Podestà:

- Y os lo quiero dar, y quiero que os venguéis; y el método es este, y doy esta sentencia: que este Begnai vaya a lavarse los pies al Arno, donde se los lavó el muerto, y uno de ustedes, de los más cercanos al muerto, vaya a la orilla del puente de donde cayó, y cae sobre él.

A ellos les pareció que estaban inquietos y no sabían qué contestar, y abandonaron la pregunta, y quedó Begnai.

La segunda cosa fue que, habiendo caído un burro a un trabajador, y no pudiendo levantarse, el trabajador lo ayudó por delante, y le rogó a Begnai que lo ayudara por detrás; y Begnai, tomándolo por la cola y tirando de él lo más que pudo, la cola se quedó en su mano. A la del burro, pareciendo estar desierta, recurrió al dicho Podestà, e hizo pedir a Begnai; y el Podestà en este caso, al oír a Begnai alegar que creía que la cola del asno estaba mejor colgada, se echó a reír. Y el de quien era el burro, dijo:

- No te dije que le arrancaste la cola.

El alcalde dice:

- Buen hombre, llévese el burro a su casa, que como no tiene cola llevará bien el cuerpo.

Respondió:

- ¿O con qué se asará de moscas?

Con lo cual el Podestá juzgó que el buen hombre le quitara el burro, y si no quería, Begnai lo guardara hasta ponerle la cola, y luego se lo devolviera. Begnai permaneció libre, y el villano fue llevado a su casa de esta manera con un centro para mejor.

Lo tercero fue que en Begnai se encontró una bolsa con cuatrocientos florines; y el que lo había perdido, yendo en su busca, Begnai se lo devuelve: entonces interroga a los de quién era la bolsa, con Begnai, y dice que hay menos de cien florines. El responde:

- Te lo doy tal como lo encontré.

La pregunta va ante este Podestà, quien, oyendo, dice al interrogador:

- ¿Cómo se ha de creer, si hubiera querido hacer daño, que te los hubiera devuelto por su propia voluntad?

- No, - dijo el hombre, - era mío, eran quinientos florines.

El alcalde dice:

- Ahora, juzgo que Begnai guarde esta bolsa de cuatrocientos florines, para que encuentres la tuya de quinientos florines; excepto que si estás feliz de tomarlo

como él te lo dio, debes tenerlo, tan verdaderamente que esperas que, si estos cuatrocientos florines pertenecieran a otro, se los devolverás.

Lo tomó y quemó la soda, y Begnai fue liberado.

El cuarto y último se produjo casi en el último de su despacho; y fue que, yendo Begnai a caballo a la feria de Prato, cuando iba hacia Peretola, se acompañó, al encontrarse, con ciertos hombres que iban a caballo con mujeres; con lo cual, teniendo Begnai el caballo un poco desagradable, comenzó a echarse sobre otra que era una mujer encinta, la cual cayó al suelo en la forma que resbalaba. El marido y los hermanos van con la acusación ante el Podestà; y preguntó a Begnai, aparece diciendo que él per se no era él, sino que era el caballo, que nunca había conocido, ni le había hablado. Y el Podestá dice:

- ¡En la fe de Dios, Begnai, que eres un gran criminal, tengo el poder de terminar tu negocio tantas cosas!

Y volviéndose a los de la mujer, dice:

- ¿Qué preguntas?

Y esos dicen:

- Messer lo Podestà, ¿te parece bien que haya puesto en vergüenza a esta mujer?

Y el Podestá dice:

- Oyes que él no tiene la culpa: los caballos también son bestias; ¿Qué hacer con ello?

Y ellos responden:

- ¿Y cómo hacemos para que nuestra mujer embarazada vuelva a ser como era?

Y el Podestá dice:

- Y quiero juzgar este asunto así; que envíes a la mujer a la casa de este Begnai, y la mantengas el tiempo suficiente para dejarla embarazada como estaba.

Oyendo esto, se fueron, y no lo enviaron a Begnai; de la que permaneció libre.

Cuando llegó el momento de la unión, el Podestà recibió muchas peticiones sobre los asuntos de Begnai, alegando que no había seguido ni la ley ni los estatutos de la Comuna. El alcalde dijo:

- La mejor ley que se puede utilizar es la de la verdad y la discreción; sin embargo, que la ley dice: "Quienquiera que mate, debe estar muerto"; pero él es la mayor diferencia de una muerte a otra; porque hay muertos que podrían merecer una recompensa, en lugar de la pena de muerte, y hay muertos que merecerían mil muertes. Y por eso conviene que aquí haya un medio que tome otro camino que seguir las leyes; y así debe ser el rector discreto, como si yo no fuera uno de ellos, pero he juzgado con discreción y bien.

Los alcaldes, oyendo las sentencias dictadas en su contra, y especialmente las de Begnai, dijeron todos que no merecía ser absuelto, sino tener un honor muy grande de la Comuna.

Y tanto hicieron con los Signori, que con sus consejos mandaron que dicho Podestá tuviera un mástil y una placa del pueblo de Florencia. Y esta fue la primera que se entregó a nuestros rectores.

Quiera Dios que hoy se den discretamente, como en otro tiempo. Entonces se entregaron a premiar la virtud, hoy por complacencia o por amistad.

NOVELA CXCVII

El canónigo florentino de' Bardi se refiere a Ser Francesco da Entica, porque no quiso prestarle el jamelgo a Aghinolfo; y Messer Bonifazio da Savignano dicta sentencia.

¿Qué juicio más nuevo o más placentero que el que Messer Bonifazio da Savignano Podesta de Florencia pronunció en la presente historia contra ser Francesco di ser Giovanni da Entica? el cual fue tan descuidado que teniendo que ver un plano hecho por el canónigo de' Bardi, por consejo que de él quería, y volviendo por él dicho calonaco, registró toda la casa, y no pudiendo hallarlo, dicho:

- O no me lo diste, o te lo devolví -; y al final, no pudiendo tenerlo, y el canónigo contando la historia a la plaza con unos en Ponte Rubaconte, un mes después pasaron los puercos de Santo Antonio, uno tenía una tarjeta en la boca.

Los que oyen la noticia y pasan el chancho, dicen:

- Esa tarde será tu carta -; y siguiéndole algunos criados apenas lo recuperaron, la mayor parte mordido y partido, como el que había estado bajo su jurisdicción por un mes, y ahora estaba allí.

Y así arrojó todo a sus pies, y su puerta siempre se la comieron los perros o los cerdos, de modo que siempre había una entrada por el agujero que habían hecho.

Entonces, habiendo sido visto un poco por pecorino, especialmente por sus vecinos de Bardi, Aghinolfo de' Bardi le pidió un día un jaugo de carga para ir o enviar a una de sus villas. Dijeron que no podía, porque tenía que enviarlo por su propio negocio; pero no dijo la verdad. De lo cual Aghinolfo accedió a recurrir a otros, y rogó uno de su consorte Calonaco; la cual nag, ya sea por excesivo trabajo, o lo que fuere, volvió al dicho calonaco quebrado; pues, viendo que había perdido su jamelgo, y pensando que esto había ocurrido porque Ser Francesco da Entica no había querido prestarle el suyo; y considerando lo que ser Francesco había hecho con su papel, y cuánto era de condición material, y todavía teniendo una relación singular con dicho

Podestà, pensó en llamarlo; pero primero él solo fue a decírselo: y diciéndolo, Ser Francesco dijo:

- Motteggi aquí?

El calonaco dijo:

- Digo desde el mejor sentido que tengo.

Ser Francis dice:

- ¿Y qué ley has encontrado que dice esto?

Y ellos respondieron:

- E'ci es la ley y el orden, y honne aúto un buen consejo.

Ser Francis dice:

- Pues veo que aún no tengo el equipo; porque nunca lo encuentro por mí mismo.

El calonaco dice:

- ¿Quieres decir algo más?

Y esos dice:

- ¿Qué otra cosa? oh vete temprano, vete.

Y él responde:

- Que sea en el nombre de Dios -; y de espaldas, va directamente al Podestá, y le informa de este asunto, y lo hace pedir el primer día jurídico.

Cuando Ser Francesco se siente preguntado, dice:

- ¡A los guagneles! que parece decir bien!

Y encontrando a Aghinolfo le dice:

- Ay, es muy buena noticia que me llame el calonaco: porque no te presté mi jamelgo, dice que debo darle el suyo que tú le has estropeado; si estuviera mal, tendrías que hacerlo tú mismo.

Aginolfo dice:

- Si tiene que ver con el calonaco, me da tristeza; No tengo que rogar nada; cuando me llamen, responderé.

Ser Francesco se dice a sí mismo: “Uno dice mal y el otro peor; ¡Ve y trata con algo más grande que tú mismo! Parecen querer robarme; Yo vine a vivir aquí entre la mayoría, podría haber tenido una casa en Canestruccio por un pedazo de pan, y estaba cerca de los palacios de los rectores: ahora llévate a Ser Francesco, ve, quédate junto a tus mayores: Dios 'ayude; Tengo razón, veremos qué pasa".

Ha llegado el día de la petición, y Ser Francesco está ante el rector; donde el calonaco expresa pulcramente toda su pregunta. E'l Podestà le dice al otro

parte:

- ¿Qué pasa contigo?

Ser Francis dice:

- ¿Qué piensa él de ti?

El alcalde dice:

- ¿Soy Podestà, o tú o yo, por qué me preguntas?

Esto le pareció a Ser Francesco una nueva presentación para él, y pidió perdón, diciendo:

- Te ruego que estés bien conmigo.

Y adjuntando ambas partes, Ser Francesco adjunta un texto de Messer Bartolo da Sassoferrato. El calonaco dice:

- No digo que el rocín esté descalzo, también digo que está roto, y no que el rocín, sino que se rompa toda la montura.

- ¡Bien bien! - dice ser Francesco de ser Barbagianni, - Adjunto a un doctor en derecho llamado Messer Bartolo da Sassoferrato, y no hablo de un rocín descalzo.

El calonaco dice:

- Haré que le muestre claramente a mi abogado lo contrario en este caso.

doctor.

En resumen, el Podestà y su colateral disputaron y alegaron tanto lo contrario de dicho Ser Francesco que casi se creyó estar en un error. Y cuando el Podestá lo hubo llevado a donde quiso, dijo que mejor le concediera el calonaco o que se comprometieran en abogados comunes; y entonces

lo hicieron. Esos abogados también compartían este placer, y al final contentaron al calonaco con todo o en gran parte.

Y así llegó Ser Smemora, para no limpiar el papel para que no se lo hubieran quitado los puercos de Santo Antonio; y los Calonaco y Aghinolfo disfrutaron de esta noticia durante varios meses, y el Podestà no se quedó. Ser Francesco estaba completamente atónito por eso, mientras pensaba para sí mismo si este hecho era un sueño o si era un deber; y al ver que también era cierto, se dijo a sí mismo: "O no me he puesto bien, o soy olvidadizo"; y casi nunca se dio por vencido. Adjuntó a Sassoferrato al calonaco, y el ejecutor conoció el calonaco, y con eso ganó el caso.

NOVELA CXCVIII

Un ciego de Orvieto con ojos mentales, habiendo robado cien florines, hace tanto con su juicio que quien los tomó los devuelve donde los tomó.

Mucho más astuto fue un ciego de Orvieto, con ojos de Argos, para recuperar cien florines que le habían quitado sin tener que ir a ningún rector, ni llamar abogados árbitros, ni adjuntar ley ni notario. Este era uno que ya había visto, y se llamaba Cola, y había sido barbero: siendo como de treinta años, perdió la luz, y no pudiendo vivir, por ser pobre, ganaba más de uno y otro ese arte o cualquier otro, acordó que debía empezar a pedir limosna; y se había acostumbrado a la iglesia principal de Orvieto a hacer su morada todas las mañanas por lo menos hasta el tercer grado, y allí se hizo por amor de Dios, dar más que la tierra, caridad, tanto que en poco tiempo tiempo le habían sobrado más de cien florines, y los guardaba secretamente en una de sus bolsas.

Sucedió por casualidad que, multiplicando este hombre de antemano, mucho más que con la tijera o la navaja, pensó una mañana, creyendo quedarse en la iglesia detrás de todos, pasar por la puerta y poner la bolsa de cien florines bajo un adoquín; porque ya había visto cómo era ese barrido. Y como había pensado, lo hizo, no creyendo que quedara nadie en la iglesia para verlo. Por casualidad, un Juccio que era un poco cheruolo se quedó en la iglesia, adorando ante San Giovanni Boccadoro, quien, adorando, vio lo que Cola estaba arrasando, pero no conoció la naturaleza intrínseca; con lo cual esperó tanto que Cola se había ido, e inmediatamente se dirigió al lugar detrás de aquella puerta, y mirando, vio un ladrillo deforme movido por los demás, y con un cuchillo casi como uno liviano lo levantó, vio el cartera; e inmediatamente lo tomó en su mano, y reconstruyó el ladrillo como antes, y con dicho dinero se fue a su casa, con el ánimo de nunca revelarlo.

Sucedió por casualidad que antes de que pasaran los tres días el ciego quiso saber si el suyo era donde lo había enterrado; y se tomó tiempo, y fue al ladrillo debajo del cual había escondido su tesoro, y quitándoselo, y buscando la bolsa, y al no encontrarla, pareció sentirse muy mal; pero, sin embargo, volvió a poner el ladrillo en su estado y la melancolía se fue a casa. Y allí pensando como en un punto había

habiendo perdido lo que poco a poco había adquirido durante mucho tiempo, se le ocurrió un pensamiento agudo, como le sucede a la mayoría de los ciegos, que a la mañana siguiente llamó a su hijo de nueve años y le dijo:

- Ven y llévame a la iglesia.

Y el muchacho obedeció a su padre; pero antes de salir de la casa, lo tenía en su cuarto, y dijo:

- Ven aquí, hijo mío: vendrás conmigo a la iglesia, no me dejes; te sentarás donde yo estoy a la entrada de la puerta, y allí mirarás de cerca a todos los hombres y mujeres que pasen, y tendrás presente si pasa alguno que me mira más que los demás, o que se ríe, o quien me hace algo. y ten en cuenta quien es: ¿serás capaz de hacerlo?

El chico dice:

- Sí.

Avisó el niño, el ciego y se fue a la iglesia, y volvieron a su lugar. El niño, haciendo caso a los mandamientos de su padre, se quedó toda la mañana a la vista de cada uno, y en poco tiempo se dio cuenta de que este Juccio, al pasar, había señalado y sonreído a su ciego padre. Y habiendo llegado la hora de ir a casa a cenar, antes de que el ciego y su hijo subieran las escaleras, el ciego hizo un examen, y dijo:

- Hijo mío, ¿has visto algo de lo que te dije?

El chico dijo:

- Padre mío, no he visto sino uno que te miraba fijamente y se reía.

Y el padre dijo:

- ¿Chi-fu?

Y él dijo:

- No sé cómo obtuvo su nombre, pero sé muy bien que es mesero, y vive aquí con los Frailes Menores.

El padre dice:

- ¿Sabrías llevarme a su tienda y decirme que lo ves?

El chico dice que sí. El ciego quitó todas las viviendas y le dice al niño:

- Llévame allí, y lo ves, dime: y cuando hable con él, aléjate y espérame.

El niño indujo tanto a su padre que lo encontró en el puesto de venta de queso, se lo dijo a su padre y lo abordó. Cuando el ciego lo oyó conversar con los que compraban, supo que era Juccio, con quien, siendo ligero, ya tenía conocimiento; y así continuando, dijo que quería hablarle un rato, y él en lugar secreto. Juccio, casi sospechando, lo condujo a una celda en la planta baja y le dijo:

- Cola, ¿qué buena noticia?

cola dice:

- Hermano mío, vengo a ti, y con mucha confianza y con mucho amor: como sabes, es un buen tiempo que perdí la vista, y estando en malas condiciones con una familia numerosa, pude vivir de limosna. ; y por la gracia de Dios y la bondad vuestra y de los demás habitantes de Orvieto, me encuentro con doscientos florines, de los cuales cien florines los tengo en un lugar a petición mía, y el resto lo he dado en reserva a más de mis parientes que en ocho dicen que los tendré. Y por lo tanto, si usted pudiera ver la manera de tomar estos doscientos florines y hacerme, por el amor de Messer Domeneddio, esa parte de la ganancia que considere adecuada para mantenerme a mí y a mis hijos, me alegraría mucho de ello, ya que en esta tierra no hay nadie en quien mas confíe, y no quiero que se escriba nada de esto, y que nada se diga y que nada se sepa. Así que de todo corazón os suplico por el camino que toméis, que nada de lo que os he dicho jamás será dicho por vosotros; pero tú sabes que mientras se supiera que yo tenía este dinero, faltarían todas las limosnas que me dieran.

Juccio, oyendo a este hombre e imaginando que él también podía tirar el macizo de flores a cien florines, dijo muchas palabras a Cola, y para que las tuviera en cuenta, y que la otra mañana volvería a él y le respondería. El ciego se fue, y Juccio, tomándose su tiempo, fue tan pronto como pudo con la bolsa, que aún no había tocado, a la iglesia, y debajo de aquel ladrillo de donde la había sacado, la guardó: aunque había pensado bien que los cien florines que Cola decía que tenía en su puesto eran los cien florines que tenía escondidos debajo del ladrillo, y para que no faltara la materia de los otros cien, fue y la guardó.

Cola, en cambio, imaginó que al decirle a Juccio "te contesto mañana por la mañana" era de creer que para conseguir los otros cien podía intervenir y, antes de dar la respuesta, se los llevaría. Volviendo a ti: ese mismo día fue a la iglesia, y creyendo que no lo verían, quitó el ladrillo, y buscó debajo y encontró dicha bolsa; por lo que inmediatamente se metió debajo, y volvió a poner el ladrillo sin importarle demasiado, y volvió a casa, teniendo buenas noches; ya la mañana siguiente fue a oír a Juccio. Tan pronto como lo vio, lo recibió diciendo:

- ¿A dónde va mi Cola?

cola dijo:

- Estoy yendo hacia ti.

Entrando en un lugar secreto, Juccio dijo:

- La gran confianza que me brindas me hace obligarme a hacer lo que me pides; consigue los doscientos florines: a ocho días de aquí haré una inversión de carne salada y queso de caballo, que creo que ganaré, así que te haré una buena parte.

cola dice:

- Vaya con Díos; Quiero ir hoy por cien florines, y tal vez también por los otros, y conseguirlos; entonces hazme el bien que puedas.

Juccio dijo:

- Vaya con Dios, y regrese pronto, que he decidido hacer esta inversión, ya que Messer Comes está reuniendo una gran cantidad de hombres en armas para la Iglesia, y se cree que aquí harán mucho; y los soldados son muy vagos acerca de estas dos cosas. Sí, ve, cómpralo, que creo que te irá muy bien a ti ya mí.

Cola se fue, pero no con el ánimo que creía Juccio, pues el ciego ahora cegaba al iluminado. Y cuando llegó el otro día, Cola con una cara muy melancólica se acercó a Juccio, quien al verlo, todo riendo fue hacia él y le dijo:

- Buenos días te lo topas, Cola.

cola dijo:

- Pues me gustaría tener municipal, no tan bueno.

jucio dice:

- ¿Y eso qué quiere decir?

cola dice:

- Mal para mí, porque donde había puesto cien florines, no los encuentro, que me fueron robados; y los de mis parientes donde tenia los otros cien en reserva en mas lotes, quien me dice que no los tienen y quien peor; así que no tengo nada más que hacer que apretar los puños, tengo tanto dolor.

jucio dice:

- Esto es de mis otros emprendimientos, porque donde creo que voy a ganar, voy a perder cien florines o más; y es peor, casi me atropella; porque si el que me vendió la mercadería quiere que se adelante el mercado, no sé qué pagar.

cola dice:

- A mi me pesa lo mas que puede para ti, pero a mi me duele mucho mas, que me quede en forma que apenas podre vivir, y sera mejor para mi volver a empezar a hacer nuevos capitales; pero, si Dios me da la gracia de que nunca me quede nada, no los empujaré por los agujeros, ni confiaré ni abandonaré a nadie, si fuere mi padre.

Juccio, al oír a este hombre, pensó si podría recuperar los cien que parecía haber perdido, y dijo:

- Estos cien florines que tienen tus parientes, si pudieras tenerlos y dármelos, yo pensaría en pedir prestados los otros cien, para que la inversión saliera adelante: y al hacer esto, bien podría ser que antes fuera mucho tiempo, encontrarías doscientos en tu bolso.

El ciego dice:

- Mi Juccio, si quisiera revelar los cien florines de mis parientes, apelaría y tendría razón, pero no quiero aclararlos, porque habría perdido la limosna, como se sabe. Y por eso los he perdido, si Dios no los hubiera inspirado ya, para que nada esperen de mí, ya que la fortuna ha dispuesto así: como si me quedara, yo por mí mismo, viendo tu buena disposición, que había de hacerme rico. , creo que lo recibí y tengo doscientos florines en mi bolsa, como si lo hubieras hecho tú, ya que no te lo perdiste.

Haré una cosa, que haré que un amigo mío haga el arte, si nada pudiera decirme de quién era; y si llega la suerte, vuelvo a ti: hazlo con Dios, que no quiero dormir allí.

jucio dice:

- Ahora mira, ve y haz todo lo posible, si puedes encontrar y recuperar el tuyo; y si os es bien hecho, ya sabéis dónde estoy, si nada os hace falta; date tanta paz como puedas y ve con Dios.

Y así terminó la inversión de queso de caballo y carne de ensalada, que no se hizo; y el ciego dobló las suyas, y se entretuvo un buen rato diciendo: “¡Por Santa Lucía! que Juccio era más ciego que yo". Y dijo la verdad, que había cogido al aluminato en el sedal, pescando cien florines para recuperar a los demás.

Y por lo tanto, no es de extrañar, sin embargo, que los ciegos sean de entendimiento mucho más sutil que los demás; porque la luz las más de las veces, mirando ya una cosa ya otra, ocupa el intelecto por dentro; y se podrían hacer muchas pruebas de esto, y especialmente una pequeña que contaré. Habrá dos que conversarán entre sí: cuando uno esté en medio de un razonamiento, pasará una mujer u otra cosa, mientras ellos, mirando, se quedan en lo que dicen y no lo siguen; y queriendo seguirlo, dice a su compañero:

- ¿Qué estaba diciendo?

Y esto es precisamente que el ver ocupó el intelecto en otra parte; de donde la lengua, movida por el intelecto, no pudo seguir su curso. Y así fue como el filósofo Demócrito se sacó los ojos para tener entendimientos más sutiles. Juccio, por otro lado, se quejó de que parecía haber perdido cien florines; y se dijo a sí mismo: “¿No me sienta muy bien? Había encontrado cien florines, y hasta quería cien, mi amo siempre me decía: "Más vale piñón en mano que tordo en rama"; y no lo tuve en cuenta, porque perdí el piñón y yo cogí el zorzal, y un ciego me picó; porque realmente tenía cien ojos, como cien florines, para hacerme esto; y me viene muy bien, que no me bastaba con tener cien, que la avaricia me movió a querer hasta cien. Ahora, llévate, Juccio, que tú habías comprado la lechuga, que era muy cierto que yo compré cien florines para la carne del ciego, que resultó ser la mayor cantidad de lechuga. he comprado." no pudo descansar por un buen rato, diciendo a muchos

quien les dijo: “¿Qué os pasa?” Me respondió que había perdido cien florines en ensalada de carne. Y le venía bien, sin embargo, que quien quiere todo lo pierde todo; y el engañador queda muy a menudo al pie del engañado.

NOVELA CXCIX

El molinero capullo, habiéndole mandado grano a moler, y con la guardia de un soldado de infantería que no se marchaba para que no le echara una estaca, hace coger al gato, y estaca más que nunca.

Bozzolo, un molinero del molino de los Angettis, estaba en mejores condiciones que Juccio al poseer cien florines encontrados; ya que este hombre, teniendo el rumor del mejor molinero, y del que mejor molía por mucho tiempo, y sacando muy bien del grano ajeno, como la mayoría, al final se convirtió en el ladrón más encubierto que casi nunca grano molido, porque, teniendo la mayor parte de los florentinos casi acudió a su molino, al final le hicieron sus hermanos, repartiéndose con ellos la mitad de lo que les traían.

Sucedió por casualidad que Biancozzo de' Nerli, un caballero florentino, habiendo enviado varias veces a su molino por la gran fama que oyó de él, y sí del buen moler, y sí de la lealtad, y finalmente, encontrando la cosa no triunfar en las fuerzas, pero de mal en peor, encontrando unas más que otras para rebajar la harina de lo que debe; y yendo varias veces hasta el molino Biancozzo de' Nerli, le dijo a Bozzolo que la harina le volvía cuando estaba por debajo del cuarto y cuando por el tercero, que no podía soportar más si no la restituía. . Bozzolo respondió, como todavía lo hacen sus compañeros:

- No debe poder ser; para que Dios y San Brancazio, a quien soy devoto, me ayuden a hacer lealmente vuestros negocios; pero en tu grano tiene mucho del voto.

Biancozzo dice:

- No sé lo que voto; Te contaré sobre el completo, y si no me restauras, te responderé. el.

Bozzolo responde:

- Haz así: envíanos quien sea que lo traiga y no se vaya, para que sea molido, y verás si es mi defecto o algún grano.

Él dice:

- Ahora bien, me entendiste -; y ve con Dios.

Y de allí a los pocos días tuvo que mandar al molino, y a las palabras del molinero pensó en mandar uno de sus infantes que tenía por nombre Nutino; y habiendo encontrado el grano, le mandó que fuera al molino con él, y que nunca dejara la piedra del molino o la tolva hasta que la harina hubiera regresado a casa. El soldado de infantería se fue y le dijo que lo hiciera. Llegando al molino, le dice a Bozzolo:

- Este grano es de tal y tal; por favor muélalo de inmediato porque quiere que le traiga la harina de inmediato.

capullo dice:

- Ha aceptado un reto, y quiero dejar todo lo demás para servirle.

Y poniendo el grano en la tolva, y comenzando a moler, y Nutino se sentó junto a él, era todo uno. Y Nutino estaba muy atento, al ver a Bozzolo que no podía desembotellar como él quería, como le había mandado, llamó a la Saccente, de quien fue nombrada su mujer, y le dice que se baje del andén y lleve al gato, que quiere ir. y pescar varios peces. Nutino casi se duerme con el sonido de la rueda de molino; pero a lo del gato se le vino el sueño, y levantándose dijo:

- Esto tengo muchas ganas de ver.

Y así la mujer baja por una escalera con un gato atado y con correa a mano y con un raspador, que le dio a Bozzolo que ya tenía la pecera en la mano, y saliendo por la puerta se pusieron en marcha.

Nutino, habiéndolo considerado todo, dice en sí mismo: "No es, si alguna vez se va todo el grano, que yo no vaya a ver"; y habiendo dejado el molino, se mantiene al día con ellos. Como Nutino está afuera y sigue al gato, adentro, el mozo, como le ordenan, se pega al grano de Nutino lo mejor que puede; tanto que casi pasa como un buen cocido, que vuelve a la mitad. El grupo que fue a pescar a la orilla con el gato no atrapó ningún pez; el molinero con su espátula golpeaba el agua, con varios gestos mirando al gato; El olvidadizo Nutino tragó saliva; el lacayo del molinero estaba saliendo a la superficie. Bozzolo, ya que un trozo había llevado a la yegua en el torneo, dice:

Ciertamente es mi desgracia que casi en todo el año no salí a pescar con el gato, que no pesqué al menos una libra, que se los habría enviado a Biancozzo de' Nerli; ya no es posible: otra vez nos refrescaremos.

Y volvió al molino, y tras él Nutino, el cual vino y dijo:

- ¡Como! es tierra?

Dijo el chico del molino:

- Al guardar el saco -; y comienza a poner la harina, y así llenándola dice: - Nunca si te arrepientes de esto, pues diré que nunca tengas más fe en persona.

Los sacos estaban llenos y Nutino trajo la harina; y cuando llega a casa dice:

- Por supuesto, si esto no es un buen trabajo, nunca se hará ninguno.

Y así de pie, el señor llama a Nutino y dice:

- ¿Como hiciste?

- Mi señor, bien; He traído harina para hacer muchachos.

Llama a la criada y le dice:

- Abburatta, y mide cómo regresó.

La criada, habiéndolo cernido y medido por la tarde, encuentra que los seis bushels de trigo han dado como resultado cuatro de harina; y díselo al señor. El caballero enojado llama a Nutino y le dice:

- ¿Esto es harina para niños? de hecho, es de los hijos de la horca, que moriste en la grava, que creo que has estado con el molinero.

Nutino se disculpa. El señor dice:

- Dime la verdad y no tengas miedo: ¿alguna vez dejaste el trigo?

Esos comienzan a entrelazarse. El señor dice:

- Decir definitivamente.

Entonces el gato narra todo el asunto, y cómo el molinero había hecho la pesca del gato; y que nunca le hubiera importado si no hubiera ido a ver; y por lo tanto lo perdonó; y si para salir del molino el molinero había estacado el grano, debía ponerlo todo a su derecho. El caballero se encogió de hombros y dijo:

- Todo es de ugn'anno; ve con Dios, porque no veo que pueda protegerme nunca de los robos de los molineros. Una cosa haré, que Bozzolo nunca me desgrane el grano; llévala hoy a los frailes de Todos los Santos.

Y Nutino así lo hizo; quedándose en los tiempos que venían más atentos a mirar el grano, sin ver al pez gato.

Así se hace la astucia de los ladrones, que con todas las sutilezas del mundo son advertidos para quitar lo ajeno; y si este defecto está en algún pueblo, es en los molineros. Da por peso y quita por peso, da por medida, mira y haz lo que quieras, ¿qué es? no hay forma de que no se la jueguen, como todos han probado y dicen de todo
ensayo.

NOVELA CC

Ciertos jóvenes atan por la noche los pies de una osa a las cuerdas de una campana de iglesia, la cual tirando, las campanas suenan, y la gente saca, creyendo que es fuego.

La novela anterior fue con injurias y burlas; lo que siguió fue un nuevo engaño, como nunca antes, y con poco daño para los demás; que está en esta forma. Ciertos florentinos estaban cenando en una casa de Florencia, que no estaba muy lejos del palacio del Podestá; y una osa, que era del Podestà y era muy mansa, vino entre ellos en aquel lugar, y fue varias veces a su mesa y dijo a uno de ellos:

- ¿Queremos hacer algo bueno? cuando hayamos cenado, llevamos este oso a Santa Maria in Campo, donde tiene razón el obispo de Fiesole (pues sabéis que la puerta nunca está encadenada a él) y le atamos las patas por delante, una a una campanilla, y la otro a otro, y luego nos vamos; y verás barriles pasar.

Los otros dicen:

- Lo haremos.

Era del mes de noviembre, que es cena de noche; estando de acuerdo, dan las manos a la osa, y por la fuerza la conducen al dicho lugar; y habiendo entrado en la iglesia, van hacia las cuerdas de las campanas, y tomando uno de ellos una pierna y el otro la otra, los atan a las dichas campanas, y luego se dan la vuelta, yéndose lo más rápido que pueden. Sintiéndose así la osa atada, tirando y golpeando para liberarse, las campanas empiezan a sonar sin medida alguna. El sacerdote y el cheric se despiertan, comienzan a olvidar:

- ¿Qué significa eso? ¿Quién toca esas campanas?

Afuera empezamos a gritar:

- Fuego fuego.

La Badía comienza a tocar, porque el Gremio de lana está cerca de ese lugar. Los trabajadores de la lana y todas las demás personas se levantan y comienzan a dibujar:

- ¿Donde donde?

En esto el sacerdote envió al clérigo con un cirio bendito encendido, para que no sea lo malo, para saber quién toca. El cheric va allí con un paso adelante y dos pasos atrás, y con el pelo todo enroscado de miedo; y acercándose al hecho, hace la señal de la santa cruz; y creyendo que es el diablo, se vuelve y huye y grita: in manus tuas, domine Llegando con este alboroto al sacerdote, que no sabe dónde está, dice: , es todo uno

- ¡Pobre de mí! mi padre, que el diablo está en la iglesia, y está tocando esas campanas.

El sacerdote dice:

- ¿Como el diablo? encontrar un poco de agua bendita.

Encontrando y encontrando, no se atrevió a entrar en la iglesia, pero a buen galope salió por la puerta del claustro, y el clérigo lo siguió. Y llegando, hallaron mucha gente que comenzaron a llamar al sacerdote, diciendo:

- ¿Dónde está el fuego?

Y saliendo, siendo preguntado: "¿Dónde está ese fuego, sacerdote?" en cuanto pudo contestar, porque tenía el latido de la muerte. Incluso con una boca afilada y ronca, dice:

- Yo no sé nada de fuego, ni quién toca estas campanas; fue allí (y dice del clérigo) para saber quién las toca; parece decir que piensa que es algo malo.

- ¿Te gusta lo malo? - muchos responden; - traer las luces aquí; ¿Tenemos miedo de las caras malvadas? el que tiene miedo huye.

Y yendo allí así al resplandor, y viendo la bestia, sin darse cuenta del todo de lo que era, la mayoría de ellos se vuelven, gritando:

- En el guagnele, que dice la verdad!

Otros que están más seguros se acercan y al ver lo que hay, gritan:

- Vengan aquí, brigada, es un oso.

Muchos corren allí, y de nuevo el sacerdote y el clérigo; y al ver a esta osa así atada, tirando y durmiendo con la boca, todos se echan a reír:

- ¿Qué quiere decir esto?

Y, sin embargo, nadie se atrevió a desatarlo, y, sin embargo, sonaron las campanas y se llevaron todo el mundo.

Finalmente, algunos que sabían que el oso del Podestá era manso se acercaron a ella y la desataron; a la mayoría de la gente se le advirtió que un pez nuevo había hecho esto para que todos los florentinos pescaran. Y volviendo a casa, discutieron este caso por varios días, y cada uno dijo quién había sido. La mayoría respondió:

- Dime y te cuento.

Algunos dijeron:

- Quienquiera que haya sido, lo hizo muy bien; porque esa puerta está siempre abierta, lo que no gastaría un centavo ni para el obispo ni para el sacerdote para poner un cerrojo.

Y así terminó este cuento; y los que así lo habían hecho estaban en una cama y se echaban a reír, habiéndose acercado varias veces a las ventanas gritando con las voces más fuertes que tenían: "Fuego, fuego"; y cuanta más gente atraía, más lo disfrutaban; preguntando más que los otros en aquellos de quienes quiso decir eso, para deleitarse con quien les responda.

Y por eso se dice: “Los hombres nuevos, las cosas nuevas”. Quisieron o imaginaron ver a la gente armada tirando fuego; pues ciertamente cualquiera que se acuerde de cómo aparecen, y, es cosa de deleitarse, ver los nuevos sombreros, las nuevas gorras y las nuevas obleas que llevan, sin los nuevos caracoles y los nuevos gabbani, los nuevos tabarroni, y las armas antiguas; para que en cuanto se conozcan, mirándose a la cara, antes de conocerse. Pero cosa más nueva es ver la costumbre y la avaricia de los querices, que todas las iglesias y sus casas las dejan arruinar antes de querer hacer un pequeño gasto. Así, en aras de un cerrojo de cinco soldados, la puerta de esta iglesia quedó abierta: porque el obispo y el cura merecían mucho más que aquellos que ataron a esta osa a las cuerdas de las campanas, la habían atado a sus bolas. .

NUEVO ICC

Madonna Cecchina da Modena, siendo robada, con un pez grande y uno pequeño, y su hijito, tocando la campana... .

Este fue un buen juego de esta osa; pero esto que sigue de dos peces era más sustancial. Hace mucho tiempo que en la ciudad de Módena había una mujer viuda, que se quedó por poco tiempo con un mercader muy rico, que se llamaba Madonna Cecchina, y con ella quedó un hijito suyo, tal vez de doce años. viejo. Y como en todas las tierras acontece, y especialmente hoy, que viudas y pupilas, siendo ovejas y corderos, tienen malos efectos con los lobos, donde están; igualmente esta señora, a la que hoy los grandes ciudadanos le han quitado una parte suya, y pidiendo otra, al final perdiendo, y habiéndosele robado, se puede decir, una de sus posesiones, y no encontrando abogados para sus demandas para defenderla, y si encontraba alguna, sus fuerzas rozaron el prado, movida por la desesperación, pensó en adoptar un método como este. Ella le pidió a un amigo cercano que le debía gustar que le hiciera un gran servicio, y éste fue que le rogó una campana, en esa forma como las de San Antonio, sólo por un día, y luego volvió a ella. Este buen hombre legó una campana de iglesia, o de lo que era, con ella llegó a la mujer. Como la mujer lo tenía, que era en cuaresma, le dice a su amiga:

- Vamos, quiero que vengas conmigo y con mi hijo a la pescadería, y me compres, como te diré, dos pescados, uno grande y otro chico; y cuando las hayas quitado, meterás la mitad pequeña por la garganta de la grande, y con ellas descubiertas, a la vista de todos, regresaremos a casa; y mi hijo tendrá esta campana en su mano y vendrá a ti y la tocará; y estaré del otro lado. Si alguien pregunta, "¿Qué significa esto?" lagh me responde.

El amigo se maravilló mucho, preguntando por qué quería hacer esto. La mujer respondió:

- Haz lo que te pido y te suplico; porque aún hoy lo sabrás y será feliz.

Él dice:

- Haré lo que quieras.

La mujer toma una de sus capas y le da la campana a su hijo, enseñándole a no tocar a menos que ella se lo diga; y así salieron los tres una mañana, y fueron al mercado de pescado. Una vez que estuvieron allí, la mujer mira y le dice a su amiga:

- Cómprate ese lucio grande y cómprate uno de esos pescaditos que están en la otra orilla.

El amigo así lo hizo; y abriendo la garganta del lucio, metió el pececillo por la mitad dentro; y diciéndole la mujer en qué forma lo traería, para que todos lo vieran bien, dijo a su hijo:

- Quédate a su lado, y nunca dejes de tocar el timbre -; y ella del otro lado dijo: - Vámonos a casa.

Y partiendo con esta novedad mostrando el pez, y el hijo tocando la campanilla, la gente dibujó. Quien dice:

- ¿Qué es esto, Madonna Cecchina? ¿Qué quiere decir esto?

Quién preguntó de una manera y quién de otra. Respondió a todos que el pez grande se comía a los pequeños; y así seguí respondiendo a todos, y nunca más dije nada, tanto que llegó a casa.

Y habiendo usado la voz, y el son la campanilla, y el amigo dando el ejemplo, sea el que lee o el que entiende, siguió poco fruto, excepto que, habiendo cocido el pescado grande y el chico, vendió los tres a cenar. .

Y esto fue en un momento en que los Pigli eran señores de Módena. Yo creo que entendían muy bien a la mujer, pero hacían como que no la entendían. Que todos tengan la certeza de que quien sostenga que las viudas y los niños son robados con un fin doloroso, perderá su condición. Y bien quedó en estos demostrado que eran señores, porque allí poco tiempo después, perdiendo su señorío, quedó la tierra bajo los de Gonzaga.

Y fíjate, lector, que casi todas las tierras que han sido señoreadas o han sido destruidas, han sido causa de los poderosos ciudadanos de las grandes familias de aquellas ciudades que, dividiéndose y peleando entre sí, siendo cada uno el más grande, echan fuera uno al otro otro

y queda el señorío con unos pocos, o con una familia, y después de algún tiempo viene uno solo, esto es, un tirano, ya ésos los echa y se los lleva. Los ejemplos son muchos; pero contaré cuatro, porque no han pasado setenta años desde que cayeron en esta ruina. Cremona que de esta manera los Cunciones eran señores de ella; Parma, que gobernó los Rossi; Reggio fue gobernado por los de Fogliano; y Módena llamó Pigli, como se dice. Sucede por casualidad que se creó una liga en Lombardía, quizás con miras a capturar estas tierras, entre los marqueses de Ferrara, los de Gonzaga, los Visconti y los de della Scala. Esta liga quitó el señorío a aquellos señores de estas cuatro tierras; y como eran cuatro, así se repartieron los cuatro entre ellos. Los marqueses tenían Módena, los de Gonzaga tenían a Reggio, los Visconti tenían a Cremona, y los de Scala Parma: y también entonces tanto Reggio como Parma raparon a otro barbero. Y esto no sucede a menos que los señores contiendan por las ambiciones de los señoríos, no tomándose la molestia de hacer justicia o justicia, sin la cual todo reino y toda ciudad se arruina.

NOVELA 100

Poco a poco le roban un pedazo de tierra a un pobre de Faenza: hace sonar todas las campanas y dice que la razón está muerta.

Un invento semejante fue el que se hace, pero mucho más halló justicia que éste; sin embargo, desde Francesco de' Manfredi, padre de Messer Ricciardo y d'Alberghettino, señor de Faenza, señor y sabio y bien educado sin ninguna pompa, que más bien mantuvo el hábito y la apariencia con honestidad de un gran ciudadano que de un señor; Sucedió por casualidad que un hombre poderoso de aquella ciudad tenía por límite un terreno a una de sus posesiones, que pertenecía a un hombrecito no muy rico; y queriendo comprarla, fué castigado varias veces, y nunca habiendo medio para que aquel hombrecito la gobernase lo mejor que pudo, y guardara su vida, y antes se hubiera vendido; ante lo cual, no pudiendo este poderoso ciudadano llevar a cabo su voluntad, se decidió usar la fuerza. Sin embargo, como había una pequeña zanja entre él y el otro en la frontera, casi todos los años cuando se araba la suya, tomaba, a veces con un surco y otro al año, un brazo o más largo que el de su vecino.

El buen hombre, aunque lo sabía, apenas se atrevía a decir nada al respecto; excepto que con algunos de sus amigos se quejó en secreto; y esto llegó tan lejos en unos años que si no fuera por un cerezo que encontró en dicho campo que era demasiado obvio para pasar, ya que todos sabían que el cerezo estaba en el campo de ese hombrecito, y en poco tiempo lo habría cogido poco a poco.
Entonces, viendo a este buen hombre robar así, y estallando de ira e indignación, y apenas podía sino quejarse, pero decir algo al respecto; como desesperado, se mueve un día con dos florines de moneda en la bolsa y va a todas las grandes iglesias de Faenza, rogándoles y poniéndoles precio una por una, para que todas sus campanas suenen a esa hora, tomando el tiempo ser desuso por las vísperas y el no en. Y asi paso; que los religiosos tenian ese dinero, y al tiempo dan en las campanas vigorosamente, en forma que todos los de la tierra dicen:

- ¿Qué quiere decir esto? - mirando el uno al otro.

El buen hombre, como fuera de sí mismo, corrió por la tierra. Todos al verlo decían:

- Oh tú, ¿qué estás corriendo? Oh tal, ¿por qué suenan estas campanas?

Y él respondió:

- Porque la razón está muerta -; y en otra parte decía: - Por el alma de la razón, que está muerta.

Y así con el sonido de las campanas echó este dicho por toda la tierra, tanto que el Señor, preguntando por qué sonaban, y finalmente diciéndole que no sabía nada sino lo que este hombre gritaba; el Señor envió por él, y él se fue con gran temor. Al verlo el Señor, dijo:

- Ven aquí; ¿Qué significa lo que estás diciendo? ¿Y qué significa el sonido de las campanas?

Ellos respondieron:

- Mi señor, os lo diré, pero ruego que os sea recomendado; tu ciudadano quería comprar mi campo de tierra, y yo no quería vendérselo; de lo cual, no pudiendo tenerlo, todos los años cuando se ara el suyo, ha tomado del mío, unas veces un brazo y otras dos, tanto que ha llegado junto a un cerezo que bien no puede ir más allá de ese muy notable; ¡bendito sea el que lo plantó! porque si no hubiera sido allí, toda la tierra habría sido en poco tiempo.

Con lo cual, habiendo renunciado a la mía como hombre tan rico y tan poderoso, y siendo yo, se puede decir, un hombre pobre, no sin grandes sufrimientos y excesivos dolores, me moví como desesperado por pagar a aquellas iglesias que han jugado por el alma de la razón que está muerta.

Oyendo el Señor el lema de este hombre, y el robo que le había hecho su ciudadano, envió por él; y sabiendo y mostrando la verdad del hecho, hizo devolver su tierra a este hombre pobre, haciendo que los medidores fueran allí, y le dieran tanto de la del prójimo poderoso como él había tomado de la suya; y le hizo pagar dos florines que había gastado en tocar las campanas.

Esta fue una gran justicia y una gran bondad de este Señor, como si mereciera algo peor; mas sin embargo, contadas todas las cosas, era grande su virtud, y no poca la justicia del pobre, y donde decía que jugaban a que ella estaba muerta, se podría decir que jugaban a resucitar la razón. Que hoy bien podría sonar que ella resucitó.

NOVELA CCIII

El barón de Espartano, al tener que recibir su castillo del Papa, fue retenido en la corte durante mucho tiempo; de lo cual con un dicho notable, al morder al Papa, está condenado.

Y esto, que aún siguió, fue una buena artimaña para despertar a los que habían dormido mucho para corregirlos. No hace muchos años que allá hacia la isla de Chipre se suscitó una gran disputa entre ciertos castellanos, que preguntaron a un barón espartano qué castella poseía debía ser la suya. De los cuales, ampliando la cuestión, una parte recurrió al Papa, que era Gregorio XI, y la otra parte recurrió a los genoveses, y al encomendarles dicha cuestión, pusieron los castillos en manos del Papa, y que al final entregó los castillos a aquel de quien eran. En conjunto se vio que aquellos castellanos no tenían razón en la castella del dicho barón de Espartano, y así se afinó. Oyendo esto, el dicho barón, que había ido a Vignone para esto, esperó con toda solicitud y gasto recuperar el estado de aquellos castillos, de los cuales había estado fuera durante la dicha cuestión. El Papa, entre los cuales la corte tuvo mucho que hacer en aquellos tiempos, y también porque quien ha tomado mal sabe irse; guardó esta cosa tanto tiempo que este buen hombre, habiendo gastado mucho dinero que había traído, se quedó allí unos buenos tres años antes de que pudiera recuperar sus castillos. Así que un día desesperado se dirigió al Papa y le dijo:

- Santo Padre, llevo aquí unos tres años por esta cuestión de mis castillos, de los cuales me despojé, y bajo su clemencia los comprometí, y aún están. Has visto y terminado que deben volver a mí, y he gastado mucho tiempo y todavía no puedo recuperarlos; por eso os digo esto, que cuando vine aquí, traía con nosotros un saco lleno de dinero, y uno lleno de verdades, y otro lleno de mentiras: he gastado todo el dinero, y también el de las verdades. ten todo ya gastado y consumido, quédate conmigo la de las mentiras, no tengo otra cosa que ayudar. Le pido encarecidamente a su amabilidad que me devuelva mis castillos, de lo contrario comenzaré a gastar la bolsa de mentiras y no tendré nada con lo que irme a casa. Así que por favor consiente conmigo si te lo pido, y será la mayor gracia para mí; y no quiero que consuma y gaste

el tercer saco, como gasté esos dos, y que me vaya a casa con unos

Qué.

El Papa, al oír a este hombre, y sintiéndose traspasado y aún dándose cuenta de que no tenía más dinero para gastar, se disculpó sonriendo, y el otro día despachó y escribió la carta para que se le devolvieran los castillos del Barón Spartano. Y él, habiendo sacado la carta y despedido del Santo Padre, volvió a casa y recobró la posesión de sus castillos.

Los patios son grandes y muy largos, como si tuvieran el nombre de patios; pero mayor es la avaricia que les hace ser largos, y sobre todo la de los clérigos que nunca tiran, mientras dura el dinero, despegando a los malos, como creo que este hombre era calvo: porque el mundo ha llegado a tal hasta el punto de que todas las cosas que se hacen, cualquiera que las considere bien, no tienen más consideración que el dinero, para atraerlas.

Y se podrían decir muchas cosas al respecto, que serían todas palabras echadas al viento; y por lo tanto no quiero detenerme más en el presente asunto.

NOVELA CCIV

Messer Azzo degli Ubertini en el palacio de los señores de Florencia reprocha a un soldado que se queja, pidiendo dinero, no estar condenado en ocho días, alegando lo contrario.

Lo que ahora quiero contar era mucho más nuevo, y yo, escritor, me encontré allí. En el tiempo que pasó el Duque de Anjou para venir contra el Rey Carlos III, como dijo, para vengar a la excelentísima Reina Madonna Giovanna; y la Siri de Cosí habiendo tomado Arezzo con Marco da Pietramala y con otros, y la noticia de esta toma llegando a Florencia casi en una hora, pareciendo muy dolorosa, no tardó en llegar la noticia de que el duque de Anjou había muerto. ; que fue un ungüento precioso para sanar la herida mortal de la pérdida de Arezzo. Tanto es así que finalmente Siri di Cosí, dándose una buena cantidad de dinero, entregó Arezzo a la Municipalidad de Florencia; quien, como el duque no murió, no que lo hubiera dado ni vendido, sino que nuestra ciudad estaba en gran peligro de no perder su estado.

Cuando Arezzo quedó bajo el dominio de la Comuna de Florencia, los florentinos buscaron tener todos sus castillos de ciertas personas que los poseían en contra de una buena razón; entre los cuales se solicitó un caballero sabio y valeroso, llamado messer Azzo degli Ubertini d'Arezzo, que devolvió algunos castillos que poseía indebidamente en el campo de Arezzo, pero que Arezzo con todos sus castillos había sido vendido a la Comuna de Florencia, y con todas sus jurisdicciones. El caballero, sin contradecir nada, sino afirmando, se presentó ante el
Señores, diciendo:

- Señores, si tengo mil razones en contra de su voluntad y en contra de su intención, no pretendo adjuntar ninguna. Sólo te digo una cosa: guardo un castillo así; si las quieres todas, todas te las doy, y aquí están las llaves, pensando en quedar mucho más rico y grande, siendo pobre y obedeciendo tus mandamientos, que guardar lo que tengo, o lo que podría tener, contra tu voluntad.

Con este principio y medio y fin, sin volverse atrás, queriendo dar lo suyo a la Comuna, estuvo retenido más meses con diligencia y esfuerzo de los que pudo.

estar condenado, y todos los días estaba en la casa de los Signori. Y de nuevo, decidiendo que quisieran ciertos castillos suyos o de Arezzo que poseía, sin decir nunca más que fiat, estuvo aún mucho tiempo retenido, sin poder pasar y volver a su casa.

Sucedió por casualidad que un día, estando en el vestíbulo ante la puerta de su audiencia el dicho messer Azzo, un cabo caballero, que había ido a los Signori a rogarles que se complacieran en hacerle pagar dinero. que había servido, en cuanto le respondieron, salió todo enfurecido, reprochando y casi maldiciendo. Entonces micer Azzo, viéndolo, le preguntó qué tenía. A lo que respondió:

- ¿Cómo diablos estoy? porque debo tener doscientos florines, servido con mucha dificultad y sí y sí, y he venido completo quince días, ¡y no se me puede pagar!

Entonces dijo Messer Azzo:

Oh, buen hombre, debes ser de poca utilidad en este palacio; Quiero que sepas que llevo casi cuatro meses allí, y quiero darle la mía a la Municipalidad, y no puedo estar condenado: ahora piensa ahora quién tiene más de qué quejarse, tú o yo.

El caballero, al oír al caballero, dijo:

- En la fe de Dios, me das una buena esperanza de castigo futuro.

La palabra de Messer Azzo fue comunicada por algún auditor a los Signori; y brevemente uno de la oficina, quizás el más informado, dijo:

- Dijo muy bien, que uno no vende nada; y es un gran honor que dejemos que un señor se quede seis meses ya veces un año en los hoteles, y nunca ponemos nuestras manos en nada de lo que tenemos que hacer.

Con lo cual, todos ellos, movidos por estas palabras, se ponen de acuerdo en no entender nunca a nadie más que a Messer Azzo, y ese soldado estaría condenado; y sin tomar tregua, el otro día ambos estaban condenados.

Ahora bien, esta virtud tuvo las palabras del caballero, que hizo despertar el sueño.
¿Y qué hay más hermoso y más honroso para los que tienen que juzgar, que vender razonablemente las cosas que tienen delante? es cosa tan hermosa que los súbditos nunca querrían otro señorío; y es tan doloroso y desdeñoso hacer lo contrario, que los súbditos quisieran primero estar bajo el demonio

infierno debajo de los que los llevan tanto tiempo, que consumen mucho tiempo con esfuerzo y daño, en lugar de poder ver el final de una de sus preguntas.

NOVELLA CCV

Messer Ubaldino della Pila se involucra tanto con un obispo que consigue que el obispo haga despedir a uno de sus fruteros para convertirse en sacerdote, y lo hace.

Messer Ubaldino della Pila hizo mucho de la impresión para obtener su entendimiento de un obispo, que, según la verdad, siendo de los Ubaldini y pasando más tiempo en sus castillos, había criado a un muchacho de granja, a quien había considerado como un lacayo. y para verdulero. Siendo un día más grande que otro, viendo que no había más tiempo que perder en él, trató de apartarlo de las cosas terrenas, y con manos callosas y duras lo puso a practicar las cosas divinas; y comencé a hacerle clérigo, casi sin saber leer; y cuanto antes venía, menos sabía. Después de esto, trató de hacerlo sacerdote de su propia iglesia; y estando de acuerdo en que debía tener el permiso del Obispo, y enviárselo para que lo examinara, lo envió adornado en lo que pudo con la ropa de otro clérigo; y advirtiéndole los modales que debía tener al llegar, quedarse y salir, le dio una carta, que debía presentar a su vez al dicho Obispo. El adiestrado chérico, pero no que se le hubiera entrado en la cabeza, se movió, por rudo que fuera, y fue con la carta acompañada de otra, tanto que llegó ante el Obispo; y como llegó, entregó la carta al Obispo, y tan pronto como puso la mano sobre su capuchón, dijo:

- Dios lo salve, señor.

El obispo dijo:

- ¿Que si tu?

Y ellos respondieron:

- Vengo de la villa.

Y el obispo dijo:

- Así me parece -; y lee la carta.

Habiéndolo leído, hizo una respuesta a micer Ubaldino, diciendo que estaba asombrado de que quisiera hacer sacerdote a un carnero; y volvió con la carta de atrás. Messer Ubaldino enseñándole otra vez, otra vez lo mandó de vuelta a

él, que aún era más grande que antes. Y el obispo respondió que no podía hacer esto sin su mayor vergüenza, y que lo había excusado. Y abreviando la noticia, enviándola varias veces por este motivo, y no consintiendo el Obispo, empero, al clérigo, no que le pareciera de esto, sino que le parecía casi más una bestia que una persona, finalmente le envió a él. , rogándole encarecidamente una carta, diciendo:

“Os ruego que hagáis de ello un sacerdote”.

El obispo, al oír esta palabra, pareció decir: "Aquí no se puede decir que no"; y dio permiso para que se hiciera de ella un sacerdote que saliera de ella; y fue hecho sacerdote el que la dejó. Y Messer Ubaldino lo puso en su iglesia; de lo cual se puede decir que edificó una pocilga, porque no puso allí un sacerdote, sino que puso allí un puerco para gastos, que no tenía gramática ni otro bien en sí mismo; que y cuando dijo nuestro pater y quiso decir: sicut in coelo et in terra dijo: si , esos asno en el cielo y si asno en la tierra; y otras cosas extrañas como su grosor lo habían dotado. Y así tuvo aquel beneficio para micer Ubaldino, que para Dios era una maldición.

El mundo de tales sacerdotes está lleno de ellos; que Dios sabe si, puesto que las palabras de la Misa no saben sino nosotros, si lo que celebran es el cuerpo de Cristo; pero según el relato se podría decir: “Él es el que sale de ella”. Y a estos tal iglesia no les basta, pero a menudo tienen dos o tres cada uno.

¡Y a los sacerdotes así hechos llega a las manos nuestro Señor en muchos países! Gran ignorancia es de los más grandes prelados para apresurarse a hacerlos tan ligeros, y también la avaricia quiere que así sea.

NOVELA CCVI

Farinello de Rieti miller, estando enamorado de monna Collagia, su mujer, al saberlo, hace tanto que en la casa y lecho de monna Collagia entra y en nombre de la mujer que ama Farinello se acuesta con ella, y creyendo tenerla algo que ver con monna Collagia, tiene que ver con su mujer.

Para dar algunas infracciones, quiero dar con algunas historias de amoríos, muy agradables a las que no se tocan. En la ciudad de Rieti ya había un joven molinero, que se llamaba Farinello, y tenía una mujer muy joven suya que se llamaba Vanna. Y él, siendo un poco agraciado, segundo molinero, porque estaba enamorado de una joven viuda de baja condición, aun como era, y más bien necesitada que no, que se llamaba Monna Collagia, queriendo poner en ejecución este amor suyo varias veces. veces empezó a pedir a la señora, ofreciéndoles dos cuartos de trigo, que son casi ciento cincuenta libras el cuarto, pues el ruggio di Rieti es seiscientas libras, y el ruggio cuatro cuartos.

Este continuando con su temeridad de acosar a la dama, ofreciéndole este regalo, y no pudiendo ella ya resistir tanta importunidad, un día fue a ver a Monna Vanna, señora del dicho Farinello, y al llegar a ella, les dijo cómo ella llegó a llorar por aquellas cosas que su esposo le pedía todos los días, no dejándola descansar, que estaban más allá de toda honestidad; narrándole codo con codo lo que Farinello les ofrecía, diciendo como dos cuartos de grano. Entonces Monna Vanna, al oír a esta señora, pensó en una sutil malicia con que se convertía en su persona lo que su marido debía hacer a Monna Collagia; y ella no era de las que en la actualidad se habrían cacareado, como cuando la gallina pone el huevo, haciendo oír a vecinos y extraños sus reproches y a sus maridos, sino que con un modo tranquilo y benigno recogió a Monna Collagia, diciendo :

- De nada; si quieres hacer lo que te digo, te quitaré este dolor; y el método es este, que como él os pida, así den órdenes de qué noche os vendrá, de lo cual me informaréis; y esa noche ve a escondidas a acostarte con algunos de tus vecinos, y me dejarás la casa; y tu diras

que traigas dos cuartas partes de un grano, y yo te daré uno, para que sean tres; y luego déjeme este asunto a mí para traficar.

La señora, al oír esto, y que sin perder la honradez había aumentado sus ganancias, pensando ya que Farinello tendría algo que le convenía, fue inmediatamente concedida; y saliendo, se encontró con Farinello que traía una carga para ser molido, y acercándose a ella, le dijo:

- Tengo ese grano pronto cuando quieras.

La mujer le dijo en voz baja que, dada la necesidad que tenía, era mejor que él hiciera su placer; y que él lo traería esa tarde y vendría a ella; y así se dio la firma.

Farinello, habiendo prometido qué buena pieza había estado buscando, considerando la molienda que había de hacer la noche siguiente, casi ese día no esperó a la molienda del molino, sino que ordenó dos cuartos de grano en dos costales, traerlos la noche siguiente a la casa de Donna Collagia; y pensó en un compañero de confianza que le ayudaría a cargar uno de los costales.

Y pensando así, pidió a un amigo suyo, molinero como él, que se llamaba Chiodio, que le ayudara a llevar su saco por las noches y que lo guardara en secreto. Esto era muy diferente y contrario a la costumbre de los molineros, sin embargo, quienes voluntariamente toman para sí mismos el grano o la harina cuando lo toman de otros, pero rara vez lo hacen para donarlo. Cuando Donna Collagia regresó a Monna Vanna el mismo día, le contó cómo había llegado a un acuerdo de que Farinello le traería el grano la noche siguiente e iría a acostarse con ella, y que ella iría a la casa de uno de sus vecinos, como él le había dicho, y ella hizo su gusto en la casa. Donna Vanna respondió:

- Bueno, lo hiciste; Iré allí esta noche para ordenar lo que quiero hacer, y ya no te molestarás más -; Y así se hizo.

Farinello tenía la costumbre de pasar gran parte de la noche en el molino, y si alguna vez se quedó allí toda la noche, fue esto, ya que se mudó del molino, y se quedó tanto tiempo en otro lugar que agotó toda la noche. . Sin embargo, Monna Vanna, su mujer, había ido a tomar posesión y lecho de Monna Collagia, y allí esperaba su Farinello a cambio del que tanto había codiciado.

Cuando Farinello, teniendo su fortuna en pie, le pareció tiempo de dar un paso a la yegua, de un lado con su saco de grano a la espalda, y del otro su amigo

su Clavo, se pusieron en camino, y cuando llegaron a la puerta de la mujer, la encontraron entreabierta; cuando lo tuvieron, entraron y descargaron las bolsas.
Lo descargaron cuando lo consiguieron, le dice Farinello a Chiodio:

- No te importe esperarme un rato; porque, si me esperas, también te beneficiará a ti.

Chiodio al escuchar esto, dice:

- Amigo mío, ve y quédate todo el tiempo que quieras, porque no me iré hasta que regreses.

Una vez que se va, Farinello se dirige hacia la habitación donde se le dio el puesto y donde lo esperaba Donna Vanna a cambio de Donna Collagia. Y habiendo llegado a la cama a la luz del sol, se acostó junto a ella sin hablar entre ellos, para no ser oídos, lanzando grandes suspiros, haciendo señas a la mujer mientras no hablaban, mostrando que los vecinos estaban a un lado; y esto hizo para que Farinello no la conociera. Y Farinello la satisfizo con esto, acercándose a ella, y aprovechando aquel pensamiento con que se había movido, pero no lo que creía; y por un pequeño espacio tomó el diezmo cuatro veces, y al último se levantó, diciendo:

- Voy a orinar, ya vuelvo.

Y hecho esto, fue hacia Chiodio que lo esperaba, y dijo:

- Hermano mío, ella me hizo muy duro antes de consentir mi voluntad: nos trajiste tanto grano como a mí; si quieres participar de este beneficio, o sea una maldición, puedes ir directo a la habitación, y allí, sin hablar, meterte en la cama del todo, y fingir ser yo, porque por más que yo, me sobra a esta noche

Chiodio al oír esto, no estaba sordo; pero él va rápidamente a la habitación, y deslizándose en la cama junto a la mujer en lugar de Farinello, satisface su deseo tres veces en poco tiempo; y habiéndose ido, volvió a Farinello que lo esperaba, y fueron al molino de donde habían salido.

Y la mujer, creyendo haberse acostado con Farinello, volvió a su casa temprano en la mañana; y Donna Collagia nuevamente por la mañana volvió a la casa de su vecina, donde encontró la cama muy bien hecha. Esperando a Donna Vanna en su casa donde la cosa debería salir bien, y aquí está Farinello que lo hace

había sido un caballero libre, y dile que se sintió mal en el molino toda la noche, y que va a voltear dos huevos sobre el fuego. La mujer dice:

- Elle quiere tener siete años.

Farinello dice:

- ¿Qué quiere decir esto? No quiero sino dos.

La mujer dice:

- Ellos también quieren tener siete.

Y esos dice:

- ¿Tienes el delirio?

La mujer responde:

- Estarás delirando.

Farinello estaba como desconcertado. La mujer dice:

- Traluna bene, ché tu hai bene di che; esta noche fuiste un caballero profesional, que te castigó siete veces; y sabéis muy bien dónde, pero no con quién creísteis, porque fui yo, y no Monna Collagia, donde enterrasteis siete veces anoche; por tal señal que, después de las cuatro primeras, te levantabas para ir a mear, y luego volvías y hacías el juego tres veces más; de modo que he obtenido de ti, siendo desconocido, lo que nunca supe de ti. Ahora me pides los huevos que te han hecho mal moler. Muy cierto dices, que has molido en mi carne; por lo cual estás muy triste, y que Dios te entristezca, porque crees que me tratan como a una sirvienta y estás donando el grano, y yo también he donado un saco, y he gastado mejor dinero con un saco que tú con dos Lo mismo sucedió con todos los demás villanos que ofenden a sus mujeres con vituperios; ya sus mujeres les sucedió como me sucedió a mí esta noche. Siempre que desees estos productos, siempre me encontrarás dispuesto a dártelos. Anda, pues, y muele en tu molino, y tendrás mucho que hacer; trata de vivir, que tienes mucha necesidad de ello, y no vayas enharinando viudas con la mala suerte que se te presente.

Farinello al oír tantas cosas, no supo qué decir, excepto que dijo:

- No sé lo que dices; excepto que dices para no darme huevos.

- Sí, tienes que meditar; - dice la mujer, - anda, empolla en tu molino, y saca tantos huevos como quieras, moliendo como lo hiciste anoche.

Farinello para mejor puso fin a las palabras, viendo que el aguato fue descubierto fuera de su aparador, y parecía haberlo hecho muy mal: el que no había molido donde creía; y la otra que Chiodio la había hecho moler en su propio molino, creyendo que se molía en otro. Y se fue al molino triste, soñando, sin haber comido huevos; y encontrando a Chiodio dijo que su señora parecía saber el complot de aquella noche, y que por Dios lo guardaba en secreto, porque si lo supieran los parientes de doña Collagia, ambos estarían en gran peligro. Y por eso nunca descubrió que se había acostado con Donna Vanna. Después, habiendo recobrado un poco Farinello el juicio, se reconcilió un poco con la mujer, diciendo:

- ¿Soy el primero que está enamorado, u olvidadizo? has sabido hacer, de modo que debes ser feliz con esto; y yo también quedé satisfecho, teniendo la opinión de que eras a ti a quien yo creía.

Este hecho me costó muy caro, porque puse la tolva más alta de lo que podía, y tú te ayudaste: me hiciste una que subía más de
colocar.

Y así sucedió que Farinello, para acallar los gritos de la mujer, se apaciguó con muchas palabras, y luego muchas veces consumaba el casamiento de los que hubieran dormido con más gusto; sin embargo, cuando estuvo sin moler, la señora inmediatamente reprochó a doña Collagia siete veces, lo que le dio más de siete veces siete en poco tiempo, y casi se vuelve loco. Y así llegó a su fin esta historia, que Monna Vanna fue pagada con obras, y Donna Collagia con grano, con la mitad más. Farinello compró esa mercancía que no quería y que no buscaba; y a Chiodio se le dio gratis la harina que pertenecía a Farinello, creyendo, mientras vivió, haberse acostado con doña Collagia.

Sin embargo, a los que tienen que ver con mujeres les sucede a menudo que en tales casos los hombres son atravesados por trucos similares; y de nuevo parece que el Amor les ofrece nuevos ingenios y trucos. Esta mujer Vanna con esta sutileza hizo un trabajo digno; porque, al querer su esposo carecer de trabajo en su posesión, encontró una manera de trabajarlo mejor de lo que había funcionado allí. es la tristeza del marido

No le bastaba que doña Collagia, si le hubiera dado su amor, le ganaría el mayor favor, por eso quiso reprocharle con su compañera, y se quedó reprochado. Y nunca he encontrado que el amor le hiciera a nadie un favor tan digno como aquí le dio a Farinello. Madonna Vanna, usándola bien, tuvo todo lo contrario, sin embargo que no merecía que Chiodio se acostara con ella; pero sin embargo siguió una cosa muy inusitada, que monna Vanna nunca supo que aquellas siete bóvedas pertenecían sólo a su marido; y Chiodio nunca supo que sus tres estaban con Donna Vanna.

NOVELA CCVII

A Buccio Malpanno d'Amelia se le hace creer, por un fraile menor cólico con una de sus damas y dejando allí sus calzones, que esos son los de San Francisco, y lo cree.

De otra manera y otro engaño fue este que se hace, mostrándose la luna en el pozo a un simple marido por un fraile menor. En la ciudad de Amelia ya había un hombre sencillo, llamado Buccio Malpanno, y tenía una mujer suya que tenía el nombre de Doña Caterina, de veinticinco años, muy hermosa y no menos cortés, y en especial a un joven hermano Antonio de dicha orden, por quien, como por su devoto, fue visitada a menudo; tanto, que tal vez, por ser su marido delgado y de poco ánimo, y una cosa y otra, el dicho fraile hizo más uso de sus bienes temporales que él.

Aconteció que teniendo Buccio una noche de guardia, como suele suceder en muchas tierras, dio aviso al dicho fraile de ir a acostarse con la dicha señora Caterina: y porque más que sus semejantes viene un poco de queso de cabra, tenía sacó las sucias sábanas y las cambió en sábanas finas y muy blancas. Y hecho todo, y llegando al cuarto de la mujer, acostándose, se quitó los calzones blancos y los puso al lado de su cama. De lo cual sucedió por casualidad que Buccio, necesitando estar en casa, tuvo la palabra del oficial de guardia; y llegando a la puerta, poniendo la llave en la cerradura, y girándola para abrirla, el fraile, al oír el picaporte, inmediatamente se levanta, como quien es muy diestro y desconfiado, y agarrando su túnica y otras ropas y, sin darse cuenta , dejándose los calzones, se arrojó por una ventana no muy alta de la calle, y se fue como pudo con Dios.

Buccio, habiendo llegado a la habitación, se fue a descansar a su sitio, que había estado recientemente en el cementerio; y durmió todo lo que él y la señora, que mucha necesidad tenían, tanto para velar a la guardia como para velar al culatario, hasta el día; abriendo la ventana, y viendo Buccio los calzones al lado de la cama, creyendo que eran suyos, los tomó para ponérselos; y miré el estuche, vi un par más; de lo cual en su propio pensamiento dice: “¿Qué significa esto? se bien que no

llevo dos pares de calzones”; y sabiendo que los que estaban junto a la cama no eran suyos, los metió en un baúl y puso los suyos.

E imaginando de un pensamiento a otro de quién podrían ser los calzones, que por su tamaño parecían de un gigante, le entró una melancolía que casi no le comía. Por otra parte, fray Antonio, pareciendo haber hecho mal en haber dejado los calzones o la trabacca, hizo saber en secreto a la mujer, recomendando los calzones que había dejado. La mujer, que nada sabía, al no encontrarlos, viendo a su marido tan melancólico, pensó muy bien que los había encontrado y guardado; y él se quedó con gran temor, como si ella no lo mostrara; por lo cual, no pudiendo cumplir con lo que su devoto quería, respondió que su marido la había encontrado y que no sabía dónde estaba, estaba tan dolorida, imaginando qué excusa no tenía que poder poner, y esperaba la mala suerte.

Habiendo oído esto el fraile, y para ella y para él parecía estar en mala situación. Y de esto se quejaron en secreto a un hermano de mucha confianza, Domenico, el cual, por ser muy sabio y experimentado, se le dio mucha fe, y aún tenía años; a lo cual el dicho fray Domenico dio mucha reprensión en palabras; y para remediar primero la infamia de la orden, y luego la del hermano Antonio, dijo al final:

- Ahora aquí, trataré de quitarle esta sospecha a Buccio -; y dijo a Fray Antonio: 'Vamos para que encontremos al dicho Buccio; Y déjame decirte.

Y así se pusieron en marcha, y fueron tan lejos que chocaron con el dicho Buccio; y acercándose a él, el hermano Domenico, saludándolo, lo tomó de la mano y, mirándolo a la cara, le dijo:

- Mi Buccio, tienes melancolía.

Buccio dijo:

- ¿O que? No tengo melancolía.

Y el hermano Domingo dijo:

- En verdad lo sé por revelación de San Francisco; y en verdad quise ir a tu casa por una reliquia que traía tu mujer en estos días. Y para que lo sepáis bien, tenemos una reliquia que tiene poder muy grande para hacer engendrar mujeres que no tienen hijos, y estas son las ropas de

pierna del Beato Messer Santo Francesco, que a menudo prestamos por este motivo; y llevándoles una mujer, que la había suplicado, a nuestra sacristía, cayendo allí vuestra mujer, y oyendo de su virtud y que era estéril, con la mayor bondad me los pidió para que San Francisco le diera la gracia de tener hijos, como 'ella deseaba; y yo, considerando el amor que os tengo, se las presté, y las ha guardado más de un día. Ahora bien, habiéndome preguntado por otras mujeres, ya que hay muchas que no tienen hijos, aún debemos servirlas y tal vez ser más generosos de lo que convendría; sí, te lo he aclarado, si tenía alguna sospecha. Y por eso ruego que no os importe que vayamos a por ellos con la debida reverencia, ya que son reliquias de pobreza y humildad.

Cuando el fraile hubo dicho estas palabras, Buccio dijo:

- Creo que eres el Ángel de Dios, que me has dicho todo lo que dudaba, y me has aclarado todas mis sospechas de que era el mal, donde está el bien supremo.

Y así partieron, yendo a la casa del dicho Buccio; donde llegaron, el fraile dijo:

- ¿Dónde está esta santa reliquia?

Y Buccio lo llevó a un cofre, donde había otros enseres domésticos, y dijo:

- Estos se dan -; la mujer estando constantemente presente.

Cuando el fraile ve cómo las ha guardado, saca un manto de seda y dice:

- Mi buccio, ¿estas cosas son para haberlas guardado así? has pecado mortalmente.

Y tomó las dichas reliquias, y poniéndolas en el manto de seda, comenzó a decir: y otros De profundis clamavi y , muchos salmos, para hacerles creer mejor la mentira; además hizo la confesión; y haciéndoles creer que había caído en excomunión, dándoles mucho mazo en los hombros, le recomunicó con muchas instrucciones, todas las cuales fueron en favor del apetito de fray Antonio, poniéndolo en ejecución como él complacido.

El villano de Buccio se quedó con esta credulidad, esperando todos los días que ella quedara embarazada; pero bien pudo esperarlo, que en todo tiempo de su vida su señora Caterina no tuvo hijos, pero hizo lo mejor que pudo con el hermano Antonio.

Y el hermano Domenico con el hermano Antonio trajeron consigo esa peculiar reliquia, que quizás usó con otras mujeres para tiempos futuros no menos de lo que había usado con doña Catalina.

¿Qué experiencia o qué arte podemos decir que fue este el que usó este hermano Domingo? el cual, teniendo más fe que ningún otro fraile de toda la orden, abandonó toda honradez para cubrir el defecto de su compañero, y también de su convento; y queriendo encubrir este adulterio deshonesto, empleó aun mayor deshonestidad contra el bienaventurado messer san Francisco bajo cuya orden vivía, ya quien tenía derecho tan venerable reliquia; que bien podía por lo menos habérselo otorgado a otro, qué malo era eso; pero mucho mejor que fray Antonio se hubiera quedado con castigo y con tal cintura ceñida, que se le mitigaba el desordenado calor; pero no se avergonzó de engañar, y de encontrar una mala falsedad, titulando a San Francisco, que entre todos los santos que hay no encuentro en ninguno mostrarse tan milagroso y divino poder como nuestro Señor mostró en él, para señalarlo con sus preciosas estimaciones sobre el santo Monte Vernia. Qué lugar, si estuviera entre los infieles, sería tenido en mucho mayor estima que estando tan cerca de él; sin embargo que en todo el mundo son dos lugares superlativamente notables; el primero entre los infieles es el Sepulcro, el segundo entre los cristianos es este.

Y este hipócrita, más pícaro que religioso, siendo su fraile, no se avergonzó en tan vituperosa obra de componer una falsedad, con tanta deshonestidad del bienaventurado Messer San Francesco, de quien era fraile: pero a la larga lo compró como se merecía; porque se volvió leproso en la forma que le convenía alejarse tanto de la orden como de la tierra. Y más años vivió con tan apestosa enfermedad, y luego murió como era digno. Y fue uno de los milagros que obra nuestro Señor, que este fraile hipócrita y vicioso, mostrando, con el manto de San Francisco, que era un hombre de vida santa, consintió en que se mostrara por fuera con la enfermedad de la lepra. , que estaba dentro de su cuerpo coverta, su defecto.

NOVELA CCVIII

Mauro pescador de Civitanuova, trayendo cangrejos marinos, los pone en una red sobre la cama, uno de ellos sale de noche, y se lleva a la mujer al lugar de la vergüenza, y Mauro, rescatando con los dientes, es tomado por el cangrejo por la boca; y lo que siguió.

Esta es la nueva noticia de esposa y esposo que siguió, y tal vez diferente de todas las que se escucharán. En la tierra de Civitanuova en la Marca cerca de la marina, ya era pescador de pequeñas capturas, pescando con anzuelos y sedal y con redes de menor estilo; era joven y tenía por nombre Mauro, teniendo una mujer joven llamada Perucia. Y un día, por casualidad, cuando este Mauro, habiendo ido a pescar, había cogido unos cangrejos de mar; que, por ser muy difíciles de sujetar, había puesto en una bolsa de red; y quien ya ha visto los dichos cangrejos puede considerar, viendo sus bocas, lo agradables que son cuando se apoderan de otros.

Volvió este Mauro con el dicho pescagione a la tarde, dispuesto tanto a comer como a beber, como uno se encuentra con los que usan ese arte, dijo a Peruccia:

- Búscame la forma de cenar -; y esta bolsa de pie descansaba sobre la cama; y luego, por un breve espacio de tiempo, estando preparados para la cena, el esposo y la esposa se acomodan para cenar; y cuando hubieron cenado, queriendo ir a descansar, se fueron a dormir, sin acordarse de mover dicha bolsa de caza.

Entonces, durmiendo, casi en su primer sueño, uno de estos cangrejos, como los que nunca encuentran un lugar, buscando huecos por donde salir, y aun así volver a entrar, salió por la boca de dicho morral, y entró entre una sábana y otra, acercando a la mujer hacia la parte donde está la boca desdentada, tal vez para esconderla; y la mujer sintiéndolo, como temerosa, tocándolo con la mano para sentir lo que era, y el cangrejo, por sentirse tocado, como ellos, encogiéndose, tomó dicha boca por el labio, y apretando, Peruccia se vio obligada a dibujar un gran problema. A cuyo ruido despertó su marido Mauro, diciendo:

- ¿Qué pasa con usted?

Y ella responde:

- Esposo mío, no sé qué orgullo me ha tomado este papel.

Y el marido inmediatamente se levanta y va hacia la luz y dice:

- ¿Dónde está, dónde está? - como cuando se siente atraído por el fuego.

La mujer con una raya baja la tapa y dice:

- ¡Por Dios! mira al que me injurió -; y con esto aún fuerte languideciendo.

Mauro al ver el cangrejo, como y donde la habia agarrado, dice:

- ¡Por Santa María dell'Oreno! que uno de esos cangrejos de mar que pesqué ayer por la noche se ha salido de la bolsa de caza que puedes acostar en la cama, y te tiene tan enredado -; y tratando con sus manos de tomar ahora un pie y ahora el otro, tiró del cangrejo para apartarlo de la mujer; y el cangrejo, como es su naturaleza, cuanto más se sentía tirado, más mordía, y más mordía, y con la otra boca procuraba agarrar las manos de quien tiraba de él; y la mujer, gritando, sintió un dolor ex

Así que el marido aconsejó probar otra enseñanza, y muy sencilla; y esto fue que, inclinando la cabeza hacia aquel lugar, advirtió con los dientes que cortara aquella pezuña que con tanta fuerza molestaba a la mujer; y como la boca se extendía, para tomar con los dientes la pinza del cangrejo, el cangrejo con la otra boca lo agarra por el labio, quien inmediatamente comienza a gritar, y la mujer grita y tira, y él grita y tira.

Los gritos de Mauro eran muy fuertes, pero resonaban en el tanque; y cuanto más tiraban, más picaba el cangrejo. A este ruido los de la casa exclamaron:

- ¿Cual es?

Y dibújalos vecinos; y entrando adentro, se acercaron a la cámara, la cual, estando cerrada por una puerta pequeña y débil, clavaron en el suelo, y entraron adentro; y cuando se les preguntó qué tenían, explicaron la razón, como Mauro lo dijo con mucha dificultad, como los que estaban atrapados por el labio de la boca. Por vergüenza, además del otro dolor, la mujer se subió el cobertor; sin embargo, el marido gritó que, además del dolor, se ahogaba bajo el cobertor. El más atrevido de la casa dijo:

- Seguramente veremos que es esto -; y destapan la tapa, y viendo a su mujer y marido llevados por un cangrejo marino en dos lugares distintos, se maravillan persignándose con la cruz; y Mauro se queja, y dice lo mejor que puede para ayudarlo.

Entre la brigada iba un hábil herrador, quien le dijo a uno de sus discípulos que fuera a su cuadra por las tenazas, quien inmediatamente fue y volvió con ellos, el herrador truncado y las bocas de cangrejo; de las que tenazas y Peruccia y Mauro tenían mucho miedo, sin la vergüenza, que no era menos. Y así, la vilipendiada esposa y esposo fueron liberados del cangrejo de mar por el herrador; que les dejó señales tan dolorosas que el marido anduvo más de un día con un poco de ungüento en el labio, y la mujer tal vez también se lo hizo, pero anduvo un buen rato con las piernas separadas. Y los hombres de la tierra tuvieron que reír y hablar más que esta noticia. Pero mejor aún, el herrador pidió que le pagaran, y Mauro lo contradijo, alegando que había que pagar por herrar, y no por golpear.
Y el herrador responde:

- ¡Como! ¿O no debo pagar cuando trato a un caballo alejándolo del peligro de muerte u otro accidente afortunado? o si un perro rabioso, como este cangrejo, se hubiera apoderado de un caballo y no quisiera soltarlo, y yo lo soltara y lo curara, ¿no se me pagaría? - y de muchas otras buenas razones dijo tanto que les dio veinte sous, como si hubiera herrado un caballo.

Así les sucede a menudo a los hombres que son descuidados, o más bien, se podría decir, olvidadizos; porque, viniendo del mar con los cangrejos, los puso en la cama, y lo que les sucedió fue que les fue bien; ya que había tomado el cangrejo, y el cangrejo se vengó, llevándose a él y a su mujer de tal manera que cuando el herrador quitó el cangrejo se pudo decir, como dijo Dante: "La boca se levantó de la comida feroz, etc. .”. Y así, en esta vida, los hombres a menudo se
ven envueltos en diferentes casos, y hay tantos que ningún hombre podría jamás imaginarl
Y por eso nadie debe confiar en la suerte ya que muchas veces la picadura de
una pequeña araña ha matado a un hombre muy fuerte.

NOVELA CCIX

Según Candeghi, la sopa de' Cerchi, que es debida y segura, la toman los mensajeros, quienes la capturan con una anguila colocada en una fuente.

Pero, ¿qué diremos de la historia que sigue, que demostrará cómo un caballero florentino fue atrapado por la cuerda con una anguila? Soup de' Cerchi era un hombre gordo con poca vista, y era muy codicioso, y siempre parecía estar endeudado. Tenía su propio local en Candegghi, donde más vivían, y allí se quedaba en su casa, y casi nunca salía por miedo a que no lo atraparan. De lo cual aconteció que, teniendo uno de ellos que tener de sí una buena cantidad de dinero, y teniendo mucha necesidad de él, y no pudiendo ver ni la manera ni la manera en que se podía pagar, halló un día dos mensajeros de nuestra ciudad, uno de los cuales tenía por nombre Mazzone y el otro Messuccio les dijeron si veían alguna manera de conseguir a este deudor suyo, y que le dieran el precio como quisiesen. Entonces se apartaron y pensaron cómo podrían hacerlo; y le dijeron al acreedor que les dio su corazón sí, pero que querían diez florines.

A él le parecieron mil años, y dijo que era feliz. Hecho el pacto y considerando lo que tenían que hacer, fueron a buscar a los pescadores tanto que tenían una anguila viva que pesaba como dos libras, y con esto en un cántaro de agua se fueron hacia la Badia a Candegghi; porque sabían que el dicho Sopa estaba bebiendo agua de un manantial no muy lejos de su lugar, y que su criada iba a ella por el agua para él. Así que fueron a dicha fuente, y pusieron esa anguila adentro. Una vez que lo habían puesto allí, se deslizaron en secreto a esconderse, para ser rápidos en lo que luego se les hizo. Cuando llegó la hora después de la cena, la doncella fue al agua tal vez para lavar los cuencos, mirando hacia la fuente, vio esta anguila, y tratando con todas sus fuerzas de atraparla, estuvo allí media hora; y finalmente, habiéndola abandonado, se vuelve a casa con la mitad de agua; donde, a Minestra le parece que había sido demasiado, dice:

- El diablo te lleva allí; que has hecho tanto

Ella responde:

- No gritéis, que creí que traíais una hermosa anguila que está en la fuente, que es tan grande como el asta de aquella lanza; y varias veces creyendo que se habia agarrado, volaba de mi mano, y ya sabes como se resbalan.

sopa dijo:

- Tonto que eres, ella será una serpiente; ¿De dónde saldría la anguila?

La chica dice:

- ¡Que sea con un buen año, si no distingo la vaina de los paternosters! Te digo que es una anguila.

Sopa, al escuchar esto, ya comenzando a comerla, dijo:

- Por supuesto, si me llevaran, no dejaría de irme.

Y tomando un bucinetto que tenía en la casa para sacar gorriones de los agujeros, fue al dicho manantial y llevó consigo a la muchacha, porque no habría visto el búfalo en la nieve, y menos la anguila en el manantial. Y diciendo a la niña:

- ¿Verás?

Ella dice que sí; y él le dice cómo debe usar ese agujero.

La criada, obediente, en poco tiempo la hizo subir al bucine; y la sopa así en la red la llevó en su mano diciendo: - ¡Padella!

Y caminando con ella hacia la casa, y he aquí que Mazzone y su compañero salen del aguato, y alcanza y toma la sopa, diciendo:

- No lo comerás sin mí.

Sopa, conociéndolo por la voz, como pocas veces lo ve con los ojos, dice:

- Oye, Mazzone, ¿qué significa esto?

Mazzon dice:

- Deberías venir con nosotros -; porque todavía quedaban cuatro berroviere.

Sopa comenzó a gritar:

- Accurr'man, que me han traicionado.

Los mensajeros dicen a la familia:

- Llévalo a Florencia.

Y les quité la anguila; rogándoles la sopa tanto como pude para que la dejen y no la quieran deshacer. Fueron palabras, que lo llevaron preso en Florencia, y lo entregaron a Bolonia, y fue al acreedor para decirle que la captura estaba hecha; quien alegremente abrazó y besó a Mazzone, diciendo y preguntando cómo se lo habían llevado. Ellos le dijeron. De lo cual, en el método, se maravilló aún más; y luego los llevó a donde tomó diez florines y pagos, y fue a recomendarlo para su deuda. Y la Sopa, por temor a no quedar tambaleándose allí por otro, enseguida encontró la manera de pagar; y así la anguila le costó muy cara.

Ni más ni menos hicieron estos mensajeros como hace el diablo, que siempre es advertido de pescar y lazar con señuelos nuevos, y con señuelos nuevos, y con trampas nuevas para atrapar almas: y a cuántos ya ha cogido en el vicio de la gula , y con anguilas y con lampreas, y con otros alimentos! Este Nozzino Raúgi de nuestro florentino, que quedó muy rico de su padre, se llevó bien con él, y en su garganta consumió lo que tenía, y envolvió la lamprea alrededor del capón, y los asó juntos, dándole el nombre de atado baccalare: pero al final fue bien atado con tanta miseria que murio miserablemente. Y podría contar muchos otros que han caído en la miseria y la ruina por este vicio.

Y fíjate en los padres y madres que crían a sus hijos, para que no los críen en este vicio; porque este es aquel vicio que por el primer pecado nos llevó a la muerte, y hace que otros incurran en muchos pecados terribles y la ruptura de familias; porque de la gula viene la lujuria, la prodigalidad, el juego y muchos males; y finalmente, cuando faltan los bienes, que no tienen con qué suplir el apetito, se hace todo lo malo para conseguir dinero. Si quisiera describir cuántos y cuáles, no sé si están incluidos en este libro. Y como el diablo seduce a la glotonería, así a la lujuria y a la concupiscencia carnal, así a la avaricia con el dinero y con las riquezas y los estados y los bienes terrenales; y cuando los alcanza en la fuente, así como Mazzone llegó a la Sopa, los toma de los berrovieri, es decir, de los demonios, que los conducen a la Bolonia, en el centro del abismo; y entonces se paga al que debe, y al deudor se le da lo que merece.

NOVELA CCX

Ciertos jóvenes florentinos, cazando codornices, yendo al Pantano, el lugar de Conradino Gianfigliazzi, para cenar bien con las codornices que cazaban, se encontraron más allí que Malalbergo.

No sé quién se puso peor, si este caldo, dicho arriba, por querer comer la anguila que habían pescado, o ciertos mozos, por querer comer las codornices que habían pescado. Como es costumbre, en el mes de septiembre, los que crían gavilanes se amontonan y buscan distintos planos para ir a cazar codornices; y así, no hace muchos años, ciertos jóvenes florentinos de buenas familias formaron una brigada, e hicieron birdie durante un día entero entre Prato y Pistoia: y habiendo hecho un buen trato, decidieron ir por la noche a cenar y al hotel. a un lugar llamado el Pantano, donde un señor de' Gianfigliazzi, llamado Conradino. Y así partieron de acuerdo; llegando allí, porque el lugar estaba hundido alrededor, y la zanja estaba atravesada por un tablón de haya muy angosto, comenzaron a llamar a Conradino, el cual habiéndose pasado al otro lado por la orilla de la zanja, dijo:

- De nada; bájate y sube al tablón, y pon los caballos a nadar por la zanja, de otra manera no pueden ir.

Al oír esto, uno mira al otro; y al final, siendo obligados a jugar, desmontan y dan los caballos a su infantería, y dicen:

- Párate junto al agua y pasa de largo.

La infantería lo extraña a regañadientes; y pasaron por encima de la tabla, que por debilidad se doblaba de modo que siempre parecía como si estuviera a punto de romperse. Aunque los del puente y los del vado pasaban con mucha dificultad, la reunión fue muy grande, como es costumbre de los señores; finalmente diciendo:

- Te quedarás como puedas; ahora, pon los caballos aquí -; y los instaló en una casita que estaba medio cubierta de paja y la otra mitad no, y dijo: - Arréglalos aquí -; donde por la estrechez llegaban tan cerca uno del otro que bien podían morderse, pero no atraerse el uno al otro; el techo que estaba arriba no era tan ancho que los caballos no estuvieran suspendidos en el aire de la mitad hacia abajo.

El señor de la casa dice a los soldados de infantería:

- Darles de beber, si no han bebido.

Los bribones responden:

- Tiene mucho agua aúto.

Los muchachos codornices cuidaban a sus animales, como es costumbre, y cuanto más trabajaban, más descontrolados los veían.
Lo superaron lo mejor que pudieron; y fueron a buscar las codornices y pelarlas, para poner en orden la cena; y acercándose al fuego para asarlos, dijeron que vendría algo de leña. Allí trajeron ensayos, diciendo:

- Apenas quemamos otras maderas.

De hecho, había que asarlos con azafrán, pero como era tarde y como queríamos ir a buscar la manera de conseguirlos, mejor cruzar el Rubicón a oscuras. Cuando las codornices estuvieron cocidas, o más bien ahumadas, las colocaron en un descaccio que sin embargo parecía estar de suerte, y en un banco que estaba peor.

- ¿Tienes un poco de vino? - dice uno de ellos.

Dice el señor a uno de la casa:

- Ve, haz un poco de vino.

Y él va y presiona racimos de uvas en una jarra con sus manos. Los observadores de aves dicen:

- ¿O quién hace eso?

El señor dice:

- No puedo estar feliz de otra manera en este tiempo, ya que hace meses que me falta el vino añejo.

Quién frunce los labios y quién los hombros: les tocó beber; sin agua, que era natural según el nombre del lugar; el pan parecía mazzero y galleta, como si estuvieran en una galera: estaban de suerte. Y sentándose un poco a la mesa fueron a ver los caballos, que parecían estar contando fábulas, y miraban a sus señores no menos que a ellos los miraban sus señores.

Para resumir, fue tan malo como se puede decir. Estos cazadores pensaban pasar sus dolores durmiendo tan pronto como pudieran; y mandado a un cuarto, o más bien a una celda excavada, o guardería, es decir, bajaban cuatro escalones, y en el último había una tabla que hacía de puente del escalon al banco de la cama; sin embargo, que en dicha cámara el agua tenía media vara de altura. La brigada cruzó dicho puente, feliz como todos deben creer; y queriendo ir al guardarropa, tuvieron que subir tres escalones de tres piedras de puntillas, para no tocar el agua; luego entraron, estaban los cuatro, en una camita que tenía una mala coltriceta, que parecía llena de bolas y de púas de puercoespín, con un cobertor todo estampado, y con todo lo demás para hacer penitencia. Y Conradino parte de ellos, diciendo:

- Haz penitencia, soy un pobre caballero, y soy como los caballeros; Disfruta y ten un buen rato.

Y así partimos, y la brigada quedó en el puchero. Dice el uno:

- ¿Decirle que disfrutamos? si fuéramos ranas, anguilas o cangrejos, podríamos hacerlo.

El otro dice:

- Estábamos muy malhumorados para venir allí, que estamos muertos para la grava, que vino allí.

Dice otro:

- Es el tipo que quiere ahorrarse la cuenta del hotel; era mucho mejor ir al hotel en el Ponte Agliana, como dije.

El cuarto dice:

- Bueno, nuestros ahorros son buenos; y esta venida aún podría costarnos tan caro y triste para nosotros que nunca hemos estado allí; nos enteraremos por los médicos y los jarabes y los chupones, que saben lo que cuestan, y ni siquiera sé si tenemos camperemo.

Y así toda la noche apenas durmieron, pues les parecía que pasarían mil años antes de que pudieran deshacerse de él. Tenían una ventaja, que se mearon en la habitación toda la noche, y no apareció. Cuando llegó el día, con el canto de los golpes y las ranas, se levantaron y

salieron del lote, luego ensillaron los caballos y llamaron a los perros, y tomando en sus brazos a los gavilanes, dijeron:

- Curradino, fàtti con Dio.

Curradino disse:

- Te espero para cenar.

Ellos contestan:

- Si llegamos, te darás cuenta -; y cruzaron el puente, y los caballos nadaron la zanja; y montados a caballo, como si el diablo les trajera algo, desaparecieron a dilungarsi del pantano.

Y dijeron juntos:

- Si no hubiéramos dejado nuestros ojos, creyendo que los habíamos recuperado, que volveríamos -; y muchas veces volvían atrás, ya sea para ver si se habían alejado del pantano, o por temor a que no los siguiera; y nunca se quedaron hasta que regresaron a Florencia; afirmando todos, no que volver jamás al Pantano, sino quedarse un año que no dejarían la puerta al Prato.

Y llenaron Florencia con la bondad que habían encontrado, que era aún más nueva de lo que he escrito.

La bondad romitana ha tomado hoy gran forma, empero, que los que se llaman hidalgos vivan con gran abstinencia, salvo que cuando se dan de prisa, y son de cualquier vida, sea viciosa o villana, se dice: "Y ellos son tales, que son una familia muy amable”; y parece que a este título les conviene usar cualquier vida más sucia, o no se les entiende que ya no tenían lo que tenían. Y así el verso de Dante se usa al revés: “Es bondad donde hay virtud, etc.”.

NOVELA 211

El bufón Gonnella vende excrementos de perro por hieles de muy gran virtud en la feria de Salerno, y especialmente para adivinar; y cómo, habiendo recibido un gran precio por ello, queda libre.

Todavía no me parece que algunas personas tuvieran muchas ganas de probar un plato que compraron a alguien que se lo vendió, como si no tuvieran que cocinarlo con harina de maíz. El bufón de Gonnella, que no tenía igual en hacer cosas nuevas, como todavía se narra en ciertas historias a continuación, a menudo dando la vuelta al mundo a los lugares más extraños que podía, una vez llegó a Puglia en la feria de Salerno. Y viendo muchos mozos que tenían las bolsas llenas para comprar mercaderías, se vistió con una vestidura que parecía de médico que había venido de ultramar; y habiendo encontrado una caja baja y ancha, y una servilleta muy blanca puesta dentro, y extendida, puso sobre ella casi treinta bolitas de excremento de perro; y con esto destapado en su mano, y con una de las puntas de la servilleta sobre su hombro, llegó a la dicha feria, y poniéndose aparte sobre una mesa, teniendo a su lado un criado, puso la dicha mercadería; y comenzando a hablar casi una jerga con lo familiar, como si viniera de Torissi, tuvo a varias personas atraídas hacia él. algunos preguntaron

- Maestro, ¿qué mercancía es esta?

Y esos dijeron:

- Ve con Dios; no te pertenece, es algo de demasiado valor, y no está hecho para quien no tiene para gastar.

Y a quién decía de una forma y a quién de otra, sólo para agudizar el apetito de los que estaban alrededor: tanto que ciertos jóvenes, llevándolo aparte, les decían:

- Maestro, queremos pedirle que nos diga qué balas son esas.

Y esos dice:

"Ustedes parecen hombres a decir verdad, y no parecen ladrones", y hablando casi entre alemán y latín, dijo:

sería más caro que todo lo que hay en esta feria; y si me viste cuando llegué allí, lo traje yo mismo, y no se lo confié a mi familiar.

Ellos también preguntan. Dijo que aquellas balas tenían tanto poder que quien comía una sola sabía adivinar inmediatamente: y que con gran dolor había obtenido esta receta del rey de Sara, que gobierna sobre treinta y dos reinos de infieles; y porque solía comer muchas veces, había venido tan gran señor.

Los jóvenes dijeron:

- ¿Cuánto costaría uno?

Gonnella respondió:

- No se puede costar nada que no sea un gran mercado; sin embargo, sabes que el proverbio dice: "Hazme adivino y hazme rico"; y yo era pobre, y por haberlos usado estoy tan bien que soy rico, y de nada me falta; pero como sois caballeros, os devuelvo cinco florines de uno.

Ellino dijeron, por amor y por gracia querían cuatro, y que les diera doce florines. Gonnella, al escuchar la oferta, se regocijó por dentro y se mostró fuera de las cien millas, diciendo:

- No se los daría a otros por tres cotants.

Al final cayó un pacto de quince florines; y él dijo:

- Haz una cosa; le dirás a la mesa que me diste cinco florines de uno -; y así dijeron que hiciera.

Gonnella que pensó, como maliciosa, al final, les dice, porque la feria duró todo el jueves siguiente:

- Te es mejor tomarlos en ayunas los viernes entre el tercero y el noveno, ya que es ese día y esa hora que nuestro Señor tuvo la pasión; de lo contrario, no habrías hecho nada.

Dicen que sí; y que ella era algo fácil de hacer. Y tomó quince florines y les dio cuatro balas. Los demás alrededor, viendo a la gente traficando y escuchando la fama que ya existía, que quien se comió uno de ellos inmediatamente adivinó, concurrieron a comprarlo al mejor precio que pudieron, todos con la receta de Gonnella para tomarlos los viernes de ayuno, y luego 'tiempo' dicho; tanto es así que los treinta vendieron unos ciento veinte florines.

Habiendo hecho esto Gonnella, el viernes temprano, con su sirviente y su maleta, monta a caballo; sin decirle al posadero que quería irse, se puso en camino.
Cuando llegó el momento que los compradores deseaban, es decir, comerse las balas para adivinar, dos de aquellos jóvenes primeros compradores, deseosos de ser adivinos, mordían cada uno a grandes bocados, e inmediatamente uno escupe. :

- ¡Pobre de mí! que son excrementos de perro, - y el otro hace lo mismo; e inmediatamente van al hotel y preguntan por el médico que vende las balas.

El posadero dice:

- Debe haber recorrido seis millas, tanto que se fue.

- ¿Y donde?

Respondió que no sabía, pero siguió así. Los jóvenes estaban bien de pie, comienzan a caminar a pie, y van tan rápido que alcanzaron... que iba a caballo a punto de salir del hotel. Cuando se acercan a él, le dicen:

- Maestro, nos vendió muy caros excrementos de perro; como los teníamos en la boca, los escupíamos.

Gonnella dijo:

- ¿Qué te dije?

- Dijiste que lo adivinaríamos de inmediato.

Gonnella respondió:

- Y así lo adivinaste -; y estando bien a horcajadas, le da espuelas a él y a su criado, y se van con Dios.

Los jóvenes, casi humillados, y viendo que no podían seguirles, se volvieron muy tristes, diciendo:

- Tenemos uno propio; es aún peor la broma que el daño.

Y cuando llegaron a Salerno, hallaron a otros que habían comprado aquella mercadería; quién se había puesto a mirar para un lado y quién para otro, y quién estaba como desmemoriado, y cada uno estaba afligido y humillado por tan fea burla. Algunos otros, al oír la noticia, comenzaron a cantar:

- El que quiera adivinar, que se le cague un perro en la boca.

Y así los compradores fueron humillados por un buen tiempo: y Gonnella emprendió su viaje a Nápoles, donde, con nueva malicia, sacó más dinero que esto, como se explicará en la siguiente historia.

Estoy seguro de que Gonnella dijo más tarde que había ganado; y más bien podría decirse robado, y con el mayor engaño y traición; cosas en las que nadie más estuvo nunca con tan sutil y agudo ingenio. Y me parece una gran sorpresa que en su día no encontró a nadie que le pagara la luz y los dados, como se merecía, ya que las suyas eran cosas de risa que él no tenía que hacer.

NOVELA 222

De una gran experiencia que hizo hacia Nápoles el bufón Gonnella en tiempo del rey Ruberto, sacando de un abad muy rico y muy tacaño lo que nunca había podido sacar de nadie; y por esto recibió muy grandes regalos tanto del rey como de sus barones.

Una vez que Gonnella llegó a Nápoles, fue a presentar sus respetos al rey Ruberto; y allí, siendo conocidos tanto por el rey como por sus barones, resolvieron por completo no darle ninguna propiedad o regalo si no encontraba la manera de hacerse donar a un abad.

muy rico y muy tacaño de napoli nada; teniendo en cuenta que nadie podría obtener jamás de dicho abad un vaso de agua. Gonnella, al enterarse del rey y los barones, para probarse a sí mismo, no estaba, sin embargo, muy insatisfecho. Y sabiendo dónde estaba este abad, inmediatamente pensando en el método, se vistió muy pobremente como un peregrino. Y dejando al rey y a los barones, dijo:

- Santa corona, ya que así me mandas con tu baronía, voy a donde te place, y me voy a emprender mis aventuras.

Y se pone en camino, y va hacia la Badía; y llegando a la puerta, preguntó al abad, diciendo que tenía mucha necesidad de hablar con ellos. El portero se dirigió al abad y le dijo:

- Ha llamado a la puerta un peregrino que dice que realmente necesita hablar contigo.

El abad, al oír esto, dice:

- Debe ser algún sinvergüenza que quiere limosna -; y se mueve, y entra en la iglesia, y dice: - Dile que venga a mí.

Dicho esto, el peregrino se acercó a él en la iglesia y arrodillándose le rogó que lo confesara. El abad respondió que les daría uno de sus monjes para que lo confesara. El peregrino dice:

- Santo Padre, le pido misericordia que me confiese, porque tengo un pecado tan grande que no lo diría, excepto a una persona de mayor dignidad que un monje; y por lo tanto compláceme con esto; y te lo ruego por el amor de Dios.

El abad, al oír a este hombre, sintió ganas de concederle sus oraciones para saber qué pecado era tan grande; y dijo que esperara un poco, de modo que se fue a su cuarto: y así esperó. Y estando un rato, el abad se viste con un hermoso manto morado, con unos cordones de seda por delante y unos monjes por detrás; y acercándose a una silla en el coro, llamó a la peregrina, que en seguida fue pronto; y arrodillándose a los pies del abad, comenzó su confesión; y se basó en el pecado que tenía tan grande que casi no se atrevía a decirlo, y no creía que Dios jamás tendría misericordia de él.

El abad, como ellos lo hacen, lo consoló diciendo que seguramente. Aliora la peregrina dice:

- Messer l'Abbot, tengo una naturaleza o condición tan perversa que muchas veces me convierto en lobo, con una rabia tan grande que devoro a cualquiera que esté delante de mí, y no sé de qué ni de dónde viene; y para que el hombre esté armado, así lo devoro como si estuviera desnudo; y una y otra vez me ha pasado este caso, y como estoy a punto de convertirme en lobo, empiezo a bostezar y a temblar fuertemente.

El abad, al oír a este hombre, empezó a cambiarlo todo, teniendo mucho miedo. Gonnella, que tenía los ojos de Argos, al ver esto, comienza a temblar y bostezar ruidosamente, diciendo:

- ¡Ay, ay! que empiezo a convertirme en lobo! - y abriendo la boca hacia el abad.

Al abad no le pareció una broma; se puso de pie y huyó hacia la sacristía. El peregrino, como astuto, había agarrado la capa, y no soltándola, al entrar por la puerta de la sacristía, el abad, desatando el cordón, dejó la capa fuera, y se encerró dentro de la puerta. Los otros monjes habían huido por miedo, unos aquí y otros allá. El peregrino, habiéndose puesto su capa, se adentra lo más lejos que puede en la Corte del Rey, donde había dejado sus ropas; y quitándose sus ropas de peregrino, se vistió con las que más usaba, y fue a la presencia del rey y de sus barones, y contó creyendo lo que había hecho, y lo que siguió.

El rey y los barones se maravillaron con grandes carcajadas de la industria y sagacidad de Gonnella; y el rey y todos los barones les dieron mucho, de modo que compró mucho más con la capa del abad que con los excrementos de perro vendidos en Salerno. Y habiendo tratado su negocio en Nápoles, partió y siguió su viaje. El abad, todo atónito con sus monjes, creyó a ciencia cierta que era enemigo de

Dios que en forma de peregrino había venido a morder su avaricia; y compartió esta historia con algunos, para que llegara a oídos del rey. Mandó llamarlo y le preguntó si era verdad lo que había oído. El abad dijo que sí, y que realmente creía que era el diablo, y finalmente sopló y suspiró desde su capa. El rey y los barones que sabían esto, al oír al abad, se divirtieron doblemente; y en fin creo que el abad lo sabía, aunque nunca demostró que lo supiera para no arrogarse los desprecios y burlas de la injuria.

Mucho debe ser caro a la mayoría de los lectores, cuando se burlan de los hombres tan avariciosos y especialmente de los clérigos, en los que reina todo vicio de codicia, teniendo siempre ánimos para eso de decir mentiras, de hacer cebos, de poner trampas, de vender a Dios. y cosas sagradas. el propio Sallo Elli, que les concedió quiénes son o de quién son los más que gobiernan sus templos; porque sería menos malo que se arruinaran que que se hicieran albergues de gente tan viciosa.

NOVELLA CCXIII

Cecco degli Ardalaffi, queriendo lanzar un asta de lanza hacia el enemigo, dejándose guiar por Giannino su familiar quien, pasándolos por delante, le pone el dicho Cecco, creyendo que está poniendo al enemigo.

El trazo que quería dar Cecco degli Ardalaffi no era tan claro como los trazos de Gonnella. Cuando el duque de Anjou pasó cerca de Forlí con una gran brigada de caballeros, cuando iba a Apulia contra el rey Carlos de la Paz, y venían hacia la tierra algunas floridas gentes, llamó el dicho Cecco a uno de sus criados, que tenía por nombre Giannino, y le dijo que preparara un gran caballo suyo con sus armas y cierta compañía de soldados. Y hecho esto, se armó noblemente, y montó a caballo con su compañía, con Giannino a su lado en la brida, y algunos con lanzas sueltas, se dirigió hacia la puerta del lado de Cesena, y saliendo de allí, porque tenia mucho que ver corto, llamo a Giannino y le dijo:

-Ponme el bacinete en la cabeza, y él me dará la mejor lanza en el muslo, y guíame y acércate lo más que puedas, donde está la brigada que tú sabes.

Giannino conduce el caballo, como él dice, y todos los demás vadeadores. Mientras se acercaban a un tiro de ballesta, dice Giannino:

- Mi señor, toma la lanza, porque los enemigos te están enfrentando.

Y habiéndose tragado la lanza, Giannino agarrando el caballo por las riendas, dando espuelas a un jaco en el que estaba, y Cecco siguiéndolo, estando casi a mitad de camino, habiendo dejado a Giannino el caballo, y Cecco con la lanza baja corriendo rápido, creyendo que uno de esos caballeros estaba siendo colocado, Giannino fue colocado en el culo. Lo cual Cecco, creyendo haber asestado un buen golpe a algún hombre digno, se puso a gritar:

- Oh Giannino, ve a esa prisión.

Giannino, al otro lado, sintiéndose desvalido, comienza a lamentarse en voz alta y a decir:

- ¡Oh mi! Cecco, me mataste.

ceco dice:

- Te digo, ve a esa prisión, que te nacerá la vermocaña.

Entonces Giannino llora aún más en voz alta, diciendo:

- Te digo que me metiste el culo en la silla.

Cecco, como inflamado de alegría, dijo también:

- Ir a prisión.

Y Giannino finalmente arroja la lanza, que había entrado entre piel y piel, y viene hacia Cecco, y dice:

- Aquí está tu prisión.

Cecco vuelve a decir:

- ¿Dónde?

Giannino se desespera y dice:

- ¿Hablas griego, o es tan oscuro? Os digo que vuestra prisión en la que tan bien habéis puesto soy yo; y si no fuera por mala opinión, te dejaría tocarlo con mi mano; pero, como el tiro es en el culo, no quiero.

Cecco vuelve a decir que esto no pudo ser, sin embargo que le parece que se lo dio a alguien que tenía armadura dorada.

Giannino dice:

- Quizás mi trasero estaba adornado con luciérnagas; No pensé que estuvieras tan ferozmente contra él; y que si la lanza hubiera llegado así al medio, como venía del costado, yo nunca más sería Giannino.

ceco dice:

- Por Dios, se me hace raro que esto pueda ser, yo creía que ustedes calefs.

Giannino dice:

- No tengo que hablar de eso, porque me parece desde hace mil años que sé por algún médico si el golpe es mortal o no, para poder fijarlo en mi alma.

Entonces Cecco dijo:

- Si me guiaste de tal manera que siguió lo que dices, tú mismo te hiciste daño: te dije que hicieras pasar mi lanza por tu culo, que en cuanto me parece que debe poder ser?

Giannino dice:

- Veo que todavía no crees, pero les aseguraré a todos.

Y delante de toda la compañía, levanta las vestiduras y muestra el anillo de bodas y la silla donde está fijada la lanza, y dice:

- Ah, mira, ¿te parece esto el tiro de Calaves?

Aclarado de esta manera, Cecco comenzó a retorcerse, diciendo:

- Vamos, Giannino, volvemos a Forlí y haré que te atienda nuestro médico; pero a él y a cualquier otro le dirás que uno de los que estaban allí, corriendo hacia ti, te arrojó su lanza.

Y así lo prometió, y lo hizo curar; porque en verdad poco daño tuvo, ya que la lanza entre piel y piel lo había clavado en la silla; y cuando estuvo curado, no quiso volver a adiestrarlo nunca más, porque Cecco era buena lanza, pero la mala vista le hizo extraviarse, y hubiera podido ponerla de nuevo en lugar que lo hubiera desanimado todo. los días de su vida.

No es cosa muy extraña, cuando el ver tiene algún impedimento, errar de una u otra forma; porque la fragilidad de nuestros sentidos, estando todavía sin defecto, los hace errar muchas veces. ¿Y no es evidente que el que ve más claramente creerá muchas veces que ve una cosa y ve otra? Otro creerá que oye una voz en un golpe, o un sonido, y será otro. Otro con el sentido del olfato creerá que siente un olor o un hedor, y ese será otro. Otra creerá tocando una cosa, y hará otra; y otro creerá que conoce un sabor por el gusto, creyendo que es de una fruta o de una especia, y que viene de otro. Y lo mismo ocurre con los sentidos intelectuales. De modo que el de Cecco, teniendo un defecto en los ojos, era un defecto de la naturaleza; aún habiendo sido muy claro, dicho caso podría intervenir. Y por lo tanto nadie, señor, o quienquiera que sea, puede ser confiado en sus poderes; porque todos los días sucede que el hombre creerá que sacará en un lugar, y sacará en otro, así como el buey, que muchas veces piensa que va a pastar, y va a arar.

NOVELA CCXIV

Un caballero en el campo de Florencia va a robar un cerdo y se lo pone a una yegua; la yegua es destruida, y el cerdo se pone pute por un poco de tiempo; y otro que era ensalada casera hace lo mismo; y así sigue siendo triste y doloroso.

Mucha mayor vergüenza y más daño fue la historia que siguió, empero, no hace mucho que apareció en Montelupo, condado de Florencia, un hidalgo, cuyo nombre guardaré silencio por honradez, respecto de sus consortes. Tenía la costumbre, siempre que podía, de hacer suyo lo ajeno. Sucedió por casualidad que le había echado el ojo a un puerco de inmensa gordura, que pertenecía a un escribano del dicho pueblo; y habiendo discutido con dos campesinos, que muchas veces lo acompañaban a hacer su comercio, pudieron haber querido robarle dicho puerco; y una noche, habiéndose subido el señor a una de sus sillitas, partió con dichos campesinos a hacer el negocio; y habiendo llegado con el cebo y con argumentos de por qué la cosa anduvo tranquila, el acarreo de la pocilga, y partieron con dicho puerco, que por su gordura andaba muy mal. Y se demoró un poco, llegando a una madriguera, y el cerdo, incapaz de hacer un comienzo empinado, no sabía qué hacer; y no querían arrastrarlo, porque eso hubiera hecho ruido; por lo cual resolvieron matarlo, y ponerlo sobre el jaco, y envolviéndolos en el grogno con tanta ropa como tenían, para que no se oyeran sus chillidos, lo mataron; y luego con gran dolor y gran trabajo, consumiendo una gran hora de la noche, lo puse en el jaco; y con mucha dificultad, andando con la yegua, que dañó mucho aquella carga, llegaron a la mansión del señor; allí donde llegó el jamelgo cansado, y al final dañado, que nunca más fue para ser tomado en cuenta. Y el caballero todavía estaba casi cansado; pero debido a que el material necesitaba transporte, razonaron cómo se debía ensaldar el cerdo; y como no había sal en ninguna de sus casas, dijo el señor:

- Salé un cerdo hace como ocho días, y le eché tanta sal que creo que le tomó la sal que se merece: barremos el sobrante y le echamos a este, y creo que será suficiente.

Tomaron dicho partido; y dos campesinos quemaron y guisaron el puerco, y mientras tanto el señor se fue a dormir. Y levantándose un poco antes, desmenuzaron la carne y la pusieron en la sal con los restos del otro puerco.

Y así continuaron las cosas algunos días, malcriándose la yegua, llegando a desenterrar los dos chanchos de sal, no que viniera dulce, pero uno no podía quedarse en aquella casa maloliente, de modo que a la fuerza la carne o bajo tierra o tirar a la basura. Mientras tanto, llegó la noticia al notario de que su cerdo había sido ensartado y de quién; después de lo cual pensó, como sucede con mayor frecuencia, en pelear con los dos campesinos y soltar la maza del ciudadano. Y poniéndolos de acuerdo y haciendo alarde de hacerlos ahorcar, recibió de ellos doce florines, y para bien guardó silencio; y el señor pensó que se había cagado en el colador, viendo que había perdido el jaco y su puerco que había ensaladado, y lo que había apostado, más doce florines, que creo que la mayor parte era suya, porque los campesinos no se lo dije.

Y así el deseo de vender un puerco a otros le hizo perder su puerco y la sal, y el puerco vendido, y el rocín, y doce florines.

Y era justo y digno, sin embargo, muchas veces sucede que quien quiere lo ajeno por robo, hurto u otros medios, Dios, que todo lo ve, le hace perder lo suyo. Y no puede equivocarse que el hombre en esta vida trata con lo suyo y deja en paz lo ajeno; y si no ocurriese o no ocurriese otra cosa, el hombre que no tiene lealtad y quiere lo ajeno es repugnado por todos; y el que vive lealmente, contento con lo suyo, es recibido y amado por todos. Pero los gentiles de hoy consideran bondad vivir de la riqueza de los demás.

NOVELA CCXV

Jacopo di ser Zello trae a un granjero de Altomena para convertirlo en un experto orfebre; y algunos de sus compañeros les muestran cómo se gasta el esmalte, del que se vuelve
En casa.

Nuestro ciudadano Jacopo di ser Zello no quería que el hijo de un granjero se quedara en el campo para que no le robaran el cerdo. Este Jacopo, siendo rico orfebre, yendo a sus lugares en Altomena, y estando entre ciertos campesinos, empezó a razonar que las basuras de su taller valían más de ochocientos florines cada año; y volviéndose hacia ellos, dijo:

- ¡Y tú siempre estás aquí pobre removiendo terrones!

Y viendo allí a un hijo de uno de los presentes, que tal vez tenía dieciséis años, dijo que si quería dárselo, lo despediría y haría de él un buen hombre. Al granjero le parecieron mil años, creyendo de inmediato que se haría rico, y sobre todo considerando la moneda basura que había mencionado.

Y volviendo Jacopo a Florencia, tomó consigo al dicho muchacho, y al día siguiente lo llevó a su taller; y entrando en un almacén donde trabajaban dos hombres agradables, uno llamado Miccio y el otro Mascio, se lo recomendó, diciendo que le enseñaban bien el arte. Dijeron que lo hiciéramos; y Jacopo, dejándolos un poco, dijo el uno al otro:

- Este amo nuestro es un pez nuevo, que no le parece que tengamos tanto que ver en asquear al arien, que nos lleva a los campesinos del campo a cavar.

- ¡A los guagneles! - dice Mascio, - que yo le enseñaré como es digno.

Y habiendo subido por una escalera, el dicho Mascio, como se había arreglado con Miccio, subió a un estrado donde estaban batiendo el esmalte, y allá arriba llamó al muchacho; el cual, habiéndose acercado, y Mascio poniéndose las manos en los calzones, le dijo:

- Va', tipo qua.

El joven avergonzado se aleja. Y Mascio dice:

- Ve, tráelo aquí, te digo.

El chico responde:

- No sé qué quieres que haga; No vine aquí para eso.

Y Mascio, habiéndole vuelto a decir que dirija, y el joven ensombreciendo y contradiciendo, pues tenía razón, Miccio, que estaba abajo y oyó todo, llama a Jacopo y dice:

- ¡Nos traes a los judíos, y quieres hacerlos orfebres! tu da Altomena está en el escenario, y no quiere hacer nada de lo que le dice Mascio.

Cuando Mascio escucha a Jacopo abajo, le grita en voz alta al aprendiz que dirija; y dice en voz alta:

- O Jacopo, él no quiere vencer.

Jacopo, que estaba pensando en trabajar con el esmalte, grita, apareciendo:

- Mena, che sie mort'a ghiado, e 'es muy bueno para mí, he quitado de los campesinos rudos: mena, que te cortan en pedazos.

El joven, oyendo tanto dicho, se dirigió hacia Mascio, para obedecer a su amo, y no sin gran temeridad y vergüenza. Y Mascio, viendo que la cosa simple venía así hacia él, volvió a poner la cosa natural en su debido lugar, y la condujo hacia el abrevadero esmaltado, diciendo:

- Hijo, para que no entiendas tan bien, al principio no te preocupes, porque yo mismo hice lo mismo -; y así le hizo batir el esmalte casi todo el día.

A la mañana siguiente, ya sea por las primeras noticias de Mascio, o por el cansancio de haber golpeado el esmalte de uñas, el niño, sin decir nada, volvió con su padre en Altomena; y el padre, maravillado, preguntó por el motivo. El chico dice:

- Envía a alguien más para mostrar ese arte, porque no soy bueno en eso.

Y le rogó tanto que el niño le contó lo que hilaba Berta. El padre, olvidando la novedad del hecho, se dijo a sí mismo: "¿Esta basura vale ochocientos florines? ¡Vaya! dale enfermedad a él y a los demás mercaderes, si son así. Y después de ciertos días, Jacopo volvió a Altomena; hallazgo

con su padre y con el niño, se quejó de que había venido, y en cuanto a lo primero, esto era el golpe del esmalte, había tomado una sombra, y se había ido; y que quien se propone a un arte, no que golpee el esmalte cuando se le dice, sino que si se le dice que golpee al diablo del infierno, quiere , el tenía que hacer; si tu no hacer lo mismo con la obra.

- Lo había confiado a dos de los mejores trabajadores que he tenido en mi tienda, y hay uno que gana mil florines al año, y se llama Miccio, que debes conocerlo hasta por el nombre; ¿pero sabes que? quédense en los terrones, y ustedes terrones usted tendrá

El padre dijo:

- Mi Jacopo, yo creo que los hombres nacen con las empresas en la mano: siempre que sepan emprenderlas; y así yo soy de los que nacen con las desgracias en la mano, y este hijo mío es uno de ellos: yace en el campo entre los terrones, y tal vez le venga lo mejor.

Y no dijo nada más, y así quedó.

Estos dos simpáticos hombres tenían muchas ganas de demostrarle a Jacopo, si hubiera querido entenderlo, que no estaban con él en ese oficio de robar a los campesinos. Y lo que hicieron, no lo hicieron para que se ocultara, sino para que la noticia se conociera a su alrededor, reputándose más agradables que ella; sin embargo, quienes después se enteraron de la noticia, tres tantos se rieron de Jacopo, que estando abajo maldijo al niño porque no quería conducir, que no se rieron ni de ellos ni del niño.

NOVELA CCXVI

El maestro Alberto della Magna, llegando a un posadero del Po, le hace un pez de madera con el que solía pescar tantos peces como quisiera, luego el posadero lo pierde, y va a buscar al maestro Alberto para que le haga otro. uno, y no puede tener.

Me corresponde entrar en algunas otras historias, y primero nombraré una de un varón dignísimo y santo, que tenía por nombre el Maestro Alberto della Magna, quien, pasando por las partes de Lombardía, cayó una tarde en una villa en el Po, que se llama la Villa di Santo Alberto. Un pobre mesonero entró en la casa para cenar y descansar aquella tarde, vio muchas redes con las que pescaba, y al otro lado vio muchas muchachas jóvenes; con lo cual preguntó al ventero sobre su estado, y qué tan bien estaba, y si aquellas eran sus hijas. Y ellos respondieron:

- Mi padre, soy muy pobre y tengo siete niñas; y si no fuera por la pesca, me moriría de hambre.

Entonces el maestro Alberto preguntó cómo lo estaba tomando. Y él respondió:

- ¡Gnaff! No tomo tanto como necesito, y no soy muy aventurero en este arte.

Entonces el Maestro Alberto, antes de salir del hotel por la mañana, había hecho un pescado de madera, y llamó al ventero y le dijo:

- Retire este pez y átelo a la red cuando pesque, y siempre atrapará una gran cantidad de peces con él; y tal vez haya muchos que te ayuden mucho a casarte con estas hijas tuyas.

El pobre anfitrión, al oír esto, aceptó de buena gana el regalo, dando muchas gracias al digno hombre; y así salió del hotel por la mañana, y emprendió su viaje a Alemania. Quedóse el ventero con este pez de madera, deseoso de ver la prueba, aquel día fue a pescar con él: tal multitud de peces cogieron en él, y entraron en las redes, que en cuanto pudo sacar agua de ellos ni traerlo a casa. Y continuando con esta fortuna suya, hizo muy bien sus negocios, y de pobre enriqueció en forma que en poco tiempo tendría todas sus hijas casadas.

Sucedió la casualidad que la fortuna, enemiga de tanto bien, hizo que un día, este hombre tirando de la red con gran cantidad de peces, se rompiera el cordelcito del pez de madera, y el pez se hubiera ido por la Po, en una forma que nunca más pude encontrar; por lo cual, si alguna vez hubo alguno afligido por el suceso que le sobrevino, él fue el que se lamentó cuanto pudo de su desgracia; y con esto trató de pescar sin el pez de madera, pero no fue nada, ya que no atrapó uno de los mil. Con lo cual, tropezando: "¿Qué haré, qué diré?", hizo todo lo posible por partir, y no quedarse nunca, que estaba en Magna en casa del Maestro Alberto, y pedirle clemencia para restaurar la perdida. pez. Y así no paró hasta llegar a donde estaba el Maestro Alberto; y allí con gran reverencia y llorando, arrodillándose, contó el favor que había recibido de él, y cómo había pescado una cantidad infinita de peces, y luego cómo, habiéndose roto la cuerda del pez, el pez había volado por el Po , y lo había perdido: y por eso rogó a su santidad que, por bien y por misericordia de él y de sus hijas, le hiciese otro pez, para que volviese a aquella gracia que antes le había dado.

Mirando al Maestro Alberto, se molestó mucho, diciendo:

- Hijo mío, me gustaría mucho poder hacerte lo que me pides; pero no puedo; empero, que os hago saber que cuando os hice aquel pez que os di, el Cielo y todos los planetas estuvieron en aquella hora dispuestos a dar a aquel pez aquella virtud; y si tú o yo quisiéramos decir: este punto o este caso puede volver, que se puede hacer otro con igual virtud, y te digo firme y claro que esto no puede suceder dentro de treinta y seis mil años: así que ahora piensa cómo puedes hacer lo que hice de nuevo.

Al oír al ventero tanto tiempo, se echó a llorar amargamente, lamentando más su desgracia, diciendo:

- Si lo hubiera sabido, lo habría atado con un alambre de hierro y lo habría guardado para que nunca lo hubiera perdido.

El maestro Alberto dijo entonces:

- Hijo, date paz, porque no eres el primero que no ha podido conservar la fortuna, cuando Dios te la envía; pero ha habido muchos y más capaces hombres que tú, que, no que supieron tomarlo y emplear ese poco tiempo que tú lo usaste, sino que no supieron tomarlo cuando se les hizo antes.

Y luego, después de muchas palabras, con semejantes consuelos, el pobre posadero se fue, y volvió a su atrofiada vida, buscando más tiempo al Po si volvía a ver el pez perdido; pero bien pudo ver que tal vez ya estaba en el mar mayor con muchos peces a su alrededor; y ni el hombre ni la fortuna estaban con él. Y así vivió aquel tiempo que agradó a Dios, con una repetición en sí mismo del pez perdido; eso habría sido lo mejor que nunca había visto.

Así dice todo la fortuna que muchas veces se muestra contenta, a ver quién la sabe tomar, y muchas veces quien mejor la sabe tomar se queda en camisa; y muchas veces se muestra para que quien no sabe tomarlo siempre se queje y viva como un desgraciado, diciendo: "Tal cosa pude haber tenido y no la quise". Otros lo toman y lo saben guardar muy poco, como lo hizo este hotelero. Pero, considerando todos nuestros acontecimientos, quien no obtiene el bien cuando la fortuna y el tiempo se lo permiten, la mayoría de las veces, cuando piensa en ello, lo desearía de nuevo y no lo volvería a encontrar, si no esperara treinta y seis mil. años, como dijo el valiente. Este dicho me parece estar en conformidad con lo que ya han dicho ciertos filósofos, que dentro de treinta y seis mil años el mundo volverá a la disposición actual. Y ya ha habido en mis días los que no han dejado vender ni empeñar a sus hijos, que me parece que deben creer en esta opinión para que encuentren la suya cuando vuelvan después de treinta y seis mil años.

NOVELA 227

Un Altopascino de Siena escribe un breve a una mujer en parto, para que dé a luz sin dolor, y le beneficie mucho, y como muchas mujeres a quienes se lo prestó, después de cierto tiempo se abre el breve, se encuentra que él dice cosas extrañas y de gran burla, de las cuales toda Siena fue burlada con gran risa.

Por lo demás esta novela corta fue viciosa, que siguió y fue de gran vergüenza. Había en Siena, en el tiempo que ocupaba el oficio de la Nove, un joven hidalgo de pocos años que se casó, y aquellos hijos que dio a luz, los dio a luz con gran dolor y esfuerzo; y al presente estaba embarazada de siete meses; y como temerosa, siempre buscaba leyendas de Santa Margherita, y medicinas y pastillas, y cualquier otra cosa que creyera beneficiaría su pasión.

Sucedió por casualidad que un altopascino, como siempre son en las tierras, queriendo sacar alguna cantidad de dinero de esta joven, dijo un día a una niña que vivía en la casa que había oído decir a dos frailes Ermini que

sabían hacer un breve que, teniendo a la mujer cerca de ella, no fuera tan duro el parto, que no diera a luz sin dolor. La niña al oír esto, aconsejó traer noticias de cosas; y yendo a casa de la joven, contó lo que había oído, de lo cual la señora se inclinaba a tener este breve. Y habiendo mandado a la muchachita a buscar un camino, y a negociar lo antes posible, dijo el amigo que mejor buscara dos frailes, que eran de Finibus Terre, y que necesitaban cinco florines entre ellos y para las cosas.

- Per denari, - disse la feminuccia, - non mancherà - , y volviendo a su juventud, le pareció mil años, que enseguida le dio cinco florines para que tuviera dicho breve, y con dicho dinero volvió a su amigo; que pronto hizo un espectáculo de salir de Siena, y dijo:

- Voy a visitar a unos amigos, y creo que traeré el breve por cierto que son muchos días.

Y fue a quedarse en medio de una abadía de Buonconvento, y allí hizo un cupón escrito, y lo dobló, lo ató entre varios zendadi y lo cosió de diferentes maneras, y volviendo de allí a Siena varios días después, envió por la niña, y mostrándose muy cansado, le dijo:

- Hola Dios, que lástima fue para mí tener este breve pero bendito Dios, efectivamente lo traje; porque querían más de dos florines; ve y dile a la dama que lo lleve consigo, y nunca lo abras, porque ella perdería inmediatamente su virtud; y si alguna vez se lo prestan a una persona, de igual manera diles que tengan cuidado de no abrirlo.

Y así, con este informe, trajo el escrito al joven; la cual lo recibió con tanta fe como había recibido el verdadero cuerpo de Cristo, y dio a luz, y sin ningún dolor dio a luz. Y aun así la fama del cuento se difundió tanto que una bendita mujer embarazada de Siena pudo aceptarlo; y en toda Siena durante muchos años tuvo un curso muy grande; Bienaventurada la señora que pudo tener el dicho breve. Y cualquiera que fuera la maza, ni la mujer que la había comprado, ni ninguno de los otros que la pedían perecieron; y así duró muchos años.

Yo creo que, cuando una persona lleva mucha fe en que algo breve u otra cosa le será útil, esa cosa no le puede hacer sino útil; y así también le podría pasar a éste.

Pero por espacio de varios años, queriendo la señora saber qué palabras eran aquellas que tenían tanta virtud, se fue un día con un compañero que sabía leer a un cuarto frente a la mesa de la Virgen; y con gran reverencia empezaron a descoser el dicho breve; y habiendo encontrado la inscripción en papel cavretto muy delgado, supe dicho breve, cuyo tenor decía

Como esto:

“Gallina, rebozuelo, Un cántaro de vino y un ataúd, A la caza de mi garganta, Si puede, que lo haga, Y si no, túmbate”.

Cuando las mujeres oyeron estas santas palabras, casi se rieron de sí mismas, y una se volvió hacia la otra, diciendo:

- Ciertamente este es un buen corto; ¡y los cinco florines fueron un buen gasto!

Y al final, de una mujer a otra, toda la tierra se llenaba de ella, tanto que duraba mucho tiempo, hasta que cuando pasaba una mujer embarazada por la calle, o niños u otros decían:

- Gallina, rebozuelos -; y casi las mujeres se avergonzaban de ello.

Y llegando esto a oídos del marido de la que la había comprado cinco florines, preguntó quién había sido el mercader, y halló que tal vez un año

antes de eso estaba muerto; tal vez se hizo por él, ya que la mala suerte era el material para poder darle: y así terminó este escrito.

Es bueno tener fe, pero a menudo es peor tener demasiada; sin embargo, tienes que pensar quién es el que te dice o quién te da la cosa, y qué tan creíble o probable es lo que te dicen. Las mujeres corren mucho allí, y sobre todo esas señoras, que parecen la hermana de Santa Verdiana; y luego se quedan con la burla y el daño, como este.

NOVELA 228

Un judío envía instrucciones a una mujer para que críe a uno de sus hijos y, como ella le paga bien, se va; luego en ciertos días se abre el escrito, y se encuentra escrito en forma de gran burla y desprecio.

Bueno, esto fue una burla mayor de lo que sigue, considerando cómo y quién lo hizo. Había ya en Mugello, condado de Florencia, una joven castellana viuda y muy rica y tenía un hijito suyo de tal vez once años, que, o era de raza para ser pequeño, o su madre no. creo que crecería como corresponde, de las mayores penas fue la que soportó. Entonces, un día de fiesta, sentándose en una puerta de la calle y teniendo consigo a este niño suyo, pasó por casualidad un judío; y se apeó de su caballo para remendar un cinturón que se le había roto, y al hacerlo comenzó a preguntarle a la mujer cómo estaba; y ella, considerando ya que era judío, y pensando, como un hombre imprudente, que debía haber en él gran virtud para poder remediar su dolor, dijo:

- Estoy bien, si Dios me diera la gracia de que creciera este hijo mío, que ni crece ni muere -; y luego añadió: - Ah, tú eres judeo, y sabes hacer muchas cosas; ¿No me darías algún remedio para que crezca?

Entonces el judeo, como un delincuente, se dio cuenta de que estaba ganando gran parte de los gastos que había hecho en el camino, y respondió:

- Madonna, si no te ha hecho daño el gasto, estás bien abatida, porque no creo que haya nadie que pueda remediar mejor lo que quieres que yo.

Entonces la mujer dijo:

- Si el gasto es lo que puedo hacer, no lo rechazaré.

El Judeo dijo:

- Madonna, debería ser un cuento formado y compuesto sobre muchas cosas, que costaría ocho o nueve florines.

La mujer dijo:

- Por hasta ocho florines, no quiero que falte.

El Judeo respondió:

- Ya que me lo dices, no me iré cuando haya hecho lo que hay que hacer; y seguirás diligentemente lo que te digo.

La mujer entonces, más dispuesta, le dijo que hiciera lo que había que hacer, y el dinero fue pronto, con tal de que viera que ese hijo suyo no era un bebé. El judeo se quedó esa noche en un hotel, y dijo que hiciera lo necesario, y por la mañana terminaría el asunto. La mujer le rogó que lo hiciera, y por la noche le obsequió noblemente comida y vino. Luego mandó envolver y atar un calzoncillo con mucha ceremonia; A la mañana siguiente la mujer se fue a su casa, a quien no le pareció ver a un judío, sino más bien a un ángel del cielo. Cual judeo, como reo, dijo:

- Madona, no sin gran esfuerzo he hecho este breve, que colgaré del cuello de este hijo tuyo, y lo guardaré nueve días y nueve noches; y al cabo de nueve días lo llevarás al sacerdote ya la iglesia de tu pueblo, diciéndole que lo desate y lea delante del pueblo, y haga lo que él diga; y veréis gran experiencia del crecimiento que habrá hecho.

La mujer, dispuesta, dijo que todo se haría, y dio ocho florines al judeo, el cual, dejando el calzoncillo al cuello de su hijo, se fue de viaje; y la mujer quedó con gran esperanza por los nueve días.

Y todo lo hizo diligentemente, como le había dicho el judío, cuando la mujer llegó pasadas las nueve de la mañana para ver la perfección de aquel breve, llevó a su hijo a la iglesia, y le dijo al sacerdote que le gustaría abrir ese escrito y leerlo delante del pueblo. El cual, excusándose y abriendo el escrito, leyó las palabras, que eran estas:

“Sube a un tocón, y serás demasiado grande; Si me alcanzas, me da un puñetazo en el culo”.

Cuando el sacerdote y la mujer y los demás escuchan esta leyenda, todos se maravillan.
La mujer, como quien no supo ocultar la naturaleza intrínseca de su pasión, esperando que aquella mañana fructificara su esperanza, con grandes lágrimas contó al sacerdote y al pueblo cómo la había engañado un judío; y prometiéndoles hacer un breve que su hijo crecería desmesuradamente, y habiendo tenido un buen precio, se hicieron las palabras del breve

como todo el mundo ve. Entonces, quién la consoló aquí y quién allá; y especialmente el sacerdote que dijo:

- Este escrito no ha mentido sobre nada de lo que se le prometió; sin embargo, si pones al niño en un tocón, como él dice, bien sabes que crecerá - ; y así cada uno tenía su opinión.

Y finalmente la mujer se volvió hacia el niño, diciendo:

- Si quieres ser un enano, y lo eres, porque ni judío ni cristiano volverán a perseguirme jamás -; y devolviéndolo a casa tan pequeño como era, descansó lo más que pude.

¡Qué nuevo es esto que sucede en las obras de los judíos! y muchas veces sucede que se creerá a un judío antes que a mil cristianos: aunque los cristianos de hoy están tan tristes, y con tan poca fe, que sufren el daño. Y todavía no sé dónde falta más la fe, si en uno o en otro. Yo creo que, como mujer que se queda corta para querer hacer una gran criatura que Dios quiso hacer pequeña, debe agradecer a Dios por lo que hace; y si quiere algo más de él, pídale humildemente, si fuera lo mejor, él concedería sus oraciones: y guardaría ocho florines en su bolsa y no los daría a los judíos.

NOVELLA CCXIX

Dos cuñadas, mujeres de dos hermanos, teniendo muchas ganas de tener hijos, toman un trago de un judeo, y le pagan bien; luego, unos meses más tarde, se descubre que les dio huevos de serpientes, y lo que siguió.

Si la mujer pasada era simple, estas dos jóvenes secuenciales eran muy tontas en lo que creían a otro judeo. El mundo está lleno de arcadores, que con diversas trampas se las ingenian para cazar pájaros o pescar ranas, sin pensar más que en cómo pueden encontrar formas de conseguirles dinero: y si alguno de estos es malicioso y falso, están entre los judíos, y ellos tienen tanto bien como engañan a los cristianos con la falsedad.

Había entonces, ya mucho tiempo atrás, en la ciudad de Florencia dos muchachas jóvenes de buena familia, y eran las esposas de dos hermanos jóvenes muy ricos, y tenían todos los bienes terrenales, excepto que ninguna de ellas engendraba hijos, y tanta voluntad tenían que no habrían dejado nada que hacer para tenerlas.
Aconteció que, habiendo estado una vez en una de sus posesiones fuera del país, y quedándose allí para coser o hilar como es su costumbre, un judío llamado David, un hombre muy pobre, dio con el país; y estando cerca del lugar donde estaban las mujeres con dos ballestas, viendo de lejos la casa, comenzó a preguntar a una vieja campesina que estaba hilando en una rueca cómo

llamó a aquella villa y de la cual fue aquel hermoso lugar que vio; y habiendo investigado todo, se detuvo a pescar a las dos jóvenes que no estaban teniendo hijos; y poniéndose en camino hacia aquel palacio, sólo golpeó la puerta donde estaban abrazadas las dos jóvenes, y saludándolas, siguió:

- ¡Oh, cuánto bien tendrías de Dios, si tuvieras hijos! tienes todos los bienes excepto esto; tú, joven, hermosa y rica, con tus maridos caballerosos y buenos.

David, al oír hablar así a estas mujeres, maravilladas, le preguntaron quién era y cómo sabía lo que hacían. Y ellos, lanzando un gran suspiro, dijeron:

- Señoritas, yo soy alguien así, como ven, y soy Judeo; y como conozco tu negocio, y nunca más estuve allí, así sabría de muchos otros que están por el mundo; y también os daría el corazón para daros algo que, usándolo con vuestros maridos, preñaríais inmediatamente.

No habló a los sordos; sin embargo, al ver a las mujeres que era casi un profeta, conociendo todas sus obras, se acercaron a suplicarle tiernamente que les diera forma cuando quedaran embarazadas.

El Judeo respondió:

- Si no fuera a Florencia a comprar muchas cosas que se necesitan para alguna bebida que se necesita, no podría hacerlo; y esto requiere dinero, que yo mismo no tengo, porque soy pobre, como ves -; y brevemente dijo que para dos tragos se necesitan cuatro florines de especias y otras cosas; de su trabajo lo hicieron a su discreción.

Las mujeres inmediatamente le dieron cuatro florines y dijeron que se asegurarían de que estuviera satisfecho con el resto. David partió con cuatro florines, y anduvo tanto que halló huevos de serpiente, y los partió por la mitad, poniéndolos en dos capullos de caña con otras cosas mezcladas; y allí en ciertos días el dicho judío volvía a las mujeres, que lo esperaban con gran deseo; y los maridos venían a Florencia casi todas las mañanas, como es costumbre.

Llegando delante de ellos, dio a cada uno su capullo, diciendo:

- Mañana por la mañana dirás tres paternósteres en reverencia a Dios padre, y luego cada una tomará la suya, y con tus maridos trata de usar la mayor cantidad posible, y en poco tiempo sentirás una evidencia muy fuerte de tu embarazo.

Las jóvenes parecían ir al cielo; y quitadas las yemas, dieron otro dinero al Judeo, el cual, habiéndoles dicho cuánto les agradaba, se fue, recibiendo de ellos todas las bondades que se deben hacer a un hombre pobre y digno, como parecía.

A la mañana siguiente la más anciana de las dos cuñadas, como más maestra, pensó para sí misma, y se dijo: “¿Yo sé quién es este que ha venido a darnos esta receta? hombres malos andan por el mundo, y por un centavo traicionarían a Cristo; y este hombre es un judío, que lo entregó y vendió treinta piezas de plata. Decidió apartar por completo el capullo de la

bebe y dile a tu pareja, si te lo pide: ya lo tengo; y puso este capullo en un cofre, donde estaba el lino; y eso cerrado, queria ver como le pasaba a la cuñada de esta receta.

Y quedando por un espacio de tiempo, quizás más de dos meses, la cuñada menor que había estado dispuesta a tomar la medicina le dice a su cuñada mayor:

- Mi cuerpo parece crecer, y siento que el niño se lanza; ¿todavía lo escuchas?

Y ella dijo:

- Aún no siento nada que me impida decir algún olor que tengo, pero me parece que tiene un pequeño cambio -; y con esto partieron con gran alegría, la que oyó el zumbido, creyéndose grande, y la otra que había ido a ver cómo llegaba la barca, contenta fue a buscar la bebida que había puesto en la caja de lino para espese como el mate. Fue al cofre y cuando lo hubo abierto, entre la ropa encontró y vio enroscadas unas culebras, nacidas poco tiempo atrás; por lo cual, como una sabia, mirando en el capullo, consideró que aquellas serpientes habían salido de aquel cañón, y verdaderamente a su cuñada habían nacido en el vientre aquellas de que decía estar embarazada. Entonces ella, con la ayuda de su esposo, le contó lo que les había sucedido, cuando un judío les sucedió en la puerta, y les habían dado esa bebida, que realmente había tomado su cuñada, y ella estaba Ya decía que sentía cosas nuevas en su cuerpo.

Y por eso, creyendo que estaba encinta, habiendo hasta ahora querido quedarme a ver, corrí al arcón a tomar lo que me había dejado y lo suyo, de lo cual encontré estas culebritas, como veis. .

El marido, muy entristecido por esto, dijo que habían hecho mal, y que quería juntarse con su hermano, y ver cómo la joven, que estaba siendo llevada a ese paso, se podía curar por consejo de los médicos. . Acurrucado con su hermano; y luego yendo a la caja y con esa mujer que no había tomado, todo incluido, creyeron tener el consejo de médicos capaces; el cual, habiendo visto y entendido todo, apaciguó a la joven y mandó tomar leche y colgar a la joven con la boca por debajo, y acercarle la leche a la boca, para que salieran las serpientes corriendo a la leche.

Y así por largo tiempo, y no sin gran trabajo, las culebras salieron de la boca a la leche, y la joven quedó libre: y despertada del apareamiento,

A través de su esposo y cuñado se le dijo qué tontería había cometido, creyendo en tales hechos, no hombres sino demonios, siendo judíos; haciendo lo que podían en el final de las palabras para llegar al judeo, sin poder encontrarlo nunca más. Así que esta cosa todavía quedó y con el insulto y con el daño. Luego, cuando Dios quiso, tuvieron hijos, y quizás más de los que hubieran que

¡Oh, qué necia es que las mujeres, no queriendo Dios tener hijos, quieran tenerlos por medio de un judío, o incluso por medio de algún hombre terrenal! Lo bueno es que los cristianos y las cristianas darán más fe a un judío que a cien cristianos; ¡y no le darían fe a un cristiano! pero somos vagos acerca de las cosas extrañas. Más bien, los cristianos regresarán a largo plazo en lugar de esposas cercanas; y prefieren comprar un caballo que llevará los agravios de Alemania a Roma que comprar el de su vecino, sintiéndolo perfecto. Pero es mucho más nuevo que una mujer quiera obligar a Dios ya la naturaleza a tener hijos; y mucho más dolor es tenerlo que no tenerlo: en no tenerlo es una pasión, en tenerlo son muchos tormentos. Si son malos, viven mucho tiempo, y nunca hay nada más que maldad; si son buenos, mueren; y todos tratan de querer alguna, y más de una vez buscan su mala suerte.

NOVELA 220

Gonnella el bufón compra un par de capones, y un niño va con él por el dinero que falsifica de forma que el niño sale corriendo por miedo y dice que no es él.

Un pequeño y hermoso engaño fue el de Gonnella la bufón, que era un maestro de maestros, como se menciona más adelante en algunas historias; era esta cosa pequeña y agradable. Gonnella encontrándose en algún pueblo de Apulia, y necesitando un par de capones para un carnaval, pensando cómo podría conseguirlos sin costo alguno, como era la costumbre, muy bien decorado para sacar el crédito, fue a la pollería; y habiéndose puesto de acuerdo un par de capones por cuarenta y cinco soldados, dijo al pollinaro que enviara uno de sus jockeys con los capones al banco y le daría el dinero. El polinizador le dio los capones a un niño y le dijo:

- Ve con él y trae cuarenta y cinco sous.

Gonnella se fue con el niño atrás, y cuando ve tiempo, deja a los capones en casa de un amigo suyo, y le dice al niño:

- Vamos a la mesa por el dinero.

El garzón drietoli. Y Gonnella va detrás de nosotros a un banco, y allí habló alguna vez de Berta y Bernardo; y el muchacho esperó detrás de él a que se volviera con el dinero: y después de haber pasado casi una hora, sin que Gonnella se volviera ni aparentara darle el dinero, el muchacho tiró de Gonnella por la capa. Como Gonnella se siente jalada, inmediatamente saca de su bolsa una gran cascarilla de cerdo, y se la lleva a la boca, y hecho esto se aparta las pestañas de sus ojos, que parecen de fuego, y con estas, haciendo una mueca orgullosa, se vuelve hacia el niño y le dice:

- ¿Qué deseas?

El niño, al ver este rostro tan horrible, lleno de miedo, dice:

- No lo eres, no te digo -; y como olvidadizo mira aquí y allá, al fin volvió a su amo sin dinero, diciendo:

Lo acompañé a la mesa, y esperé un buen rato, y finalmente, jalándolo del manto, se dio la vuelta como un diablo de ojos rojos y arenas muy grandes; Dije: “Tú no lo eres”; y miré lo que tenía de los capones, nunca más pude verlo.

El polinizador comenzó a gritarle al niño y a darles, diciendo:

- ¿Por qué dejaste los capones antes de que te diera el dinero?

Las disculpas fueron muchas. El gallinero anduvo todo el día, mirando a ver si volvía a ver al capón; pero Gonnella ya se había cambiado con otra prenda, que nunca lo habría reconocido; y hizo el carnaval con esos capones baratos; pero creo que el niño tuvo un mal carnaval, teniendo muchas ramas y hierbas, sabía comerlas.

Esta novela de Gonnella fue un pecado venial, y un gran placer para quien supo de ella después; pero no gustó ni al gallinero ni a su muchacho. Y pocas cosas hizo, excepto con trampas; y por lo tanto en esta vida uno nunca puede estar demasiado advertido, sin embargo, que los engaños y las traiciones tienen como objetivo hacer del otro uno propio. Más vale no tener que tener: el mundo ha llegado a tal punto que la vida más segura que hay es la pobreza, si los demás lo supieran.

NOVELA 221

Messer Ilario Doria, que había llegado a Florencia como embajador ante el emperador de Constantinopla, fue privado de una copa de plata de treinta florines por una sutil malicia, demostrando ser familiar de un ciudadano de Florencia.

No quiero dejar una pequeña historia que me pasó hace poco tiempo. Un muy honorable embajador vino a la ciudad de Florencia y a otros lugares por el emperador de Constantinopla, cuyo nombre era Messer Ilario Doria, hidalgo de Génova, y le fue dado gran honor y ricos presentes de la Comuna y de los ciudadanos singulares. El mencionado embajador regresaba de la casa Pazzi al hotel Corona. El digno hombre que se hospedó en dicho hotel por algunos días, uno que nunca se pudo saber quién era (pero yo, el escritor, creo que era descendiente de Gonnella), aconsejándose llevar algunas placas de plata para sí, y tal vez él los necesitaba más de él, con gran reverencia, ella dedujo ante él que un caballero florentino y amigo suyo, que luego vendría a visitarlo, lo envió, rogándole encarecidamente que enviara a uno de sus criados con una de sus placas de plata. , a quien le queria mandar unas almendras garrapiñadas.

El hidalgo Doria, al oír a este hombre, llamó a uno de sus criados, y le hizo dar una copa que valía tres libras de plata, y dijo:

- Ve con él, y haz lo que te diga.

Salieron, y dirigiéndose hacia las escaleras de la Badía de Florencia, habiéndolos alcanzado, dice el que había ido al embajador:

- Dame el plato, que quiero ir a llenarlo, y espera aquí.

El familiar extranjero, no acostumbrado en la ciudad, al ver las escaleras de la Abadía, avisó que iba a casa de algún señor: dale el plato libremente. Una vez retirada la placa, este hombre malo entra en el patio de la Abadía, y el forastero se queda a esperar. Como el de la placa entra por la una puerta, así sale por la que va a Santo Martino y mete unos remos en el agua y se va con la placa. El familiar extranjero espera el corbo, y espera tanto que ha sonado el grande.

Como la familia del Podestà va en busca, cuando están afuera ven a este hombre, y lo agarran, y dicen:

- ¿Qué estás haciendo aquí?

Lo mandan al Podestà, y el Podestà lo pide. Dicen que es un sirviente de este embajador, y la razón por la que estaba esperando. Oyendo el Podestá a este hombre, envió al caballero al hotel de la Corona, sabiendo si era uno de sus criados, y oyendo de ello y de la grata causa, lo dejó; teniendo muchas ganas de espiar quién era el pícaro que había hecho aquel cautiverio; y nunca, como dije más arriba, se pudo saber quién era. El embajador, que no se apresuró a la injuria y la burla, se rió de ello, diciendo que seguramente en Florencia debía tener hombres hábiles que pudieran aprovecharlos.

Va así, también, porque quien ha hecho sus manos con anzuelos y quiere vivir del anzuelo, siempre piensa cómo agarrarse; y el que quiere vivir puramente, no se guarda a sí mismo, sino que vive en seguridad: y como se ha dicho, es difícil vivir sin estos peligros, ya que el que tiene necesidad sólo piensa en cómo puede tener; y cuando lo hacen, no piensan en la horca.

NOVELA 222

Messer Egidio, Cardenal de España, manda llamar a Messer Giovanni di Messer Ricciardo, porque se entera de que algo se ha hecho contra él; y va allí, y con sutil cautela deja sus manos, y vuelve a casa.

Un hermoso engaño, o más conocimiento, quiero contar en esta historia. En los tiempos que Messer Egidio, Cardenal de España, estaba en tiempo feliz gobernando, estando en Ancona, oyó que Messer Giovanni de Messer Ricciardo de' Manfredi, señor de Bagnacavallo, de Valdilamona en su mayor parte, y de Modigliana y otras tierras , había negociado o razonado de cerca con Messer Bernabò, Señor de Melano, entonces Señor de Luco cercano, y esto fue contra dicho Cardenal, y en su defensa. De los cuales envió por el dicho Messer Giovanni; y él, no sin grandes sospechas, fue a Ancona; y después de haber llegado allí, alguien le dijo que si iba al Cardenal sería reacio a no volver nunca a Bagnacavallo. A pesar de todo esto, como un caballero conocido, como había venido de tan lejos, resolvió enteramente ir a él; y así hecho, habiendo llegado al Cardenal con la debida reverencia, el Cardenal le pidió varias cosas, entre las cuales era que quería poner al ventero en Luco, y para hacerlo necesitaba sus provisiones, y que necesitaba la mayor cantidad que pudo de sus buenos soldados de infantería; y finalmente tuvo que prestarles diez mil florines.

Messer Giovanni a la primera pregunta dijo que tendría algo de comida gratis, porque de esta manera la vendería a otros: de los soldados de infantería dijo que con gusto tendría cualquier cantidad que le fuera posible: del dinero dijo que podría prestarle veinte mil sin alguna lascivia; y ella confió en él con el regreso, y esto estaba a su gusto.

Al oír tan libres respuestas del Cardenal, pensó en tirar el macizo de flores, y sobre todo en el último momento, diciendo:

- ¿Cuándo puedo tener los dinares?

El caballero respondió:

- Envía conmigo a tu tesorero cuando yo quiera, y yo se los daré.

El Cardenal, al enterarse de la buena intención de Messer Giovanni, envió al tesorero con él, poniendo su mano sobre el hombro de Messer Giovanni, y dijo:

- He aquí mi hijo amado, que me ha agradado -; y él dijo: - Ve, trae el dinero que te dará el señor Giovanni.

Cuando llegan a Bagnacavallo, Messer Giovanni desmonta y va a su habitación, y después de un breve espacio de tiempo regresa al tesorero y le dice que su ayuda de cámara, que tiene la llave del cofre, se ha ido a Toscana por alguna razón que él , y por lo tanto disculpadle a su señor Messer el Cardenal y de allí a ocho días volved a él. El tesorero volvió cojo con un dedo en el ojo, y se acercó al cardenal que lo esperaba con la bolsa abierta; Al escuchar la respuesta del tesorero, se dio cuenta de que había extendido el plan y que había creído mal en ese momento, y se arrepintió de haber dejado que Messer Giovanni viniera a Bagnacavallo para creer en San Giovanni Boccadoro; y antes de transcurridos quince del término, el señor llamado de Faenza se puso de acuerdo con micer Bernabò, como había principiado, y el Cardenal se quedó sin su piñón a petición del tordo de las ramas.

Así como se creó el dinero, así nació el engaño. Siendo este Cardenal uno de los astutos señores del mundo, y teniendo gran desconfianza de este señor, tan pronto como se le hizo la oferta del dinero, abandonó todo lo demás; y el gran ofrecimiento de micer Giovanni fue su huida, porque si no lo hubiera hecho, tal vez lo hubiera hecho mal; y debe creerse que el cardenal tuvo un gran arrepentimiento por ello, pero le sirvió de poco.

NOVELA 223

El conde Joanni da Barbiano juega un gran engaño al marqués que posee Ferrara, o más bien un doble tratado, prometiendo matar al marqués Azzo da Esti que le hizo la guerra, y dándole prueba de que lo ha matado, recibe de él el castillo. y dinero.

Ya que estoy aquí, quiero contarles otro engaño con una sutil astucia hecha para el conde Joanni da Barbiano. Mientras el marqués Azzo, hijo del marqués Francesco da Esti, estaba lejos de Ferrara, como lo había estado durante mucho tiempo, y también su padre, sucedió que por casualidad murió el marqués Alberto, que con sus hermanos había reinado durante un largo tiempo; y siendo los últimos, y de ellos sólo quedó un hijo natural del dicho Marqués Alberto; el dicho Marqués Azzo, como digno señor, vino al testamento a buscar un medio si podía volver a su casa; y habiéndose puesto en contacto con el mencionado conde Joanni, y haciendo grandes planes para pasar por encima de los ferrareses, pareció a los que tenían la tierra para el niño que el estado de Ferrara estaba en gran peligro, por vivir con él, y especialmente por ver que estaba a punto de hacer todo lo posible para ir allí. Con lo cual pensaron y ordenaron por todos los medios que pudieron, por el bien de la seguridad del estado, hacer matar de alguna manera al dicho Marqués Azzo.

Con lo cual, encontrándose con un tal Giovanni da San Giorgio, boloñés y amigo del dicho Conde Joanni, llegaron a la conclusión de que si conseguían que el Conde Joanni matara al dicho Marqués, le darían Lugo y Conselice. Entonces Joanni se movió y fue a discutir dicho asunto; y habiendo hablado con el dicho Conde Joanni de lo que a esto se refiere, dicho Conde le respondió en todo que sea rápido y listo; pero quién quería ver qué seguridad tenía, al hacer esto, de tener los castillos.

El comisionado dijo:

- Escribiré al consejo del Marqués para enviar tanta platería a Conselice como giros postales por quince mil florines; y me quedaré aquí firme que nunca me iré hasta que hayas dado efecto a la obra y que tengas la custodia de dichos castillos.

El conde quedó satisfecho, y el comisario hizo todo como se le dijo. El conde, al negociar con este Joanni, confirió todo lo que hizo o dijo sobre todo con el marqués Azzo, y también con un bravo cabo de dicho conde, que tenía por nombre Conselice, aconsejándose hacer un doble tratado, como lo hizo. . Y juntos mandaron que se vistiera un alemán, muy parecido por cierto al dicho marqués, diciendo que querían burlarse de aquel Joanni de San Giorgio, diciéndole que era el marqués. Riendo, se dejó vestir; y así hecho, ellos mismos las dijeron allí desde un rincón escondido. Y luego el dicho Conselice llevó al dicho Joanni de San Giorgio a la habitación para ver al marqués Azzo y conversar con él. Y se quedaron un rato, Conselice dijo que era hora de ir a cenar.

Juan dijo:

- Vamos -; diciendo al Marqués: - Señor, haz con Dios.

Y así yendo, cuando estaban un poco fuera de la puerta, el marqués, como se le había mandado, subió por una escalera sobre una cama alta y se escondió allí; Y Conselice, cuando pensó que estaba escondido, creyó un poco a Joanni y dijo:

- ¿Esperarás bien por lo que prometiste?

Los volvió a casar y prometió.

Entonces Conselice dijo:

- No te vayas de aquí, porque quiero ir a venderlo.

Y dejando allí a Joanni, vuelve al cuarto, y va hacia el alemán que se escondía, y con un puñal, clavándole en el pecho, lo mata; y para que el dicho muerto no pudiera ser conocido, le dio varios golpes en toda la cara. Luego sale, y llama a dicho Joanni, y dice:

- Ven aquí y mira cómo te lo traté.

Fue a verlo, y viéndolo en el suelo con su propia ropa, tendido muerto en tierra, ciertamente tuvo al marqués por muerto, porque no había visto a nadie más en dicho cuarto. E inmediatamente escribió al joven marqués y a su abogado que el marqués Azzo había sido muerto, y que se podía decir que estaba presente allí, y lo había visto, y que enviaban señales a Bavagasse, castellano de Conselice, para el marqués, para dar el castillo al que Joanni

diría. Entonces el marqués y su consejo enviaron a uno de los ingenieros del marqués, llamado mastro Bartolino, con unos buenos cincuenta hombres a caballo con un mandato completo que, habiéndolo certificado, hizo dar los castillos y luego el cuerpo del marqués lo hizo traer honorablemente a Ferrara.

Cuando llegó el Maestro Bartolino, y viendo al muerto, ciertamente tuvo que ser el Marqués; y de nuevo, para dar más color a la obra, Conselice mostró que había tomado a Azzo de Roniglia, y todos los cabos del marqués Azzo; y estos prisioneros conocían bien el tratado. El maestro Bartolino lo hizo colocar entonces en la finca de Lugo y Conselice; y el dicho Maestro Bartolino, habiendo salido de Barbiano con su brigada, llevando el cadáver, estando en el molino cerca de Lugo, salió la brigada del Conde Joanni, gritando:

- ¡A la muerte, a la muerte! - y apresaron al maestro Bartolino con toda la brigada: y Conselice, entrando en Conselice, recibió la arcilla y la platería que habían venido de Ferrara.

Y en Barbiano comenzó a gritos la celebración de la resurrección del marqués Azzo; y así terminó este tratado o doble engaño.

Si todo engaño o traición tuviera el mismo fin que ésta, pocos la comenzarían, y más cuando el que la mueve queda preso en esa trampa que quiere que coja otro. De este linaje de Esti no quedó ningún señor legítimo, excepto éste; y para acabar con esta descendencia, se ordenó su muerte por tal forma.

NOVELA CCXXIV

De nuevo el conde Joanni da Barbiano se lanza sutilmente, creyendo que tomará un bastión florentino construido contra él, como no lo ha hecho, y regresa sin haber desembarcado nada.

Por qué este Conde Joanni da Barbiano, casi poco tiempo después de la historia escrita arriba, lo engañó nuevamente, aunque no fue hecho en su pensamiento, quiero decir. En guerra el dicho conde con Astorre de'
Manfredi para los florentinos, que estaban aliados con él, se levantó una fortaleza cerca de Barbiano, que se llamó la fortaleza florentina, y les hizo mucho daño; asi que para esto el conde penso con sutil engaño que tomar.

En aquella época tenía por nombre Guernieri un soldado alemán del dicho Astorre, que con un número de diez de sus compañeros atacaba siempre al dicho conde, saqueando hasta las murallas de Barbiano. Aconsejó al conde colocar un día varias yuntas de bueyes entre Barbiano y la ciudad fortificada y arar la tierra con sus campesinos; y del otro lado, uno armado a semejanza de Guernieri, y diez compañeros semejantes en armas y ropas a los suyos, los echó de Barbiano tan escondidos como pudo de los del bastión, y los envió a Faenza. Entonces, cuando parecía que Guernieri y sus compañeros venían de allí, atacaron a los campesinos con dichos bueyes y los agarraron. Como estaban en este paso, el dicho echó fuera a toda su compañía, y éstos así hicieron embestir a los que habían tomado los bueyes, gritando:

- Hasta la muerte, hasta la muerte.

Los de los bueyes, adiestrados, aparentando ser guerreros, huyen con la presa hacia la fortaleza, gritando que los ayuden y abran. Los de la ciudad fortificada, creyendo en su mayor parte ser Guernieri con sus hombres, abrieron la puerta al círculo exterior; Entonces entraron adentro; y cuando estaban por abrir la puerta del segundo círculo, uno de los de la ciudad fortificada, más viejo en años y más sabio, dijo:

- No abras, si Guernieri no se muestra primero fuera del bascinet, porque de lo contrario podemos ser muy engañados.

Habiendo dicho esta santa palabra, todos gritaron:

- Guernieri, saca tu bascinet, te queremos ver.

Como les dije, escuchan esta voz, inmediatamente se dan la vuelta. Los de la bastía, con piedras y con la ballesta, los atacan, tanto que tenían muchas ganas de poder recuperarse sin demasiado impedimento, y no para que no se mataran cuatro de ellos y quedaran cuatro yuntas de bueyes. ; y volvió a Barbiano con esta compra. Y el Conde Joanni puso aquí los bueyes y la otra compra que hizo, en el fondo de aquel engaño que antes había hecho del Marqués Azzo, pues la cosa resultó todo lo contrario; y los de la bastía, sin pensarlo, ganaron cuatro yuntas de bueyes y escaparon de un gran peligro.

Las advertencias de los hombres en armas son muy extrañas, y las industrias son grandes, y donde no se juzga el engaño o la traición, es caro oírlas, y aún entenderlas, para poder usarlas cuando el caso lo requiera. suceder. Pues parece que hoy no se hace conciencia, y sobre todo en el dominio de las armas, de hacer, y con alevosía y con engaño y de todas maneras, el mal que se puede hacer.

No fue así como lo hicieron Escipión, Catón y los demás virtuosos, sino Curio, Catalina y Jugurta y otros semejantes. Diría este conde, y otros muchos que están en el tiempo presente, que Escipión había sido hombre de poca virtud, cuando habiendo vencido a los de Celtiberia, vino a sus manos la virgen de infinita hermosura, la cual, sin mácula alguna, envió su espalda tan virgen, bien acompañada y todavía regalada por él, al padre. Así se hace en el presente, que no que vírgenes, sino también niños inocentes toman y crecen con gran vergüenza y reproche, y les dan su nombre pajes, con tantos vicios que no veo cómo el abismo no se traga el universo , y especialmente de toda Italia.

NOVELA 225

Agnolo Moronti se burla del golfo acostándose con él, soplando un mantaco bajo el cobertor, y haciéndoles creer que es viento, casi lo desespera.

Un engaño agradable fue lo que le hizo a uno, Agnolo Moronti de Casentino, un bufón agradable, de quien se hace mención detrás en alguna novela corta. Dicho Agnolo había salido de su casa y había ido a una fiesta a ganar dinero, como hacen sus compañeros; y volviendo atrás, se dirigió hacia el Pontassieve, donde se celebró otra fiesta; el cual, acercándose, puso delante de él su asno, que había colgado un cembolo en la silla, y le había puesto un cardo debajo de la cola; entonces el asno, retorciéndose y saltando a lo largo del cardo, hizo sonar el clavicémbalo mientras caminaba, y en algún momento con el crujido hizo el tenor; y Agnolo Drieto, bailando con este burro y con este rebaño, llegó a la fiesta; donde todos, por novedad, corrieron con grandes carcajadas al ver dicho juguete. Y mientras esta fiesta duró todo el día, él no siguió su viaje, sino que se celebró en la noche en la casa de algún ciudadano, y para la cena y el hotel. Y viendo que tenía entre la brigada un nuevo Búho, o Golfo como se llamara, rogó al señor de la mansión que le hiciese la bondad de dormir en las noches con aquel Golfo; y así le fue prometido.

Después de la cena se les dio una habitación a Agnolo y al Golfo; y de donde lo tuvo Agnolo, sea por él mismo o por otro, se golpeó disimuladamente los pies con una mantacheta, y el golfo de la cabeza, cubriéndose muy bien, porque era anciano.
Como Agnolo ve que Golfo está a punto de amarrar el burro, comienza a soplar con el mantaco debajo de la cubierta hacia el Golfo; quien, al oír el viento, comienza a decir: -
¡Ay! Agnolo, debe haber algunas ventanas abiertas, porque un fuerte viento sopla a través de ellas.

agnolo dice:

- No siento el viento, no sé lo que dices -; y deteniéndose un rato, vuelve a soplar con el fuelle.

El golfo empieza a gritar, y dice:

- ¡Pobre de mí! o dices que no lo escuchas; Yo me acuesto -; y tira de la tapa, encajando con alrededor.

agnolo dice:

- No sé lo que estás haciendo; me quitas la cobija y me dices que la deje; creo que sueñas; no me hace frío: déjame dormir, si quieres.

Y como ella lo vio descansando un poco y comenzando a dormir, y Agnolo mantacava

El golfo se sentó en la cama y gritó:

- No quiero quedarme ahí, y las puertas y ventanas deben estar abiertas -; y mire a su alrededor, y luego mire hacia el escenario.

agnolo dice:

- Golfo, si no quieres dormir, al menos déjame dormir.

golfo dice:

- ¡A los guagneles! que no tienes razón; me parece estar en el campo, sopla mucho viento en esta cama; no lo escuchas?

- No siento, - dice Agnolo, - ni viento ni frío; Creo que tienes los jefes.

El golfo vuelve a tenderse, y Agnolo, quedándose un poco sin soplar, dice el Golfo:

- Ahora no me parece que haya el frío que había antes.

Y Agnolo se quedó hasta que lo oyó empezar a roncar; y empezar a usar el mantaco de nuevo.

El Golfo llama al de la casa, que duerme en una habitación contigua, y le dice:

- ¡Muerto estás para la grava que me trajo aquí, que arruine esta casa hasta sus cimientos! me parece ser, como si estuviera desnudo en la montaña de Pruno.

Agnolo, por otro lado, murmurando, dijo:

- Si Dios me hace el favor de que salga esta noche, nunca más me pillas allí; por cierto, Golfo, debes ser imperecedero, sé muy bien que soy de carne y hueso como tú y no siento este hielo.

golfo dice:

- ¡Bien bien! ¡sí, soy olvidadizo que no siento el viento que es! y empieza a gritar, levantándose de la cama y poniéndose la ropa, va al cuarto donde dormían los demás, y grita: - Ábreme por Dios, que me morí de frío.

El grupo quedó confinado en la cama: la abrieron, deteniéndose un rato, con mucha dificultad, y le hicieron lugar a Golfo que casi temblaba de muerte, diciéndole una cosa y otra otra, y estuvo a punto de enloquecer; y por fin uno se levantó de aquella cama, porque en ella estaba apretado, y se fue a dormir con Agnolo Moronti, de donde el Golfo se había ido, diciéndole a Agnolo:

- ¿Qué le pasa al Golfo esta noche? le hiciste algo?

Agnolo, estallando en carcajadas, cuenta la historia de principio a fin. De lo que él, oyó y vio cómo, buena parte de la noche se ríen juntos.

Por la mañana, habiendo levantado a Agnolo, dijo:

-Me parece bien que se levante el golfo en la ciudad; Nací y envejecí en la montaña, que no me importa ni el frío ni los vientos; y el golfo lloró esta noche, cuando una pajarita voló por la habitación, por el vientito que hacía con las alas.

golfo dice:

- ¡Pues eran extraterrestres, si no hubieran sido buitres! me parece mil años que voy a Florencia en mi cuarto.

Y así volvieron con la otra brigada, diciendo que no volverían jamás a aquella fiesta ni a aquel lugar; y Agnolo fue a Casentino, habiendo hecho completamente lo que había planeado.

Nuevas condiciones y nuevos avisos tienen a los hombres agradables, y sobre todo a los bufones. Miró al más nuevo que había en toda aquella brigada, y rogó acostarse con él para hacer esta novedad, que a todos les dio mucho gusto, y les duró casi un año, después de que regresaron a Florencia, la diversión que tenían del Golfo. , escuchando las cosas que dijo sobre la gran broma que había tenido en esa habitación, y lo ventoso que se había vuelto. Y tal vez fue por eso que luego fue a Bagno alla Porretta, y no vivió dieciocho meses después de dicha noticia.

NOVELA CCXXVI

La Castellana de Belcari, viendo gorriones desde una ventana, y luego un burro, pronuncia un lema ameno.

No se debe dar nada de malo a estos engaños, porque la mayoría de las veces salen chistes malos; y quiero llegar a ciertos dichos provenientes de mujeres agradables y honestas, como si parecieran deshonestas en las palabras. Hacia Proenza, cerca del Ródano, no muy lejos de Vignone, está un pueblo llamado Belcari, y su príncipe se llamaba el Castellano di Belcari, y su señora se llamaba la Castellana di Belcari, una hermosa y valiente y agradable más que otra cosa. De pie en un balcón de su palacio un día de primavera, y con su doncella a sus pies, mirando hacia una placita cercana donde los pájaros y el ganado estaban muy en uso, vio un gorrión que pisoteaba a otro cien veces y descendía. y arriba, y decir pi pi, como lo hacen ellos. Y teniendo el ojo puesto en este juego, aconteció que un burro rebuznando, con el lomo erguido, corre hacia el burro para darle la chintana; con lo cual, habiendo levantado la dama los ojos del primer juego, viendo el principio y el fin del segundo, llama a la doncella, y dice en su propio idioma:

- Oh Marione, por mi bien, un aary es mejor que cien más; que mala suerte es, abajo y arriba, pi pi, y sube y baja, pi pi.

La camarera, o Marione queremos decir, que también es muy agradable, dice:

- Señora, es bueno saber ver y conocer la naturaleza de los animales; los gorriones rara vez hacen algo, salvo daño, y casi no hacen nada más que dañar la naturaleza humana; el burro es lo contrario, que lleva y conduce para servirnos; y nuestro Señor quiso nacer después de él, y también lo dio a luz, como sabéis. Por eso me parece que vuestro recto juicio me parece mejor las obras del asen que las del pasador; y prefiero tener un asen que mil platijas.

castellana dice:

- No creía, Marione, que supieras tanto de la sagrada escritura, que tuvieras una opinión tan hermosa con ella: y seguro, sea cual sea el rumbo que tomes, no me parece que estés loca. ; pero sostengo que tienes una mente muy sabia.

marion respondió:

- Por fin, señora, le dije sin mentira; si he dicho algo que te agrada, soy muy feliz; si no lo hubiera dicho, sería un defecto de apetito e ignorancia, por lo cual continuamente te pediría perdón.

Y así terminó esta disputa.

Agradable Castellana, y agradable Marione, que movió esta opinión para pasar el tiempo con diversión. Y así los señores y sus mujeres concuerdan muchas veces con dichos que parecen inmundos y vituperosos, y en sus operaciones han sido de lo más honrados, como los que decían: "Qui de terra est, de terra loquitur", y muchos otros sostienen que de aquello en lo que se deleitan el hombre y la mujer, bueno es que hablen de ello. Yo creo que hay muchos que hablan de cosas que no son muy honestas por gusto, que en realidad son muy honestas; y así sucesivamente los hipócritas en palabras y hechos muestran santos y en efectos son diablos, como ya he visto algunos que tenían tanto deleite como pescar y estaban en el agua, y nunca comieron pescado; y lo mismo podría decirse de muchos.

NOVELA 227

Una mujer florentina, al ver gorriones enamorados, lanza un lema agradable a su suegra.

Otra platija viene a mi mente para contarla más brevemente. En la ciudad de Florencia ya había muerto un señor, y dejado a una de sus queridas con un solo hijo varón, el cual, criándose con poca prosperidad, y de carácter no muy fuerte, su madre lo cuidaba mucho; y también, para que la familia no quedara muerta, se casó con una muchacha atrevida y alegre, de carácter fuerte, y con esto muy agradable; y considerando todas las cosas, la madre, temiendo el fracaso de su hijo, rara vez lo dejaba acostarse con ella.

Sucedió por casualidad que, estando esta joven con su suegra y con otras mujeres en el cuarto, cosiendo y hilando, vio en un pequeño jardín afuera de una ventana, o en el techo que fuera, una gorrión pisoteando al otro muy a menudo, ya que tienen que usar; e inmediatamente dice:

- Bien por ti, marica, que no tuviste suegra.

Las mujeres, mirándose, se echan a reír a carcajadas, y ella también se ríe; pero la suegra volvió la cabeza y comenzó a refunfuñar; y el joven, que salió aún más lejos, que no le parecía hecho. Esta novela o lema se extendió por toda la tierra en forma de que, cuando alguna mujer estaba con ella, decía:

- Bien por ti, marica, que no tuviste suegra.

Y ella, como atrevida, se rió de ello, y aún les aclaró el asunto con muchas razones.

Sucede muchas veces, y les ha sucedido a muchos, que se les da un marido, y luego se les quita o se lo prestan a ciertos hombres lunares. Y no sé si este camino lleva al joven con menos peligro, sin embargo, cuando hay mucha falta de él, entonces la naturaleza se esfuerza con mayor deseo, cuando se une. Yo creo que, cuando a un joven se le da mujer en esta forma, se debe dar cuenta de la compañera, que no se casa para que viva casta. Y ya a muchos se les ha ocurrido que, partiendo y no siguiendo la costumbre carnal, las mujeres a veces van tratando de pone

cambio por el marido; porque es una gran locura prender fuego a un pajar y no creer que se está quemando. En todas las cosas, quien asume el papel de compañero no puede errar.

NOVELA 228

El duque de Borgoña, yendo a ver a algunos de sus tesoreros en varias partes, se sorprende con uno que, no recibiéndolo ricamente, le dice que es la razón; dile que no quiere robar; y lo que sigue.

De los motetes que ya han cantado ciertas agradables damas, hay muchos, como se narra detrás de algunos y como tal vez se diga de ello más adelante, como vendrán a la memoria; pero ahora quiero contarles una pequeña historia que será de ejemplo para muchos.

Había en otro tiempo un duque de Borgoña, príncipe muy valeroso, que dispuso, como suele ser costumbre, recorrer gran parte de su territorio y ver a sus funcionarios, que estaban en aquellos lugares, y especialmente a sus tesoreros, como lo hicieron. y como se comportan. Y llegando a las mansiones de seis de sus tesoreros que estaban en diferentes lugares, por los primeros cinco fue recibido rica y honrosamente, y en hermosísimos palacios; del sexto, que era el mayor y el que más tiempo había vivido allí, fue recibido muy mal en la casita. El duque, viendo esto, se maravilla, y dice al tesorero de los palacios y del honor que los demás le han hecho, y pregunta cuál es la razón. El tesorero entonces responde:

- Monseñor, si yo hubiera querido robar y desfalcar, como hacen otros por casualidad, tendría una rica y hermosa mansión; pero tal vez yo mismo he vivido con demasiada lealtad, para querer vivir tan ricamente como los que dices.

El duque dijo:

- Y quiero que robes y hagas como los demás, para encontrarte con una hermosa mansión, cuando vuelva aquí de nuevo.

Entonces el tesorero dijo:

- Porque te gusta así, y yo lo haré.

Y el duque se fue el otro día y volvió a casa. Y permaneciendo por el espacio de un año y medio o más, volvió igualmente a ver de nuevo a sus tesoreros, y llegando a la casa de

él, y viendo que tenía los otros, no se veía ninguno respecto a esto; y así de la vida que llevó, por el estilo. Entonces el duque llamó al tesorero y dijo:

- Entendí que sabes hacer buena vida y hermosos edificios con la licencia que te di; y considerando que tal cosa puede venir en detrimento de muchos, y quizás más en detrimento de mí que de los demás, no quiero que de ahora en adelante desfalques, ni tengas más: tienes una hermosa mansión y más rica que cualquiera de los otros, contigo descansará con ella, y con ella como mi tesorera podrás cobrarme ricamente cada vez.

El tesorero responde:

- Monseñor, al principio seguí el camino que ahora quiere que siga, y le agradó que ya no siguiera ese, sino que siguiera el contrario; que en poco tiempo entendí tan bien que no sabría volver a la primera.

El duque dijo que del todo no quería que volviera a estafar ni a robar. El tesorero respondió que no sabía cómo hacerlo; y por tanto le agradó quitarle su palacio, y todos los tesoros y posesiones que tenía, y otro tesorero se los llevaría, porque era viejo y no quería hacer más por él. El duque pudo decir tanto que nunca se dirigió a sí mismo, tanto que lo despidió y lo dejó ir con pocas posesiones, y se llevó otra.

Así que este sabio tesorero abandonó el juego, y quizás de buena gana, para no perder el alma por el duque; y esto hubiera sido una gran virtud, haber usado una medicina por el contrario y dejar al duque la buena y la mala ganancia. Y tal vez había probado tanto el bocado de malversación y hurto que no les dio ánimos para vivir de otra manera; y esto hubiera sido un gran vicio. Y que no se sorprenda el lector con esto, ya que comúnmente se dice que quien comienza a embargar nunca se detiene. Pero deja de lado estas dos opiniones, una buena y otra mala, del tesorero. En este cuento se entiende claramente lo que dicen algunos, a saber, que la lealtad... liendres. Y se muestra claramente en los tiempos modernos. ¿Quién hace y de quién son las grandes riquezas o los grandes palacios, de qué calle o de qué lado tienen su principio? porque la mayoría tienen como base el hurto o el desfalco, o es verdad que a todo se le llama ganancia; y pasan más tiempo en este latín, y hacen su propia sopa como les gusta. Pero hay una cosa, que El que ve todo entonces hace las tablas de cortar, y corta como le parece que conviene.

NOVELLA CCXXIX

El maestro Jacopo da Pistoia, haciendo un entierro para Messer Aldighieri degli Asinacci da Parma, hace varias bromas a un sacerdote, y él disfruta de la suya.

Messer Aldighieri degli Asinacci da Parma quería encontrar trabajo para la mansión de la muerte, como el duque de Borgoña la de la vida. Este Messer Aldighieri fue un gran ciudadano y mucho antes con Messer Galeazzo Visconti; a quien le vino el deseo de hacerse un rico sepulcro de mármol, siendo en Melano un gran maestro florentino de talla de mármol, llamado Maestro Alberto, y trabajando la mayor parte del tiempo de su vida a petición del dicho messer Galeazzo, viendo que no podía para tener, buscó su consejo en cuanto a dónde podría tener uno que construyera dicho sepulcro; y fue aconsejado por un maestro Jacopo da Pistoia, llamado Pistoia, y enviado por él, todos eran uno.

Él era este maestro de extraña condición; que vino y se reunió con Messer Aldighieri en la mansión de Santo Antonio en Parma, donde se iba a construir dicho sepulcro, y respondiendo una y otra vez al travesaño muchas veces a Messer Aldighieri, le hizo pensar varias veces que este hombre no era el hombre para hacer su trabajo. Pero mientras imaginaba que el maestro Alberto se lo había aceptado y qué digno artista debía ser, dejó de dar rienda suelta a su imaginación y de dar efecto a su obra. Y al mandar a dicho maestro que fuera a buscar mármol a Carrara, entendió y vio a un joven sacerdote de aquel lugar cuán dulcemente vivía, y cómo tenía un cuarto limpio, y cómo una de sus mujeres se había ido de aquellos días. Partió con un nuevo anuncio, y habiendo llegado allí, y habiendo dado orden al mármol, volvió a Parma. Donde, apartando un día al cura, les dijo que en Carrara había encontrado una joven que lo había dejado, y que un anciano la guardaba, y que era muy abundante para tenerla; pero ella era tan mala con él que, si él iba por ella, la dejaría. El sacerdote, que no quería otra cosa, pensó inmediatamente en partir e ir a Carrara.

Para el sacerdote, Pistoia hizo tanto con Messer Aldighieri que convirtió la habitación del sacerdote para su uso, y allí salió bien hecho, excepto que el aliento femenino, al que

la habitación estaba muy usada, no le gustaba mucho. Mientras el sacerdote emprendía su viaje, pasando por Lunigiana, fue apresado y robado por los merodeadores, y en tan mal estado, habiendo dejado sus manos, siguió su viaje.

Una vez en Carrara, mira y mira, se vuelve hacia cada pedazo de mármol, creyendo que era su mujer; y finalmente, al no verla, comenzó a preguntar.
Todos se encogen de hombros, diciendo que no sabían nada al respecto; con lo cual, así robado y olvidadizo, volvió a Parma: donde, llegando donde estaba Pistoia, dijo que nunca había encontrado a su amigo; pero bien había encontrado merodeadores que lo habían despojado de todas sus posesiones. Lo Pistoia le respondió con una gran opinión; pero, como sólo quedaban unos pocos por regresar, vería cuál de ellos decía la verdad. Y volvió el otro día a Carrara, sin ver lo que no podía ni quería ver; regresaron a Santo Antonio de Parma, y el primero que se les acercó fue el cura, a quien Pistoia dijo enseguida:

- Si eres ciego, ¿cuál es mi culpa? La vi, y más aún, que me dio de beber de su mano y me dijo que si tú ibas para allá (que a él le parece mil años), enseguida iría contigo y antes, para alejarse de eso. viejo desgraciado.

El sacerdote, al oír esto, se conmovió de inmediato, diciendo a su mayor que iba a su pueblo a ver a unos parientes; y partiendo así, habiendo llegado a otro paso, todavía fue despojado por ladrones; y, sin embargo, cálido en el amor y frío en la ropa, siguió su camino. Y habiendo llegado a Carrara en su delantal, pidiendo mucho más que la primera vez, y con esto agotándose y sin encontrar nada, triste y triste volvió a Parma; y al maestro Pistoia le contó su desgracia, y cómo nunca había encontrado nada.
Pistoia se santiguó diciendo:

- ¡O canta una, y hace otra! o jamo... como dicen; y esto es cuando tu estas donde ella esta, y no la ves.

El sacerdote dice:

- O quieres ciego o quieres iluminado, yo no voy a ir más allá, y de lo que he ido, me arrepiento; - y con esto el sacerdote comenzó a entonar la canción del Maestro Antonio da Ferrara: - Mucho es de estimar, Quien ha perdido y se deja ir.

Como pude, comenzaron a arreglarse en su habitación; de lo cual dudó el maestro Jacopo que fuera conveniente que se fueran, durmiendo junto con el cura en su cama, pequeña para dos, pero bien abastecida, pensó, ya que ya no

podría enviar a Carrara, para engañarlo de otra manera. Entonces les dijo que de los que se habían quedado allí había encontrado una gran serpiente en la habitación, ya veces en la cama.

El sacerdote, temeroso de esto, como hay que creerlo, dijo que nunca lo había visto; y si así fuera, abandonaría Parma, así como la habitación.

Pistoya dijo:

- Tal vez no sea lo que pienso; pero si lo hace, veremos algo más adelante.

Asombrado el sacerdote, y habiendo tendido Pistoia la trampa, fue tan lejos que encontró una piel de anguila, a la que impidió con sus artificios; y vistiéndola, la noche que vinieron durmiendo juntos, la arrojó entre los pies del sacerdote; quien, inmediatamente gritando, salta de la cama. Pistoia muestra que se está despertando y dice:

- ¿Cual es?

El cura le dice. Entonces Pistoia le dice al sacerdote que está mirando que no ponga un pie en la oscuridad y que inmediatamente lo matará con mordeduras venenosas. El sacerdote dice:

- ¿Cómo salgo? me gustaria salir

Pistoia luego dice:

- Soy de la casa de San Paolo, si pongo un pie allí, no me importa; si quieres te llevo... por esa escalera, tanto que te saco de aquí.

El temeroso sacerdote dice:

- Te lo ruego por el amor de Dios.

Pistoia luego se acerca a un cofre, y el sacerdote desciende sobre él; y con esta suma va a una puertecita, de la que baja una escalera a un establo; y cuando estaba a mitad de la escalera, haciendo alarde de tropezar, arrojó al sacerdote al suelo de la escalera del establo; y arrepintiéndose profundamente, Pistoia volvió a quejarse, fingiendo que le había atropellado o roto la pierna. Y el sacerdote, teniendo un gran cimbotto, estuvo varios días en cama, diciendo que una gran serpiente, que había aparecido en su cuarto, había sido la causa, por qué, huyendo de noche de tal escala, se había caído; y que al maestro Pistoia no le importaba, diciendo que estaba abarrotado:

- Steavisi sin odio, que no me quedo a dormir nunca más.

Y así el maestro Jacopo tenía una habitación libre; y el sacerdote durmió un buen rato con otro sacerdote muy cerca. Dale muchas veces a Pistoia que crea cosas nuevas de esta serpiente, y como se habia acostumbrado a ella, y no le haria mal, ya que estaba encasillado, etc.

Yo creo que si el cura había cometido un gran pecado al guardar a aquella mujer, el maestro Jacopo no había cometido un pecado menor sino uno mayor...

NOVELA 230 (fragmento)

……
…..

... creído ser devorado diciendo:

- ¿Qué ruido es ese? - era señal de que casi, como los que tenían el latido de la muerte, no sabía lo que era el rebuzno del burro, y empezó a llamar a Filippo.

Felipe no respondió nada, excepto que los dos dijeron:

- Orar por el alma.

Entonces Bate, afligido más que nunca, y siendo casi tres horas después del anochecer, habiendo llevado el burro a cierto lugar para ellos, lo descargaron en medio de un camino llano y lo dejaron solo toda la noche.

Por la mañana el grupo, y Felipe con ellos, se levantaron a tiempo y fueron a Florencia y que esos dos, que eran dos campesinos, a primera hora de la mañana simulen ir hacia Florencia y vean qué pasa con el hecho.

seguirían. Lo cual hicieron así; y llegando al lugar, como les contaron otros que también pasaban, viendo un saco lleno, y el zumbido y el dolor, hicieron espectáculo de asombro, haciendo la señal de la cruz. Y disolviéndola, dicen:

- Buen hombre, ¿quién eres?

Se lamenta y cuenta lo que le ha sucedido; y mirando a su alrededor, dice:

- ¿Dónde estoy?

Esos dicen:

- Sería mejor quedarse en el Infierno que quedarse en este campo; es decir, ¡que los hombres sean apresados y embolsados junto a la puerta!

bate dice:

Y me torturaron toda la noche en este saco, y alabado sea Dios que están aquí, que no me mataron; pero creo que mataron a Filippo Baroni, que era el mejor amigo que tenía en este mundo.

Los campesinos dicen:

- Alabado sea Dios porque estás aquí.

bate dice:

- Y lo alabo y le agradezco, que aún no sé dónde estoy.

Ellos dicen:

- Estás cerca de Florencia una milla.

Bate, habiendo recuperado un poco sus sentidos, se despidió y fue paso a paso a Florencia, y cuando llegó a Via Maggio, la historia estaba dispersa como debe ser; y todos lo miraron con asombro. Sus compañeros lo recibieron; y dice:

- Te lo quitaste mejor que yo; ¿Puedes decirme qué pertenece a Filippo Baroni?

Dicen que es bueno, pero que lo habían tomado y escapado. Esos dice:

- Alabado sea Dios siempre, que hubiera podido jurar que le habían cortado las venas - ; y nunca se detuvo cuando lo encontró y dijo: - ¿Cómo has vivido? Te escuché, se puede decir, haciendo el gesto de la garganta, cuando te mataron.

Filippo dijo con cautela: - Cuando escuchaste ese acto, era que querían matarme, y agarré a uno de ellos por el bastón y lo hice estrangular, solo que luego huí.

Lo Bate se lo creyó todo y decidió no volver a cenar fuera de la puerta; y botossi, y lo hizo hacer en un saco de cera con los merodeadores alrededor, y lo envió a Cigoli. Los florentinos se asustaron por este caso y llamaron a un bargello del campo; y el asunto se mantuvo en secreto durante mucho tiempo, quienes sabían disfrutaban mucho cuando hacían que Bate contara todos los movimientos.

Está muy bien encontrar nuevas diversiones, pasar el tiempo, pero esta era una de las muy nuevas, ya que no habría sido gran cosa si él hubiera muerto de eso; pero yo creo que aquella noche fue para él un gran purgatorio, por ser usurero, y también tenía otros vicios muy malos.

NOVELA 231

Donnellino vende dos gansos a una mujer a un nuevo precio, para que obtenga lo que quiere de ella; la deja vilipendiada y con daño y con burla.

Esto que sigue fue una gran burla, y una gran vergüenza e injuria para una mujer. Había en Florencia un joven llamado Donnellino, tan agradable como cualquier otro. Este Donnellino estaba obligado a regalar a un ciudadano florentino un par de gansos para el día de Todos los Santos; después de lo cual se levantó temprano esa mañana, y compró dichos gansos, y se los llevó a una niña que los cuidaría; llegando a San Friano, tomó los gansos en su mano, y una hermosa mujer al verlos, dijo a la criada:

- Llama a ese extraño -; creyéndolo un villano.

Ella lo llamó, y él vino cortésmente, y ella le preguntó si los vendía; y Donnellino nada respondió, sin embargo, mirando a la mujer, que era muy hermosa, dijo:

- No los vendo, pero te los regalo, y solo quiero besarte.

La mujer dijo:

- Siàn noi en la burla? Te digo si los vendes.

Donnellino se ve muy bien como un lunático. La mujer dice:

- ¿O que no respondes?

Y Donnellino dice:

- Madonna, me has herido, que fuerte estoy enamorado de ti, y eres tú quien me ha quitado el corazón, para que me sienta muerto, si no me ayudas. Así que te suplico, querida mujer, ayuda a uno de tus sirvientes... el espíritu se aparta de mí, y quita los gansos, y una vez que me contentes... levántame de entre los muertos.

La mujer, al verlo hablar tan deshonestamente, sale... y dice:

- ¿Qué pasa contigo? ¿A quién crees que dice, que Dios te maldiga? porque si mi marido te oyera, se burlaría de ti que nunca más volverías a comer en el mundo, y sería bueno que te matara.

Y dijeron:

- Oh mujer, hago... que tu marido...

La mujer dijo:

- No nos des más problemas, vete con ellos; porque si allí te alcanza, te irás con una mala despedida; Te aconsejo lo mejor.

donnino dice:

- Ya que te gusta, ya me voy...

La chica dice:

- ¡Bien! madonna, si puedes ganarte esos gansos por algo que la gente no puede decir, ¿por qué no te los ganas?

La mujer dice:

- ¡Oh, esta es una noticia mucho más hermosa! mira lo que dice esta chica, mugroso eres!

Ed ella Adirata responde:

- Será mejor que te mantengas alejado de ellos; por una vez que lo besas, ¿crees que te voy a engañar?

La mujer dice:

- ¡Oh, es algo muy nuevo querer dar a otros este consejo! búscalo... si te los quiere dar, quítaselos; y si no te los quiere dar, a ver que me aconsejas.

Entonces la criada quiere empezar a llamarlo, diciendo:

- Oh buen hombre de los gansos, vuelve aquí.

Y Donnellino vuelve y dice:

- ¿Qué quiere, señora?

La mujer dice:

- Esta doncella mía te quiere, y ella...

NOVELA 232 (fragmento)

El rey Felipe de Francia envía al rey de España por un caballo, que tiene todas las propiedades de la propiedad; y les envía un semental y una yegua, y les dice que se hagan uno a su gusto.

NOTICIAS CCLIV

Un lema agradable que uno dijo en el punto extremo de su muerte no dio menos frutos que las palabras de Messer Ottone Doria. Era ya una guerra muy grande entre los catalanes y los genoveses, y como suele ocurrir, las guerras son a menudo tan crueles y tan pérfidas que, sin ninguna discreción y humanidad, uno mata al otro de todas las maneras desesperadas; y los catalanes lo han usado mucho por encargo. En aquellos tiempos, cuando llegaba una galera de los genoveses o de otra nación, reteniendo con ellos, en manos de un ejército de catalanes del que era almirante un hombre sin piedad alguna, queriendo vengarse de cualquier ofensa recibida, con felonía y alma desdeñosa mandó arrojar al mar uno por uno todos los de aquella galera; y, para mayor diligencia, primero alimenta uno por uno medio panettello, o media galleta, y después de eso, di: "Ve, bei"; y arrojarlos al mar.

Y así, por hacer esta crueldad hasta treinta, le correspondía a uno llegar a juicio de esta manera; quien, mientras comía el pan, arrodillándose con las manos juntas, dijo al almirante:

- Oh monseñor, esto es poco comer y tanto beber.

Oyendo el almirante, o que humilló aquellas palabras, o que tuvo piedad de los modos que le vio hacer, le perdonó a él y a todos los demás, que eran más de cien, que uno tras otro tuvieron que hacer tan amarga muerte. Y cuando vio el tiempo y el modo, los puso en tierra, y los soltó, y quitó el cuerpo de la galera.

En este cuento se puede comprender cuanta virtud tienen las palabras, cuando se puede decir que un motete de un vil marinero tiene tanta virtud que un almirante tan cruel haría humilde. Bien se puede comprender cuánta virtud debe haber en la oración, cuando se hace a Aquel que es Misericordia Suprema; nada es tan valioso para el alma, cuando se dice en forma que sale del corazón. Y nunca nada conmovió tanto a nuestro Señor como esto para dar salvación al alma de aquel que lo habló con un corazón puro. Hay tantos ejemplos que llevaría mucho tiempo contarlos, como lo demuestran las Sagradas Escrituras y los Evangelios.

NOVELLA CCLV (fragmento)

Messer Albertaccio da Ricasoli le atribuye a uno de sus hermanos una costumbre francesa hecha para él, le atribuye otra que lo derrota.

Un lema ameno fue el que siguió entre dos señores hermanos florentinos.
Hubo en nuestra ciudad un valiente y moral caballero llamado Messer Albertaccio da Ricasoli; el cual, por razón de lo que tenía que ver con sus hermanos, o por cuestión que le tenían que dividir, dijo..., considerando la costumbre de Francia; qué grande es la renuencia a no...

NOVELA 268

Ser Francesco dal Poggio a Vico quiere enviar pippions para vender; por la mañana encuentra el burro que se suponía que debía traerle muerto por un lobo; y luego el lobo es fallecido.

Si el señor de quien hablamos en la historia anterior se encontró, de haber robado a aquel mercader, como se encontró con un lobo de lo que secuestró en esta historia, le vino muy bien. En mi época ya había un notario en Valdisieve, una campiña florentina, que se llamaba Ser Francesco dal Poggio a Vico.

Tenía un hermoso y grande palomar, y habiendo sacado de él gran cantidad de piñones, un domingo del mes de julio dijo y mandó con su lacayo que el lunes por la mañana al amanecer se levantara y ensillara el burro, y se marchase. por el aire fresco en Florencia para vender dichos pippioni. El soldado de infantería dijo que lo hiciera; y habiendo ido a la cama por la tarde, vistió al burro y le dio el forraje, cuando era un poco de tiempo en la noche, un lobo que pasaba se enteró de este burro; y mirando una ventana abierta e insegura, de poco más de tres brazos de altura, se precipitó hacia ella y se arrojó dentro. Y la llegada, y la toma del asno, y el muerto, y el pastoreo de ese cadáver durante gran parte de la noche, todo fue uno.

Cuando estuvo lo más lleno que pudo, comenzó a saltar hacia la ventana por la que había entrado, y no llegó allí con los dos brazos, porque tenía la barriga llena, y de las salchichas había hecho salchichas de burro; de modo que si la cosa, si hubiera sido luz al entrar, no había camino al salir, tan grave era. Y así el lobo toda la noche tratando de salir de él, y al no poder, llegó la madrugada, cuando el infante se tuvo que levantar, y llamándolo Ser Francesco, se levantó la infantería; y como no tenía luz, fue al establo a ensillar el asno, tomando la silla, pensando que se la ponían al asno, quiso ponérsela al lobo. El lobo, como es su costumbre, nunca se quedó quieto. De lo cual el infante comenzó a gritar:

- Istà, che sie mort'a ghiado! y siguiéndolo mucho tiempo, para ensillarlo, creyendo que era el burro, el lobo se envolvía continuamente, el soldado de infantería continuaba gritando: - ¡Tru, te, istà, che ti scortichi!

Y Ser Francesco, despertándose con el ruido, dice:

- ¿O alguna vez lo superará, doloroso? déjate correr al día.

El gato responde:

- ¡Como diablos! porque me levanté una hora entera, y sea lo que sea, ¡no puedo ensillar este burro!

Ser Francesco, que no quería que los pippioni se quedaran quietos, se levanta inmediatamente, toma una lámpara y se dirige al establo, diciendo:

- Este burro nunca hace esto -; y llegando al establo, golpeó con las piernas al asno muerto, de modo que casi se cae; y le dice al soldado de infantería: - Ven aquí: ¿dónde está el burro?

Y el gato responde:

- Solo se fue a esa canción -; y bajando la luz, ve el asno muerto y destripado; y levantando la lámpara, ve al lobo agazapado allí.

- ¡A los guagneles! - dice Ser Francesco, - hemos hecho poco bien; el burro está muerto aquí, y allí está el lobo, que lo devoró: cierra la ventana...